

# *Desde la ventana*

*Víctor Saltero*

**Free**editorial 

*Nace el sol por oriente y el tiempo, escrutando  
el paraíso, hace suya la vida.*

*El hombre, asustado al asomarse por la ventana  
del espacio, fue observado por los dioses y éstos pensaron  
al verlo tan vulnerable: “es sustancia  
de nuestros corazones”.*

## **Uno**

“Y el hombre puso muros con vigilantes a sus pueblos y les llamó nación. En la montaña más alta colocó una bandera y tras ella morían matando.”

“Y Autoridad derribó los muros y abolió las banderas.”

“Y vio cómo los hombres hablaban distintas lenguas que los separaban.”

“Y Autoridad enseñó un mismo idioma a todos los pueblos de la Tierra.”

“Y vio que las religiones enfrentaban a los hombres y dijo: dejad a las almas lo que sólo a ellas individualmente pertenece, y a los gobiernos las elaciones sociales y materiales entre los ciudadanos del mundo.”

“Y vio que los hombres no eran iguales cuando nacían.”

“Y Autoridad abolió la herencia de los bienes y los títulos de cualquier

especie, para que cada cual disfrutase de todo aquello que fuese capaz de lograr con su exclusivo esfuerzo.”

“Y vio que el hombre vivía de forma tan rápida y egoísta que no tenía tiempo para observar cómo iba destruyendo la naturaleza y que, por ello, sus descendientes no sobrevivirían.”

“Y Autoridad prohibió todo lo que mataba a los árboles, los ríos y el mar, pues sin ellos la vida desaparecería sobre el planeta.”

Julia apartó a su lado el texto infantil sobre la Revolución que algún niño, por descuido, había olvidado en el asiento que ocupaba en el autobús, habiéndole servido de distracción mientras viajaba hacia el Estadio.

Sus rasgos eran hermosamente mediterráneos: el pelo negro, largo y ahuecado, le caía ligeramente por la espalda; las mejillas de piel morena enmarcaban unos ojos grandes, expresivos y oscuros.

Miró por la ventanilla y pudo ver cómo seguía corriendo silenciosa y velozmente por la carretera. Sobre ella proyectaban sus sombras unos viejos y altos olmos pumila que hacían más acogedor el camino.

En la parte trasera del autobús unos niños se agolpaban jugando y riendo, gozosos de poder cambiar un día de colegio por uno de excursión. Todos procedían de Shandu, la ciudad próxima al Estadio, pero de distintos centros escolares. Como premio a sus esfuerzos en los estudios, iban a realizar una visita al lugar donde, próximamente, se intentaría batir el récord mundial de los cien metros.

En la parte delantera del vehículo, sentada cerca del conductor, Julia, tras comprobar que todo iba bien entre los chicos, se puso a reflexionar sobre la increíble suerte que tenía de estar aquí, en Shandu, viviendo tan cerca el momento histórico de la Carrera. Era consecuencia del importante cargo que su padre ocupaba: ingeniero jefe de los sistemas informáticos y de comunicaciones que iban a controlar y difundir la esperada prueba. Sus obligaciones profesionales le habían llevado a instalar su base de operaciones, durante los últimos meses, en Shandu.

Desde pequeña, el trabajo de su progenitor la había llevado por medio mundo. Las responsabilidades del cargo de consejero informático de Autoridad, que su padre ejercía desde hacía años, le habían obligado a ello.

Ahora, a sus veintidós años, cuando comenzaba su servicio funcional como cualquier ciudadano durante un lustro de su vida, el destino le había traído a esta bonita ciudad mediterránea, que iba a pasar a la historia por el hecho que tendría lugar en las próximas semanas.

Ciertamente, sería una de las pocas personas afortunadas que podría estar cerca del Estadio en el instante del acto final; pero, a pesar de ello, era muy poco probable que llegase a conocer a los atletas. De estos, lo único que sabía, como todo el mundo, eran sus nombres: Aristos Primero y Aristos Quinto, que vivían y entrenaban desde su nacimiento, al igual que lo habían hecho las doce generaciones anteriores, en la enigmática Residencia. Esta se había construido expresamente para el entrenamiento y preparación de los antepasados de los actuales Aristos, y para ellos mismos. Había visto mil veces las fotografías del edificio, pues era raro el turista que, al llegar a Shandu, no se fotografiaba con la fachada de la Residencia a sus espaldas. Ella no había sido una excepción. Pero nadie, ni siquiera su padre, tan próximo a Autoridad, conocía a los hermanos Aristos. Al parecer, convivían con sus tutores y preparadores desconociéndose, incluso, si salían de allí en alguna ocasión. El secreto que envolvía sus vidas alentaba la imaginación de la gente.

Volvió a mirar los árboles que pasaban a gran velocidad y cómo, al fondo, brillaba el mar. Le encantaba el paisaje.

El curso de sus pensamientos cambió de rumbo:

“Realmente —pensó—, el mayor inconveniente de tanto viajar es que casi nunca he tenido ocasión de intimar con las distintas personas que han ido pasando por mi vida. Cuando comienzo a enraizar en un lugar tengo que marcharme a otro”. Indudablemente, ello la llevó a conocer las costumbres y tradiciones más insólitas, de tal forma que, a sus veintidós años, había aprendido más del mundo que la mayoría de las personas a lo largo de toda su vida. “En fin, creo que ha merecido la pena”, se dijo a sí misma reconfortándose con este pensamiento.

En Shandu había conseguido adaptarse bastante bien. Encontró en su compañera Tessa y su grupo de amigos gente acogedora y divertida con quien compartir el tiempo de ocio. “No es un mal sitio para vivir y establecerme. Una vez que haya terminado mi etapa funcionarial, podría instalarme definitivamente y ejercer la medicina si soy capaz algún día de terminar los estudios”, reflexionó, no sin cierto pesimismo.

Combinaba su trabajo con las clases de medicina a las que asistía por las tardes. En el plazo de dos años estaría en condiciones de entrar en periodo de prácticas en algún hospital local. Esas perspectivas le atraían.

La aparición al fondo de la carretera de la cúpula del Estadio la distrajo de sus pensamientos.

Por más veces que la había visto no dejaba de impresionarle la magnitud de la construcción: una enorme y aparentemente fría semiesfera de material translúcido, con nervios radiales de metal brillante. Debía de tener alrededor

de ciento cincuenta metros de diámetro y cincuenta de altura en su punto central.

La entrada principal estaba adornada por dos rectas y blancas columnas de mármol, las cuales daban entrada al recinto a través de unas puertas transparentes. Encima se podía leer una inscripción que rezaba: “Quien tanto desea, tanto consigue”. Frente a la entrada había una gran explanada desnuda de toda ornamentación. Quizá era esto lo que producía a los visitantes cierta sensación de soledad. Allí se detuvo el autobús e, instantes después, salieron los niños bajo la atenta mirada del conductor y de Julia.

El lugar cobró vida por unos momentos.

Cuando las puertas del Estadio se abrieron, los críos se agruparon excitados alrededor de la joven que los atendía. Ésta, tras hacerles observar la inscripción que había en la entrada y explicarles su significado, los condujo al interior. Curiosamente, los chiquillos, como si de un lugar de culto se tratase, dejaron de reír y alborotar impresionados por las solemnes dimensiones del Estadio.

Una luz homogénea y natural bañaba el espacio interior. Penetraba a través de toda la superficie semiesférica, y conseguía amortiguar de tal forma los rayos del sol que estos no llegaban a producir la menor sensación de deslumbramiento. En el centro, partiendo en dos la superficie interior, había una pista de carreras con una sola calle; a su alrededor, discretamente quietas, varias cámaras de televisión parecían dispuestas a entrar en acción en cualquier momento.

El principio y el final de la pista se hallaban presididos por dos pantallas gigantes, ahora apagadas, situadas a unos diez metros sobre el nivel del suelo.

Junto a la del final se alzaba una gran estatua de un hombre de mediana edad con antigua vestimenta, que con los brazos ligeramente abiertos parecía ofrecer una amistosa bienvenida. Al pie se podía leer: “Doctor Jacson”.

El fondo circular estaba cubierto por diversos departamentos: vestuarios, sala de masajes, etcétera. Mas no existían gradas que hicieran prever la presencia de espectadores.

—Como ya sabéis —explicaba Julia—, el Estadio fue construido hace... ¿Quién me lo dice? —invitó a los niños a contestar con su contagiosa sonrisa.

Éstos, en un principio, dudaron. Pero, finalmente, uno más atrevido, se decidió a responder:

—Hace trescientos dieciocho años, señorita.

— ¡Muy bien! ¿Y quién lo diseñó?

—El doctor Jacson —respondieron al mismo tiempo tres o cuatro voces infantiles.

—Bueno, ahora tenéis que ser capaces de responderme todos. Esta es una pregunta más difícil: ¿cuál es la teoría del profesor Jacson?

Esta vez los niños ya estaban preparados para lucir sus conocimientos, sobre todo ante una pregunta con una respuesta tan evidente. Casi todos se precipitaron en contestarla simultáneamente, escuchándose sólo un fuerte jaleo de voces infantiles.

— ¡No se entiende nada! —dijo Julia sin perder la sonrisa—. Vamos a ver, contéstame tú.

Se había dirigido al mismo chico pecoso que había comenzado a hablar anteriormente.

Éste, tras titubear un instante, cogió carrerilla y soltó la tesis mil veces aprendida en la escuela:

—La impresión genética fijada en generaciones consecutivas, utilizando un alto grado de consanguinidad, perfecciona por medio de la superespecialización al individuo y, a través de este, a la comunidad, que podrá así evolucionar sin límites.

— ¡Perfecto! —aprobo Julia.

— ¡Señorita, nosotros también lo sabíamos! — protestaron los otros críos que no habían tenido ocasión de mostrar sus conocimientos.

—Ya lo sé. Después os haré otras preguntas. Ahora, sin alejaros de mí y sin tocar nada, seguidme para ver el resto de las dependencias.

Los niños echaron a andar ruidosamente tras su guía. Ya se habían recuperado de la impresión, casi reverencial, que el Estadio producía a los visitantes. Así pudieron contemplar los pedales que tenían que servir de impulsión al atleta cuando fuese a iniciar la carrera. Julia les hizo observar que la temperatura y la humedad eran constantes. Algunos complejos instrumentos ejercían su control. Explicó que las condiciones eran idénticas a las existentes en la Residencia donde se preparaban los atletas.

Pudieron ver también, en una de las salas laterales, una gran fotografía de Larsa, el atleta que hacía mil cuatrocientos cuarenta y tres años había situado el récord de los cien metros lisos en 7 segundos y 984 milésimas.

Tras un par de horas de visita, durante las que pudieron ver con sus propios

ojos lo que ya conocían a través de las múltiples fotografías publicadas, volvieron a subir al autobús con la misma e inagotable algarabía con que habían llegado.

El sol estaba en su punto más alto cuando se alejaron por la recta carretera que los había traído hasta el Estadio.

## Dos

— ¡Qué, ingeniero! ¿Cómo están las cosas?

El hombre que hablaba en tono reposado debía de tener unos sesenta años. Era alto y delgado, dibujándose en sus sienes las primeras canas. Estaba sentado tras la mesa del despacho que ocupaba desde hacía siete años, cuando Autoridad lo nombró primer secretario. Su carrera de honores en política había sido meteórica. A los veinticinco años consiguió, tras unas reñidas votaciones, la alcaldía de su ciudad natal en el norte de Europa. Al alcanzar la edad legal, logró entrar en el Senado en representación de su región. El trabajo

que desarrolló en esta cámara, siempre con honradez y eficacia, llamó la atención de Autoridad, quien lo eligió para ocupar el cargo actual que lo convertía en su ejecutivo máximo. Su nombre era Dalmás.

Frente a él se encontraba el caballero al que había llamado ingeniero: Sheffair, el asesor de Autoridad en materia de informática y comunicaciones. De edad similar a la del primer secretario, aunque algo más grueso, no había perdido aún el buen porte que sin duda hubo de tener en su juventud. Se había especializado en ingeniería informática en la escuela de Cassar, del prestigioso profesor Buttler, recientemente fallecido. Como asesor presidencial, había sido el encargado de diseñar el complejo informático que ahora dirigía, imprescindible para la realización de la gran prueba y de las transmisiones que permitirían difundir las imágenes de la Carrera a todos los rincones de la Tierra.

Ambos hombres se hallaban reunidos en el espacioso despacho del primero, situado en el edificio gubernamental de Urbitad, la capital del Estado mundial. La luz penetraba por un amplio ventanal lateral desde el que podía verse la Casa Presidencial. Este lugar venía siendo ocupado desde hacía siglos por los sucesivos autoridades. El mobiliario era funcional y elegante, pero sin concesiones a la ostentación.

— ¿Cómo van las cosas? —volvió a preguntar el primer secretario.

—Prácticamente está todo terminado —respondió Sheffair—. Concluí las

visitas de inspección de las estaciones repetidoras y todo está listo.

—Estarás cansado —dijo Dalmas.

—No especialmente. ¡Aún somos jóvenes! — bromeó el ingeniero, conocedor de la oculta coquetería que sobre su edad mantenía el primer secretario—.

Pero estoy deseando regresar a Shandu y ver a Julia.

— ¡Ah, sí, tu hija! —sonrió Dalmas recordándola—. La última vez que la vi era una niña. Debe haberse convertido en una preciosa mujer. ¿Qué edad tiene?

—Veintidós años; y sí, es muy bonita. Cada día se parece más a su madre.

—La sigues echando de menos, ¿verdad?

—Sí, mucho —respondió el ingeniero poniéndose en pie y acercándose al ventanal—. En fin... Pero todas estas actividades me ayudan a hacer más llevadera su ausencia.

Dalmas se puso en pie y se unió a Sheffair junto a la ventana.

— ¿Se establecerá definitivamente Julia en Shandu? —preguntó Dalmas intentando alejar el tema que sabía entristecía al técnico—. Es una ciudad preciosa para vivir...

—No lo sé. Aún no se ha decidido. Pero, en cualquier caso, sería bueno que fuese pensando en ello. Le hace falta ir asentándose. Ya tuvo demasiados cambios por culpa de mi trabajo —hizo un silencio para luego continuar en tono reflexivo—: No puedo dejar de pensar que quizá he sido demasiado egoísta con ella. La he llevado de un lado a otro, sobre todo desde que murió su madre, porque me sentía incapaz de prescindir del calor de su compañía.

— ¡No te culpes! Creo que para ella ha debido de ser una excelente experiencia conocer tantas ciudades y a tantas gentes. ¿Qué hace ahora?

—Trabaja en Shandu como guía del Estadio.

— ¿Está contenta?

—Creo que sí, aunque sus aspiraciones son otras... En ese momento les interrumpió una discreta llamada a la puerta del despacho. Por ella asomó una mujer de mediana edad.

—Señor, dentro de cinco minutos tiene la reunión con el senador Zenón. Ya le espera en la sala de juntas.

—Gracias, Flavia —contestó Dalmas a su secretaria—. Enseguida voy.

El ingeniero pudo observar cómo el semblante de Dalmas se había ensombrecido ligeramente al oír el nombre que había pronunciado la secretaria. Al salir ésta, le preguntó:

— ¿Qué sucede?

—Que ese hombre nos va a traer problemas...Pero no te preocupes, que ya tienes bastante con los tuyos —y sonriendo, tras una ligera pausa, continuó—:

Bueno, amigo, ¿cuándo sales para Shandu?

—Mañana. He de ultimar los preparativos en el Estadio.

—Muy bien. Pues llama antes de partir, por si Autoridad quiere algo de ti.

Más tarde, cuando se despedían, le dijo:

—Saluda a tu hija de mi parte y ten buen viaje.

—Así lo haré. Gracias.

### **Tres**

El aula estaba repleta. Alrededor de cien jóvenes, estudiantes en su mayoría, escuchaban atentamente al hombre de unos cuarenta años que desde la tarima elevada les daba una encendida charla.

—Las razones del senador Zenón son rotundas: tras quince siglos de paz, es necesario hacer evolucionar la Constitución y con ella a la sociedad. Los cambios que pretende introducir en el artículo octavo permitirán una descentralización paulatina de la Administración del Estado. Permitirán también que cada región desarrolle su propia personalidad y sus propios caracteres diferenciales. ¡Ya está bien de que las guerras de la antigüedad sigan siendo el pretexto para seguir dirigiendo todo desde Urbitad! Vosotros, los jóvenes, sois los que debéis liderar este movimiento.

El senador Zenón lo defenderá en el pleno del Senado. Él nos guiará. Pero los aquí presentes, y muchos más como vosotros, deberéis defenderlo en las calles.

La mayor parte de los asistentes aplaudió con fuerza las palabras del orador. Éste los aplacó con un gesto.

— ¡Oídmeme bien! —continuó—. Dentro de poco habrá múltiples manifestaciones en cientos de ciudades y los asistentes llevarán la que será nuestra seña de identidad: una bandera del tamaño y el color que cada cual



prefiera. Como sabéis, están prohibidas, pero no importa. Será la forma de establecer nuestra nota diferencial frente a los conservadores que pretenden no cambiar jamás las cosas. Tras esas banderas peharemos unidos.

Los aplausos se reprodujeron con más fuerza. Entre los jóvenes asistentes, Tessa era de las que daba muestras de aprobación con mayor ímpetu. Al no ser muy alta, se veía obligada a ponerse de puntillas para poder ver al orador. Tenía el pelo corto, pelirrojo, y una cara pecosilla y ovalada que le daba cierto aire pícaro.

— Álzame un poco —le dijo a Antonio, el chico que estaba a su lado y con el que había venido al mitin.

— ¡Pero si ya ha terminado! —contestó riendo el aludido—. ¡Venga, vámonos!

La cogió de la mano e intentaron ganar la salida entre la gente que, arremolinada en torno al orador, le hacía mil preguntas. Cuando lograron salir, Antonio le preguntó:

— ¿Tomamos algo?

—Me gustaría, pero tengo que madrugar mañana y, además, estoy muerta.

—De acuerdo. ¿Y el fin de semana, vamos a algún sitio?

— ¿Dónde se te ocurre?

—Mira, te propongo un plan: el viernes salimos a cenar. Después tomamos el tren nocturno de la sierra y pasamos un par de días haciendo montañismo y pescando. ¿Te apetece?

—A mí sí, aunque no tengo ni idea de pescar. El problema son mis padres. No creo...

—Diles que vas a casa de una amiga.

—De acuerdo —se iluminó el rostro de la chica satisfecha por la idea—. Les diré que me voy con Julia y la pondré al corriente por si acaso la llaman.

— ¿Tan poca confianza tienen tus padres en ti?

— ¡Claro! —dijo con frescura—. Ya me han cogido en varios renuncios...

Momentos después se despedían entre risas.

## Cuatro

— ¡La salida ha de ser explosiva! —repetía una y mil veces el preparador—. ¡Esa es la clave! Las décimas de segundo perdidas en ese instante son irre recuperables. Así que concéntrate a tope. ¿Comprendido?

Tras una pausa, y una dura mirada al atleta, le ordenó:

— ¡Empecemos de nuevo!

Aristos Quinto se puso una vez más en la línea de salida. Inclinandose, apoyó sus pies en los pedales y colocó las manos sobre la línea indicada. Recibió una micro descarga de energía eléctrica a través de los pedales y salió impulsado hacia delante. Como catapultado. Al mismo tiempo, la señal eléctrica ponía en marcha el cronómetro electrónico. En una pantalla situada al final de la pista se podían ver los dígitos corriendo y la imagen estilizada del muchacho. El tiempo de salida no había sido bueno.

— ¡Escucha, Quinto! —le recriminaba el primer entrenador mientras los demás los contemplaban en silencio y sin moverse para no molestar—. Has de ser capaz de salir en el mismo instante en que, a través del pedal, te llegue la señal al pie. Es la única forma de poder entrar en aceleración inmediata. Tus tiempos no están siendo buenos. Te falta concentración. ¡Comienza de nuevo y hazme el puñetero favor de pensar solo en correr!

El chico alto de largas piernas y de piel y ojos oscuros, obediente, volvió al punto de salida.

Mientras tanto, su hermano Aristos Primero era masajeado por el fisioterapeuta. A su alrededor, los preparadores auxiliares miraban en la pantalla del fondo las imágenes del atleta en acción. Primero, tumbado de espaldas en la mesa, recibía los masajes que ponían fin a su jornada de entrenamiento y comentaba con el masajista las incidencias del momento:

—Está cansado —afirmó en voz baja señalando con un gesto a su hermano—. Debería dejarle que se relajara un poco.

—Él sabe lo que hace. Es preciso que consiga los mismos tiempos que tú. El entrenador manda. No te metas.

—Hoy va a ser imposible. Está agarrotado —insistió.

—Pues por eso están trabajando con él.

Ambos se quedaron en silencio observando la pantalla, que ahora indicaba el tiempo transcurrido entre la señal de inicio de carrera y el instante de la salida real de Quinto. Este sistema también permitía a los preparadores comprobar el grado de aceleración de los atletas, desde que se ponían en movimiento hasta que alcanzaban la punta máxima de velocidad. Siempre corrían solos, tal como

lo tendría que hacer en el Estadio el que fuera elegido de ambos para intentar batir el récord del mundo.

Aristos Primero, desnudo, mientras seguía recibiendo el relajante masaje, cerró los ojos y dejó que su mente vagara por los pensamientos que hacía tiempo le inquietaban. Aislado de su entorno, mientras las expertas manos del masajista recorrían uno a uno los músculos de su cuerpo, le vinieron a la memoria las imágenes de sus cuatro hermanos que habían sido rechazados para correr.

Todos ellos eran el resultado de un complicado programa de selección. A lo largo de doce generaciones los genetistas habían estado realizando cruces consanguíneos, para “fabricar” un hombre capaz de superar el récord mundial, establecido más de mil cuatrocientos años atrás. El programa había sido diseñado por el doctor Jacson. Sus leyes genéticas mantenían que sólo por medio de la superespecialización de algunos individuos, fuese en el campo que fuese, se podía conseguir que la humanidad siguiese progresando casi indefinidamente. Era la única fórmula para escapar de esa ley natural que, inexorablemente, hace morir todo lo nacido.

Hasta el momento, las teorías de Jacson habían demostrado ser ciertas en todas sus premisas. Y la conclusión eran ellos mismos: los Aristos. En efecto, generación tras generación, los miembros de cada saga habían ido superando los rendimientos atléticos de las anteriores. Ahora ellos dos, como resultado último, representaban la perfección en la especialidad: tenían piernas más largas, flexibles y ágiles que sus antecesores. Aristos Primero había comenzado a andar noventa y ocho días después de su nacimiento; ocho días antes que su hermano Quinto y veinte que la generación anterior. Los electrocardiogramas demostraban que su capacidad física para resistir la aceleración repentina era perfecta, y su ritmo respiratorio el adecuado para los fines que perseguían.

Siempre supo que cada generación había estado formada por diversos individuos, hombres y mujeres que, por un motivo u otro, eran rechazados en la mayoría de los casos en el mismo instante de su nacimiento. Eso les había ocurrido a sus otros hermanos. Sin embargo, los que reunían las exigencias de los genetistas eran preparados igual que ellos: cuando llegaban a edad adulta depositaban el semen de los varones en las hembras, para dar comienzo así a la siguiente generación.

Las leyes de Jacson precisaban que, según fuesen avanzando las generaciones de cruces consanguíneos, los porcentajes de desecho aumentarían. La doceava, es decir la de Primero y Quinto, sería la última, porque, a partir de ella, las siguientes tendrían un producto no útil superior al 92%. “La consanguinidad potencia tanto las virtudes como los defectos”, mantienen los genetistas, “y

llegados a ese punto, no se puede seguir trabajando. Hay que empezar de cero”.

Solo ellos cumplían las exigencias de los expertos. Su generación se había compuesto de seis miembros, pero cuatro de ellos fueron desechados. Tres habían sido rechazados en el mismo instante de su nacimiento; sin embargo, Aristos Segundo, a quien recordaba vivamente, supuso un caso excepcional: creció con ellos y, al llegar a la pubertad, comenzaron a aparecerle deformidades. Sus piernas se fueron curvando como un arco y los pies se le encogieron. Primero recordaba aquello con horror. Había sido su compañero de juegos infantiles, y, un día, pudo ver cómo se lo llevaban camino de un hospital del que nunca volvería.

Hoy nadie discutía las teorías del profesor Jacson. Sin embargo, hubo un tiempo en el que se vio obligado a defender sus tesis frente a las costumbres moralistas de la época, que consideraban contra natura los cruces consanguíneos, incluso a nivel experimental. Pero sus tesis triunfaron gracias al apoyo que recibió del autoridad de la época, quien veía cómo, hacía siglos, el hombre había perdido la esperanza de poder seguir evolucionando, lo que le hundía en un estado de apatía tal que hizo, incluso, disminuir las tasas de natalidad y estas se volvieron peligrosamente negativas.

Si las teorías de Jacson se mostraban ciertas, el sistema sería aplicado a todos los campos posibles de la actividad humana. Los hombres resultantes de esas experiencias, siempre puntuales, portarían, tanto en el terreno de lo físico como en el intelectual, la bandera del progreso para todos los demás. Los mejores pensadores, ingenieros, matemáticos, médicos, etcétera, fecundarían a las más brillantes mujeres de su misma especialidad; los hijos de estos, a sus propias hermanas y así hasta la duodécima generación, en la que se obtendría el ser humano más perfecto en cada campo. Después, habría que comenzar de nuevo. Pero estos superespecialistas habrían aportado al resto de la humanidad el tributo de sus conocimientos y aptitudes.

Según se acercaba la fecha de la Carrera aumentaba la inquietud que le producía el pensar que millones de personas, aun sin conocerlos, estuviesen esperando de ellos el cumplimiento de las “profecías” de Jacson. A veces, sobre todo en los ratos de soledad, le estremecía la idea de que su hermano o él mismo, llegado el momento, no fuesen capaces de batir el récord.

Prefería no imaginar las consecuencias. Pero, sin duda, serían fatales para todos los ciudadanos del mundo. Eran demasiados años de esperanzas que podían verse frustradas en apenas unos segundos. Sólo con su hermano Quinto había compartido en alguna ocasión estos temores.

El psicólogo los preparaba en la técnica del vacío mental. Aseguraba que, por

medio de ella, en el momento de la carrera, conseguirían liberarse de cualquier pensamiento que no fuese correr. En ese instante crucial los guiaría el instinto fijado genéticamente durante siglos.

El final de los entrenamientos de Quinto lo sacó de su abstracción.

—Vamos a ducharnos —le dijo éste al llegar a su altura—, que hoy no vamos a tener tiempo ni para comer. El Tutor nos espera.

\*\*\*\*\*

La tarde era apacible. Los dos jóvenes y el anciano paseaban por las sombreadas alamedas de la Residencia. El señor mayor aún parecía más menudo de lo que realmente era caminando entre los dos atletas. Al igual que cualquier otro muchacho de su edad, recibían de su Tutor los conocimientos de historia, arte, geografía, y demás enseñanzas. Pero, sobre todo, intentaba enseñarles a pensar. En múltiples ocasiones les había advertido que el trabajo del buen maestro consiste en enseñar el porqué de las cosas, pues ello les haría comprender mejor el mundo y les haría más libres. “El cómo —decía— es lo que se aprende con las especialidades de los estudios superiores; con ello se consigue saber construir un puente, pero no lo que motiva a los hombres que lo cruzan”.

El Primer autoridad, el padre de la Revolución, había enseñado que ésta sólo era posible si se producía antes en las mentes de los hombres. El simple cambio de sistemas de estado o de gobierno no es revolución, sino solamente un relevo en el poder.

Cambiar las mentes, cuenta la historia, hizo posible la transformación del sistema económico: los grandes grupos financieros y empresariales se sustituyeron por el pequeño taller, el granjero y el artesano. Permitió también eliminar los productos energéticos contaminantes por otros más naturales e inocuos, como la energía nacida del hidrógeno, la solar y la eólica, que pudieron ser desarrolladas cuando desaparecieron los grandes intereses que hasta entonces lo habían impedido. Los sistemas de enseñanza también sufrieron profundas transformaciones a lo largo de esos siglos de evolución. Se optó por un modelo donde se potenciaba la lógica por encima de la memoria y las humanidades sobre la especialidad.

Los Aristos eran un caso muy especial dentro de esta civilización hija de la Revolución universalista. Esa tarde, como tantas otras, los jóvenes debatían acaloradamente.

—La destrucción de Roma —decía Primero— no fue obra de los bárbaros. Éstos solo enterraron un cadáver que hacía tiempo olía.

— ¿Por qué? —replicó Quinto—. Eso no tiene mucho sentido. El mundo venía del periodo más largo de paz que la humanidad pudo disfrutar en muchos siglos.

—Porque esa misma paz, y el bienestar que produjo, fueron corrompiendo y acomodando a las clases dirigentes y después al pueblo.

—Según tu teoría, tan funesta es la paz como la guerra.

—No exactamente —respondió Primero con pasión—. Pero todo indica que el hombre tiende a autodestruirse. Al menos, esto es lo que parece deducirse de nuestra historia.

El Tutor, que hasta ese momento había permanecido en silencio escuchando a los jóvenes, interrumpió de repente:

—Nunca olvidéis que las palabras grandes y ampulosas como verdad, belleza, bondad, felicidad y paz son como arriba y abajo, posiciones ópticas del espectador.

— ¡La paz, por ejemplo, no es un concepto subjetivo!—protestó Quinto.

— ¿Ah, no? —contestó el anciano—. Defínela.

—Bueno, yo diría —dudó un instante y miró a su hermano antes de responder— que es la ausencia de guerras.

— ¿Y cómo definirías la felicidad?

—Pues como la ausencia de problemas...

— ¿Tú crees lo mismo, Primero?

—Yo pienso que es la congruencia entre el comportamiento y las convicciones.

El anciano miró a ambos un instante y, sonriendo, concluyó:

—Las dos definiciones podrían ser correctas, así que tenemos dos verdades.

— ¿Y cuál es la válida? —preguntó Quinto.

—Cualquiera de ellas y otras muchas. La mejor respuesta será la que encontréis en vuestro interior. Fuera de vosotros mismos sólo hallaréis preguntas imposibles de contestar.

—Quizá —dijo sin demasiada convicción Primero— podríamos aceptar como verdad todo aquello que es aprobado por las mayorías.

—No lo creas, hijo. Es más fácil encontrar la verdad en el individuo que en las

masas —hizo una pausa reflexiva—. El hombre es una isla. La suma de ellos sólo forma un rebaño que se mueve a golpe de emociones primarias y, por su naturaleza gregaria, casi siempre, pasto fácil de la manipulación del pastor.

— ¿Se deduce de ello que también las emociones son un elemento negativo?

—No si responden a sentimientos individuales y profundos, y estos nunca encuentran en la palabra el vehículo más apropiado para su expresión. Tal vez solo los silencios puedan transmitirlos.

Continuaron conversando hasta que el sol se puso.

\*\*\*\*

Esa noche, como solían hacer los dos hermanos, tras cenar, se reunieron en el confortable dormitorio de Quinto. Acostumbraban a escuchar un poco de música, charlar y pasar el rato con algún juego de mesa, nunca hasta muy tarde porque solían madrugar. Primero estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Quinto se encontraba tumbado en su cama.

— ¡Qué mal lo he hecho hoy! —dijo éste con resignación.

— ¡Bah! No te preocupes. Son días —le restó importancia Primero.

— ¿Sabes...? El elegido debes ser tú...

— ¿Por qué? —interrumpió Primero a su hermano, rechazando con un gesto tal idea.

—Sencillamente porque eres más rápido que yo.

Y aunque nunca nos dicen los tiempos totales de la carrera, debes de estar cerca del récord.

—Eso es una tontería. Sólo nos dan los tiempos de salida y de aceleración.

—Eso es suficiente.

— ¡No para saber si estamos en el camino del récord!

—Tú sabes que aún no lo estamos —afirmó Quinto—. No hace falta que nos lo digan. Nuestros tiempos de salida y de aceleración todavía no son los de Larsa, aunque estoy convencido de que, en el día de la Carrera, lo podríamos conseguir tanto tú como yo.

— ¡Ojalá sea cierto! —contestó Aristos Primero.

Ambos hombres quedaron en silencio unos instantes. Luego prosiguió Quinto:

—Nos queda muy poco tiempo, y lo normal es que seas elegido. La verdad, no

sé qué podría hacer con mi vida después. Desde que nacimos —había cierta tristeza en sus palabras— estamos haciendo lo mismo: prepararnos para una carrera de unos segundos. El que la corra de nosotros dos, y lógicamente consiga batir el récord, pasará el resto de sus días rodeado de la máxima popularidad y prestigio. El otro... nada. Del mismo modo que fijaron en nuestros genes la cualidad de correr, nos deberían haber quitado la de pensar. Al menos, la de dudar.

Mientras habían visto lejano el momento de la decisión, el día a día ocupaba sus mentes. Pero ya hacía meses, conforme se aproximaba la fecha clave, que tocaban abiertamente el tema entre ellos. Los tutores, que conocían perfectamente las inquietudes de los jóvenes, intentaban que no les afectase en la preparación intensiva a que estaban siendo sometidos en las semanas previas a la Carrera. Pero, todavía, no se atrevían a despejar la incógnita sobre quién correría para evitar posibles contratiempos de última hora. Intentaban mantener la tensión en los Aristos, conscientes de los riesgos que ello comportaba. Por eso, las sesiones del psicólogo se intensificaban en igual medida que la puesta a punto física. Esta situación se prolongaría hasta poco antes de la presentación mundial, que se realizaría por televisión. Sólo entonces les comunicarían el nombre del elegido.

—Mira, Quinto, el que no sea seleccionado tendrá una vida normal. ¡Tampoco es para asustarse! Vivirá igual que cualquier otra persona.

—Los dos sabemos que no nos será fácil adaptarnos a una vida vulgar y corriente. Y, con toda seguridad, ese papel me tocará a mí, sencillamente porque tú eres mejor. No me engaño al respecto y créeme, me alegraré por ti. Es problema mío aprender a aceptarlo.

—Aún no hay nada decidido —protestó Primero.

—No importa, pero será así. Se volvió a producir un momento de silencio. Primero se sentía algo violento con la conversación.

—Nos parecemos los dos tanto... —continuó Quinto— que, aunque el descartado no salga en los medios de comunicación, todos adivinarán quién es. Sólo conseguirá despertar lástima. Siempre será el fracasado...

— ¡Dios mío! —interrumpió de nuevo Primero—. ¿No puedes estar más pesimista hoy?

—Tal vez sea porque, mientras el preparador me hacía repetir una y otra vez la salida, tomé conciencia de que no podía seguir engañándome. Nunca seré el elegido.

—Faltan aún unas semanas y puede pasar de todo. ¡Olvídate del tema!



Además, si fuera yo el seleccionado para correr, lo haría porque no hay otro remedio. No sé si sería capaz de soportar la presión. Se juega a una sola carta y toda la Tierra estará pendiente de la Carrera. Es para obsesionarse...

—A mí eso no me asusta.

—Lo sé. Por eso te digo que dejes pasar el tiempo y dedícate a prepararte a fondo. Tú deseas más que yo realizar la Carrera y, créeme, es muy posible que así sea. Quinto miró a su hermano intentado adivinar lo que quería decir con sus palabras y le preguntó:

— ¿No estarás pensando hacer alguna tontería?

— ¿Quién, yo? —rio Aristos Primero—. ¡Oh, no! Lo que pasa es que entiendo que en la vida, estoy seguro, existen otras cosas, y el que no corra de los dos podrá descubrirlas como ciudadano de a pie. No estoy hecho — continuó diciendo mientras reía— para ser una figura pública. Y menos, una especie de profeta. ¡Bueno, ya está bien! O jugamos a algo o me voy a dormir. ¡Hoy estás insoportable!

## Cinco

Era noche cerrada cuando Julia llegó a su casa. Tras atravesar el pequeño jardín que conducía a la entrada principal, entró en la vivienda. En el salón, sentado en un confortable sillón, su padre leía la prensa a la luz de una lámpara de pie. El hombre, al oír la puerta que se abría desde el exterior, alzó la mirada y, al reconocer a su hija, sonrió. Julia, tras llegar hasta él, se abrazó a su cuello y lo besó con alegría.

— ¡Hola, papá!

— ¿Qué tal, bonita? ¿Cómo has pasado estas semanas?

— ¡Pss! Como siempre —dijo la chica mientras tiraba los libros encima de la mesa, dejándose caer sobre el sofá situado frente a su padre. Se quitó los zapatos, los apartó a un lado y, recogiendo las piernas sobre sí misma, preguntó:

— ¿Y tú? Cuéntame ¿Qué tal ese viaje?

—Muy bien. He recorrido más de cincuenta mil kilómetros en estas semanas —sonrió al afirmar—. ¡Aún los aguanto!

— ¿Ya has terminado tu trabajo?

—Por ahora sí. Además, no puedo estar tanto tiempo sin tus magníficas

comidas —comentó Sheffair en tono humorístico, sabiendo lo poco que le gustaba a su hija cocinar—. Me quedaré los próximos días para disfrutarlas.

— ¡Qué tonto eres!

—Sí, las eché de menos... ¡Por cierto! —dijo el padre recordando de improviso—. Antes de que lo olvide: ha llamado Tessa; me ha dicho que te pongas en contacto con ella urgentemente. Con un gesto displicente, la muchacha alargó el brazo para alcanzar el teléfono situado en una mesita próxima. Seguidamente, marcó el número de su amiga.

— ¿Eres tú, Julia? —dijo la inconfundible voz de Tessa al otro lado de la línea.

—Sí. Me ha dicho mi padre que me has llamado.

—Así es. Verás... —su voz sonaba más excitada de lo normal—. Tienes que hacerme un favor.

— ¡Claro! ¿De qué se trata?

—Hoy me han informado de que el próximo domingo irán al Estadio unos visitantes especiales, y me han ordenado que me ocupe del tema.

Julia se pasó la mano por su ondulada melena negra tirándola hacia atrás, sobre su hombro derecho, con ese gesto suyo tan característico.

— ¿El domingo? —se alarmó—. Pero si los domingos nunca hay visitas...

—Pues el próximo, sí.

— ¿Tessa, no será una broma tuya? —la interrumpió Julia haciendo una mueca como si la amiga pudiese verla.

— ¡Ojalá fuese así! Escucha, me llamó el director para decirme que ese día irán al Estadio varios señores. Me explicó que ni siquiera él sabe quiénes son. Que la orden venía de “arriba” —subrayó intencionadamente—, y que no queda más remedio que acompañarlos.

— ¡Dios, qué misterio! —Julia escuchaba intrigada a la amiga.

—Bueno, pues tendrás ocasión de desvelarlo— continuó Tessa con desparpajo —, porque cuento contigo para que me sustituyas. No me fallarás, ¿verdad? — Si no hay más remedio... Pero ¿qué te pasa?

—Que tengo un magnífico plan, con cena y viaje incluidos.

— ¿Conozco yo el “plan”? —preguntó Julia sonriendo.

—No, pero prometo presentártelo si me sustituyes. ¿De acuerdo, preciosa?

—Vale, pero no me hagas la rosca —hizo un gesto de conformidad—. Dime qué he de hacer concretamente.

— ¡Gracias, gracias, lindísima! —la voz exultaba de alegría al otro lado del teléfono—. ¡Te debo la vida!

Julia no podía dejar de sonreír al oír las exageradas expresiones de la amiga. Ésta continuó:

—Mira, coges el automóvil y a las diez de la mañana abres el Estadio. Cuando lleguen los pelmazos les sonríes, les dices que tienes prisa y, en cuanto salgan, te largas. ¿De acuerdo?

—Muy bien, vete tranquila y diviértete por las dos.

—Espera, no cortes aún. Les he dicho a mis padres que estoy contigo. Así que ya sabes...

—Entendido, embustera —reía Julia con las cosas de la amiga—. No te preocupes.

Tras cortar las manifestaciones de agradecimiento de Tessa, colgó el teléfono. El padre de Julia, que no había podido evitar oír la conversación, preguntó a su hija:

— ¿El domingo tenéis visita en el Estadio? Creí que estaba prohibido.

—Así es, pero, al parecer, hay gente a la que no afectan las prohibiciones. Estaba pensando en preguntarte si tenías alguna noticia al respecto. Mas, por lo que veo, tampoco sabes nada.

—No, nada en absoluto. Es extraño... —musitó, y tras un momento de reflexión, sacudió ligeramente la cabeza como queriendo alejar algún pensamiento.

—En fin —continuó—. Siento que te estropeen el día de descanso.

Después de cenar, como tantas noches hacían cuando estaban juntos, se sentaron en el porche de la casa, iluminado por la luz que salía a través de la ventana del salón. Eran momentos de intimidad que ambos echaban de menos cuando los separaban sus obligaciones profesionales. Hasta ellos llegaba el suave aroma de azahar que traía la primavera. En silencio, sentados en la amplia mecedora, contemplaban los cientos de luces que formaban Shandu. Era la típica ciudad posrevolucionaria.

A lo largo de los siglos que siguieron a la Revolución, ocurrida hacía más de mil quinientos años, fueron tomando forma las ideas que la motivaron. El Estado mundial aprovechó los inmensos recursos económicos que se liberaron

al desaparecer cientos de gobiernos, junto con sus ineficaces maquinarias bélicas y burocráticas, para, entre otras cosas, crear un nuevo tipo de ciudad que, paulatinamente, fue imponiéndose al viejo concepto de urbe mastodóntica. Las nuevas ciudades no debían tener más de trescientos cincuenta mil habitantes. Se pretendía así que las gentes pudiesen trabajar en sus talleres o en sus granjas y vivir en ellas, sin que sus dimensiones las aplastasen. Se trataba de adaptar la ciudad al hombre, y no al contrario, como había sucedido en las remotas épocas históricas.

Con el paso del tiempo las grandes y viejas ciudades acabaron por ser abandonadas. Hoy sólo son ruinas a visitar. El Estado, desde entonces, fue construyendo las nuevas poblaciones y proveyendo de hogar a los ciudadanos, como era su obligación constitucional. Estos pueden disfrutarlos hasta su muerte a cambio de una módica cantidad de dinero, que sirve para financiar su mantenimiento.

Todo ciudadano puede solicitar su vivienda en cualquier población de la Tierra, aunque, evidentemente, no siempre la puede conseguir en el primer lugar de sus preferencias, asunto que provoca no pocos quebraderos de cabeza a la Administración. La costumbre es que, al alcanzar la mayoría de edad, se haga la solicitud allí donde se prevé ejercer la actividad profesional. Otras personas, sin embargo, optan por continuar viviendo y trabajando en el taller o en la granja familiar. Naturalmente, cuando fallecen sus padres, tienen preferencia para utilizar las instalaciones, incluida la casa. En cualquier caso, es relativamente frecuente que la gente, a lo largo de su vida, cambie en más de una ocasión de vivienda e, incluso, de ciudad; aquella vuelve entonces a manos del Estado, que la pone en circulación para atender nuevas solicitudes.

Los modelos arquitectónicos dependen de la región del mundo en que se levanta la ciudad, aunque muestran una característica común: se trata de ciudades amplias y bajas, “donde —como dice un viejo refrán de la época de la Revolución— puedan ser contemplados el cielo y las líneas del horizonte; mas si algo lo impide, deben ser solo los árboles de sus parques”.

Los Sheffair habitaban esta casa desde hacía pocos meses. El hecho de que se hallase emplazada en una pequeña colina les permitía contemplar el barrio de los artesanos al este. Cerca de él se extendía la zona de talleres y pequeñas fábricas. Al oeste se situaban las casas y tierras de los hortelanos y, no lejos de allí, se divisaban pequeñas granjas. Unos amplios caminos radiales comunicaban todas las zonas y conducían al centro de la ciudad. Era el único lugar donde podían verse algunos edificios altos, destinados a actividades comerciales y administrativas. Tras estos, en los días claros, se veía el mar.

Mientras disfrutaban de tan hermoso paisaje, padre e hija parecían absortos en sus pensamientos.

— ¿Sabes ya adónde iremos cuando termine la Carrera? —la voz de Julia sonó como un susurro en la noche.

Tras reflexionar un instante, su padre respondió con el mismo tono íntimo:

—Solo estoy seguro de lo que he de hacer el día de la prueba. Como sabes, estaré en la central informática de Urbitad para dirigir la operación. Sé que allí estarán también Autoridad y algunos de mis técnicos. Después... ya veremos.

Se volvió un instante para mirarla y le sonrió con ternura.

—Lo importante es que pienses en lo que deseas hacer tú. Mi destino ya está trazado —Sheffair hizo una corta pausa—. Mira, hija, desde que murió tu madre solo dos cosas me han interesado en la vida: tú y mi trabajo. Y ahora los dos estáis a punto de madurar.

Hizo otro silencio. Ambos tenían perdida la mirada en algún punto lejano.

—Te has convertido en una preciosa mujer, con inteligencia, sensibilidad y toda una vida por delante que tienes la obligación de vivir. Pero el camino has de andarlo sola a partir de ahora.

Julia iba a protestar, pero él la interrumpió con un gesto suave.

—Es ley de vida, preciosidad.

Ella sintió un ligero escalofrío. Quizá fuese por la fresca brisa que llegaba del mar. Se acercó a su padre y recostó la cabeza en su hombro, como cuando era niña. Le hacía sentirse segura.

—Algún día, en algún lugar, aunque seguramente cerca del mar —sonreía al decirlo pues conocía bien a su hija—, enraizará definitivamente tu vida y terminarás encontrando a alguien con quien compartirla. A tus hijos les hablarás de tu madre y de mí, y así nos perpetuaremos en sus corazones. Como ves —bromeó—, mi labor contigo está acabada.

Ella le miró y, en tono risueño, le contestó:

— ¡Ah, no! No pienses que te librarás de mí tan fácilmente. Si algún día me caso, lo que está por ver, viviré donde tú lo hagas. ¿Quién, si no, se quedará con tus nietos cuando yo salga?

Definitivamente estaba refrescando. Julia se acurrucó aún más contra su padre mientras le oía decir:

—De ti estoy profundamente orgulloso. Solo me queda esperar que todo salga bien el día de la Carrera. Para eso me han preparado y a ello he consagrado mi vida. Si lo consigo, podré descansar tranquilo.

— ¡Pero, papá! —protestó ella—. Después tendrás que seguir trabajando. ¿No esperarás jubilarte ya? ¡No presumas de viejo!

— ¡El tiempo dirá! —la interrumpió, apretándola contra sí.

El aroma del azahar llegaba hasta ellos cada vez con más sutil suavidad.

## Seis

—Lo que usted propone es un disparo certero contra la línea de flotación de nuestra sociedad —decía Dalmas al senador Zenón, sentados ambos, frente a frente, en la amplia mesa de reuniones.

El senador debía de tener poco más de cincuenta años. Vestía con cierta informalidad para la ocasión, sobre todo teniendo en cuenta la personalidad a la que estaba visitando. Su pelo, algo más largo de lo normal, le llegaba a cubrir parcialmente las orejas.

—Nunca esperé de usted la aprobación —al primer secretario no le pasó inadvertida la ausencia de cortesía en la respuesta, a pesar de que su voz baja y suave disimulaba un tanto las formas.

— ¿Cuenta con los cien votos necesarios para presentar en la Asamblea general la proposición de cambio constitucional?

—No estoy seguro —respondió Zenón precavidamente.

Dalmas sabía por sus informadores que, aunque aún no los tenía, era posible que llegara a conseguirlos.

—Seguramente, estará de acuerdo conmigo en que intentar la enmienda es un derecho constitucional que me asiste...

—Desde luego. Nadie le va a discutir sus derechos, y yo menos que nadie.

Dalmas intentaba no exteriorizar la animadversión que le producía su interlocutor:

—Lo único que le sugiero es que aplaze el tema para no hacerlo coincidir con la Carrera. Con ello evitaríamos, en un momento tan crucial para la humanidad, distraer a la opinión pública con el inevitable debate que esa proposición producirá.

—Prometo meditar su sugerencia —contestó Zenón con suavidad, aunque Dalmas sospechaba que lo único que le haría desistir de su empeño sería que no lograra los apoyos necesarios.

—Pero, en principio —continuó el senador—, he de confesarle que resulta difícil el aplazamiento. Hasta usted habrán llegado los rumores que ya hay en la calle acerca de esta posible enmienda constitucional. Y creo no engañarme si le digo que ha despertado ilusión, sobre todo entre la gente joven.

—Esos rumores —preguntó el primer secretario, conociendo perfectamente la respuesta— ¿no habrán salido de su entorno? Tengo entendido que ciertas universidades están siendo visitadas por algunos de sus más acalorados partidarios.

— ¡Oh, no! —protestó Zenón con energía—. No estamos interesados en producir trastorno alguno. No es nuestro estilo. Además, permítame decirle, y hago solo una reflexión en voz alta —el senador quiso desviar el espinoso tema—, que no comparto con usted la inoportunidad del momento. Si la enmienda es rechazada, será una forma eficaz de cortar de raíz esos rumores. Y si es aprobada, será un buen momento para que así sea: coincidirá con el año de la Gran Carrera que ratificará las teorías del profesor Jacson.

Dalmas decidió no seguir insistiendo en esta cuestión, pues vio claramente que su interlocutor tenía tomadas sus decisiones antes de entrar allí. Le intrigaba saber por qué entonces había solicitado una entrevista con él si no tenía nada que debatir.

—Hace muchos años, antes de la Revolución —el primer secretario hizo un último esfuerzo para razonar—, el mundo tenía cientos de países y Estados, y dos formas de gobierno: dictaduras, que dieron más hombres obtusos que brillantes; y las denominadas democracias, que solían llevar a mediocres al poder, cuya única virtud consistía en saberse vender por los prostituidos y partidistas medios de comunicación. A los primeros los exterminó su propia corrupción; a los segundos, el demagógico sistema que se sustentaba en la tesis de que a cada hombre correspondía un voto que podía ejercer con teórica libertad. En el primer caso, se trataba de ser el lobo fuerte de la manada; en el segundo, el peso de las clases pasivas, corrompidas por los subsidios, fue llevando a los puestos de gobierno a políticos que, para satisfacer a aquellas, no dudaban en esquilmarse a los ciudadanos productivos para comprar votos de los subsidiados. Ambos sistemas se fueron alternando durante años y acabaron por autodestruirse, arrastrando consigo a las naciones. Cuando el Primer autoridad creó el universalismo como única salida posible, millones de personas en todo el mundo se adhirieron al movimiento entendiendo que era la solución para que el hombre pudiese sobrevivir a su propia estupidez. La modificación del artículo de la Constitución que usted pretende potenciaría de nuevo a los poderes locales y eso puede ser, a la larga, el embrión del que podrían surgir, de nuevo, las naciones...

—Usted exagera —interrumpió Zenón con cierta brusquedad—. Las consecuencias no tienen por qué ser esas. Conozco bien la historia, aunque le agradezco que me la recuerde, y es ridículo comparar las circunstancias de entonces con las actuales. Así que será mejor olvidar el pasado.

Dalmas, molesto por la falta de cortesía del senador, renunció mentalmente a intentar convencerle, pero, instantes después, tuvo la satisfacción de averiguar el motivo real de la visita.

—Soy consciente, y los que me apoyan también, de que si llevamos al pleno esta proposición podría ser vetada por Autoridad —Zenón volvió a emplear un tono más persuasivo—. Pero ello podría ser un problema de cara al futuro, como usted bien sabe.

Dalmas rió para sus adentros. “Esto es lo que te pasa”, pensó. “Te gustaría saber si Autoridad usará su derecho a veto, porque, de preverse esto, muchos senadores que ahora te prometen el voto retirarían su apoyo para no señalarse en una causa perdida. Ese es tu problema, y quieres que yo te dé una pista acerca de las intenciones de Autoridad. ¡Este es el verdadero motivo de tu visita!”.

—Aunque, como es lógico —dijo el primer secretario en voz alta, procurando que su gesto no dejara traslucir sus reflexiones anteriores—, Autoridad está al tanto de su propuesta, no ha tenido a bien comunicarme sus intenciones al respecto. Como sabe, es un hombre extraordinariamente reservado.

“¡Arriésgate y juega tus cartas!”, volvió a pensar para sí. “Pero de este despacho saldrás con la duda.”

—Señor primer secretario —dijo Zenón interrumpiendo los pensamientos de Dalmas—, le ruego que transmita a Autoridad mi deseo de reunirme con él para exponerle este asunto.

—Encantado. Así lo haré. No obstante —continuó tras una breve pausa—, le pido de nuevo que estudie la posibilidad de posponer la presentación de la enmienda hasta el pleno del próximo año. Tal vez entonces podamos mostrarnos más receptivos a su propuesta.

—Se lo agradezco mucho, y le reitero mi promesa de meditarlo, aunque ya le he expuesto las razones por las que considero que el pleno de este año es el momento oportuno.

—Está bien —contestó Dalmas poniéndose en pie y dando por concluida la entrevista convencido de que no obtendría nada más del senador.

Tras los corteses saludos de rigor, se despidió de Zenón.



## Siete

Julia lo intuyó nada más verlos llegar. Había abierto el Estadio, como le dijo Tessa, a las diez de la mañana y, tras desconectar todos los sistemas de seguridad, se dispuso a esperar a los visitantes.

Llegaron en un pequeño autobús del que bajaron varias personas. Entre ellas destacaban dos jóvenes altos, a los que acompañaban cuatro señores de mediana edad, y otro de porte especialmente distinguido, con el pelo cano y de edad avanzada. Los dos jóvenes presentaban un notable parecido físico entre sí, y ambos impresionaban por su planta atlética. Tenían la piel ligeramente oscura y su corte de pelo era mucho más corto de lo habitual. Sus facciones eran afiladas pero agradables.

Julia estaba segura de no engañarse. Habría apostado el sueldo de un mes a que se trataba de los Aristos.

El anciano de porte distinguido se acercó hasta donde se encontraba, dirigiéndose a la chica saludándola cortésmente. Con amabilidad, le indicó que no se preocupara de ellos, que darían una vuelta por las instalaciones y que la avisarían al terminar.

Aturdida aún por la supuesta identidad de los visitantes, sólo acertó a musitar un tímido “encantada”. Instantes después el grupo se introdujo en el Estadio.

Desde su posición Julia los podía ver hablar entre sí, aunque no los oía. Recorrían lentamente las dependencias observando con atención todos los detalles. En un momento determinado, uno de los dos jóvenes se volvió y cruzó fugazmente su mirada con la de ella. La mantuvieron durante un instante y se sonrieron mutuamente con cierto embarazo. Julia se maldijo para sus adentros, sintiéndose estúpida por la situación, así que encontró algo de alivio cuando los vio desaparecer tras la puerta de la sala de control.

Al quedarse sola no pudo evitar que los pensamientos se agolpasen en su mente. Ahora se explicaba el misterio que había rodeado la visita. ¡Por eso debía realizarse en domingo! Se trataba de los Aristos y venían a inspeccionar las instalaciones, dada la proximidad de la Carrera. Era evidente que no eran unos chicos normales. “¡Dios mío!”, pensó. “Si Tessa lo hubiese sabido...” Nunca había llegado a comprender del todo por qué se mantenía tan en secreto la identidad de los atletas. Esta circunstancia había excitado la imaginación de millones de chicas, y ella, como tantas otras, había fantaseado en más de una ocasión en su adolescencia con la posibilidad de conocer a los atletas que se preparaban en la misteriosa Residencia. En sus sueños, cada cual creaba a los

Aristos a imagen y semejanza de su hombre ideal. Ahora, al verlos por primera vez, no conseguía saber si la habían defraudado o no, pero, ciertamente, eran distintos a como los imaginó.

— ¡Hola! —oyó que decían a su lado. Su sobresalto fue mayúsculo. Tan abstraída estaba en sus pensamientos que no había visto llegar a uno de los jóvenes. Este se apercibió perfectamente de la impresión causada y no pudo evitar sonreír mientras se disculpaba:

—Perdona —dijo—. No era mi intención asustarte.

Julia hizo un esfuerzo por disimular su aturdimiento, pero con poco éxito.

— ¿Sabes? —continuó el chico, que miraba distraídamente hacia otro lado para dar tiempo a que ella se recuperase—. Tengo la impresión de que te hemos estropeado el día de fiesta.

— ¡Ah, no! —acertó a decir, agradecida por los segundos que le estaba dando para serenarse—. No tenía grandes planes para hoy —en su cara continuaba dibujándose una sonrisa casi automática—. No hay problema.

— ¿Trabajas aquí?

—Sí. Acompaño a los visitantes del Estadio. Soy guía. Durante un rato intercambiaron frases inocuas, pero de inmediato se estableció una corriente de simpatía entre ambos jóvenes. Cuando observaron que el resto del grupo se acercaba hasta donde se encontraban, el chico preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

—Julia —tras contestarle iba a preguntarle lo mismo, pero, dadas las especiales circunstancias de la situación, lo que en otro caso hubiese sido algo absolutamente normal no se lo pareció en ese momento. Sin embargo, finalmente se decidió:

— ¿Y tú?

En él no hubo la menor vacilación cuando respondió con sencillez:

—Aristos Primero.

Se produjo un corto silencio. Al recibir Julia la confirmación de sus sospechas, no pudo evitar de nuevo un instante de turbación, pero en esta ocasión se recuperó enseguida.

—Aunque te parezca mentira —continuó Primero con prisas viendo que el grupo seguía acercándose—, nací en Shandu y no la conozco. Por ello me harías un gran favor si me acompañaras como guía un día de estos —sonrió no sin cierta travesura en su mirada—. Si aceptas, te estaré eternamente

agradecido.

—Encantada —le contestó ella en el mismo tono. Pero ¿no se supone que solo debes dedicarte a entrenar?

— ¡Qué horror! ¿No serás tú más exigente que mis tutores? Dame tu teléfono antes de que lleguen estos —la apremió en voz baja.

—Es el 410 CB local.

— ¡Estupendo! Es fácil.

Estas últimas palabras las tuvieron que decir susurrando, porque los demás habían llegado a su altura.

Poco después, tras las despedidas de rigor, los vio partir.

\*\*\*\*\*

Aquella noche durmió mal. En la intimidad de su acogedora habitación, echada sobre la cama, vestida pero descalza, cruzó los brazos debajo de la cabeza y contempló la noche a través de la ventana que tenía enfrente. La lluvia repiqueteaba en los cristales impulsada por el viento que venía del mar.

No conseguía apartar de su mente los sucesos del día. Incluso a su padre le había ocultado deliberadamente que había conocido a los atletas. No sabía qué

hacer. De haberse dejado llevar por el impulso inicial, habría llamado a Tessa para contárselo. Pero algo en su interior le decía que Aristos Primero había cometido una indiscreción al decirle su nombre, y que eso le podría acarrear algunos problemas. Por otro lado, sabía que Tessa no era, precisamente, un dechado de discreción, así que decidió no comentarle nada al menos por el momento.

Repasó una y mil veces la corta conversación que había mantenido con Primero y, aunque conseguía recordar con precisión la figura del atleta, le costaba trabajo encontrar en su memoria sus facciones. De lo que no cabía duda era que la imagen del chico le provocaba un inquietante placer.

La fina lluvia primaveral había dejado de golpearlos cristales, cuando se fue dejando llevar por la agradable sensación que le producían los recuerdos de aquella tarde. Al fin, el sueño acabó vencéndola tal y como se encontraba: descalza, vestida y preguntándose si él la llamaría realmente.

**Ocho**

Dalmas había explicado a Autoridad la conversación que había tenido con Zenón. Se encontraban sentados en el espartano despacho privado que el máximo mandatario utilizaba para las reuniones informales, en el piso alto del Palacio Presidencial. Lo único que destacaba de su ornamentación eran las ciento cuarenta y una fotografías, en pequeño formato, de los autoridades precedentes, que aparecían colgadas en la pared del fondo.

Autoridad tenía setenta y ocho años y los aparentaba. No era ni demasiado alto ni demasiado grueso. Su pelo era blanco y su aspecto general el de un anciano absolutamente normal, si no fuese por sus ojos. Estos, de un negro profundo, cuando miraban fijamente parecían capaces de ahondar en los más recónditos secretos del alma de sus interlocutores. Era de esos hombres que, sin necesidad de alzar la voz, se hacían oír y obedecer. Según las personas más próximas, a pesar de su aspecto, aún conservaba la vitalidad que le hizo famoso durante su etapa de senador. Vestía una túnica oscura de tal sencillez que, a primera vista, se hacía difícil pensar que este hombre rigiera los destinos del mundo desde hacía nueve años, cuando falleció su predecesor y el cónclave del Senado le eligió por mayoría absoluta.

— ¿Zenón conseguirá los cien votos? Su voz era serena y profunda. La podía utilizar fácilmente de forma persuasiva, o fría y tajante según las circunstancias. Sin duda, era un arma que sabía cómo emplear.

—Creo que sí, señor —contestó Dalmas—. Al menos él está convencido de ello. Si no fuese así, no hubiese sido tan inflexible en la reunión que mantuvimos. Mi impresión —continuó el primer secretario— es que Zenón aspira a sucederle y que está convencido de que este es un método rápido para ganar popularidad.

— ¿Qué acciones podríamos emprender para neutralizarlo?

—En primer lugar, deberíamos enterarnos de si cuenta realmente con los votos necesarios para presentar la enmienda. De ser así, como me temo, tendremos que convencer al número suficiente de senadores para derrotarlo en el pleno. De todos modos, su mayor inquietud es saber qué uso hará usted de su derecho a veto. En cualquier caso, Zenón es consciente de que esta es nuestra última opción.

—No confíe en ello —contestó Autoridad—. Ya sabe que, según la Constitución, cualquier miembro del Senado con el apoyo de cien votos puede presentar dos enmiendas al texto constitucional cada siglo. Si ahora usase ese derecho al veto, tanto mi sucesor como yo mismo quedaríamos inermes para poder hacer frente a cualquier otra modificación que se pretendiese en el futuro, y que pudiese suponer un peligro serio para la estabilidad del sistema.

Se hizo un silencio reflexivo. Dalmás pensó en cómo podía complicarse el asunto, si Autoridad no estaba dispuesto a usar esa prerrogativa que el cargo le otorgaba. Sabía que Zenón había llegado a la misma conclusión y ello le permitía jugar sus bazas con fuerza.

—La Constitución redactada por nuestros antecesores ha demostrado, a lo largo de más de mil quinientos años, que sus principios son las mejores reglas de juego que el hombre se ha dado para poder convivir en paz.

A lo largo de tantos siglos solo ha sufrido pequeños retoques, siempre consensuados previamente entre el poder ejecutivo y el legislativo. Ese artículo en concreto, el octavo —continuó Autoridad—, es una de las claves para impedir la aparición de las pasiones e intereses nacionalistas y para evitar el daño que este sentimiento, casi siempre mal utilizado, ha producido a lo largo de la historia a la humanidad. Por tanto, no podemos permitir su modificación.

La inquietud que reflejaba el rostro de Dalmás hizo que Autoridad le animase con un gesto.

—No se preocupe. Todo saldrá bien. Ponga en marcha el plan que me ha comentado y consiga que cada senador que comparta nuestras tesis inicie sin demora una campaña para la captación de indecisos.

—Todos preguntarán por su posición al respecto.

—Pues no dude en informarles. Dígales que me opongo frontalmente al cambio y que confío en su sensatez y responsabilidad para atajar la cuestión por medio de sus votos.

—¿Qué les digo con respecto al uso del veto?

—Mire, nuestras leyes son extremadamente sabias. Durante siglos, el derecho a veto ha ido pasando de autoridad en autoridad, sin que ninguno de ellos haya tenido que llegar a usarlo. No quiero ser yo el primero en dejar desposeído de ese derecho a mi sucesor. Esa norma, por sus singulares características de uso, constituye una garantía para los ciudadanos frente a un autoridad con tentaciones absolutistas o un ambicioso populista que, llegado al Senado, intente aprobar leyes en nombre de los pueblos, y paradójicamente aquellas acaban atentando contra estos. En definitiva, se trata de una garantía que hay que utilizar como elemento de persuasión.

Hizo una pausa para observar si Dalmás había comprendido toda la extensión de la idea.

—No obstante —continuó—, cuando hable con los senadores, déjeles entrever

que estoy decidido a usarlo en el caso de que fuese necesario. Desanimará a los que siempre votan las propuestas previstas como ganadoras.

—Muy bien, señor —contestó respetuosamente el primer secretario.

Seguidamente comenzaron a despachar otros asuntos de gobierno. Dalmas tomaba nota mental de todas y cada una de las sugerencias y órdenes que recibía de su superior, quien conocía su lealtad y sabía que pondría en juego todos sus recursos para ejecutarlas. Autoridad se interesó por los envíos de cereales previstos desde el cono sur de América, donde había excedentes, a África central y septentrional, donde la sequía llevaba unos años produciendo estragos. Dalmas le informó de que ya se estaban llevando a cabo y de que no habría ningún problema de desabastecimiento en las zonas necesitadas.

— ¿Qué tal está Sheffair? ¿No estuvo reunido con usted?

—Sí, señor. Ya tiene prácticamente listos todos los preparativos para la Carrera. Ha marchado a Shandu para finalizar los del Estadio. Unos días antes de la prueba, como recordará, está previsto que regrese aquí, a la central informática, para dirigir la operación.

—Muy bien —aprobó Autoridad. Después, reflexionando en voz alta, continuó—. Es un gran hombre. Debemos cuidarlo...

A Dalmas le pareció observar una sutil nota de tristeza en el presidente del Estado mundial.

— ¿Cómo van los atletas? —preguntó después el anciano—. Supongo que sus tutores habrán de decidir pronto cuál de los dos hermanos debe correr. ¿No es así?

—En los últimos informes me comunicaron, de forma confidencial, que el elegido será, probablemente, Aristos Primero. Es unas milésimas de segundo más rápido que su hermano, pero ninguno de los dos está aún en tiempo de récord —dijo Dalmas sin poder ocultar la inquietud que ello le producía.

—No se preocupe. ¡Lo conseguirán! —contestó Autoridad clavando sus ojos en los de Dalmas con esa seguridad que parecía poseer en los temas importantes—.

¡No lo dude! Pero todo deberá ser en el día y a la hora prevista por el profesor Jacson.

“¡Que así sea!”, pensó el primer secretario. “El fracaso sería terrible para todos. ¡Prefiero no pensarlo!”

Continuaron despachando asuntos, como tantas otras veces, hasta altas horas de la noche.

## Nueve

El día anterior, mientras regaba los dos naranjos y el limonero que tenían en el jardín, su padre le había dicho: “Te llamó un chico preguntando si mañana podrías ir al mercado. Que él estaría allí”. Ella, distraídamente, le preguntó quién era, convencida de que se trataría de alguno de los amigos de Tessa. “No me dijo su nombre”, continuó su padre. “Sólo insistió en que te preguntase si el domingo podría ir de visita al Estadio”. Cuando comprendió de quién se trataba, salió como pudo al paso de las preguntas de su padre, a quien no había explicado todavía que había conocido a los Aristos. Sin embargo, Sheffair notó la expresión de alegría contenida de su hija por la noticia tan íntimamente deseada.

Esa mañana se puso un vestido de algodón claro, muy ajustado, que hacía destacar su piel morena, con un profundo escote y tirantes sobre los hombros. Al mirarse en el espejo se gustó. Después de darse el visto bueno pensó si no tendría frío al anochecer con los brazos y los hombros desnudos. Pero la coquetería pudo más que la razón y decidió salir así. Tras una última mirada de aprobación a la imagen que le devolvía el espejo, se dirigió al centro de Shandu. Cuando llegó al mercado lo encontró, como siempre, invadido por una colorida y bullanguera multitud de compradores, vendedores y curiosos que andaban de aquí para allá. En todas las ciudades del mundo donde había vivido ocurría lo mismo: el mercado no era sólo un sitio para comerciar, sino también un lugar de diversión y de desarrollo de la vida social de los habitantes de la región.

El de Shandu, concretamente, lo conforman un grupo de edificios unidos entre sí por cuidados jardines y caminos de tierra. Las construcciones se encuentran divididas por especialidades: el pabellón alimentario, el tecnológico, el de la confección, el estatal, el de la cultura, etcétera. En cada uno de ellos, miles de artesanos y pequeños industriales —que, sin lugar a dudas, suponen no sólo numérica, sino también cualitativamente, el sector más activo de la comunidad en todas las ciudades del mundo— exponen todos los jueves del año sus productos para la venta.

La zona norte del complejo está reservada a los aparcamientos. No lejos de allí, se encuentra el mundo infantil donde los padres, mientras realizan sus compras y ventas, pueden dejar a sus hijos al cuidado de funcionarios competentes. La parte sur se destina al ocio. Allí se encuentran los teatros, cines, restaurantes; y todos aquellos que, tras el ajetreo del día, aún tienen ganas de diversión, pueden disfrutar hasta altas horas de la madrugada de sitios para bailar y escuchar música.

Julia, perdida entre el gentío, paseaba sin prisas preguntándose cómo iba a poder encontrarse con Aristos entre tal multitud de personas. Decidida a tomárselo con calma, se dedicó a curiosear por diversos expositores. Se acercó al pabellón del Estado. Un gran número de ciudadanos hacían sus pedidos al funcionario de turno de aquellas cosas que, siéndoles imprescindibles, eran difíciles de encontrar en la región. Cuando se convenció de que allí no estaba Aristos, salió del pabellón y se dirigió al de la tecnología.

Nada más entrar se vieron casi simultáneamente. Sus miradas se cruzaron en la distancia y él, abriéndose paso entre la gente, se acercó rápido a ella. Julia se dio cuenta, aunque le costaba reconocerlo, de que había estado tensa durante la espera. Ahora, al verlo aparecer, comenzó a relajarse.

Lo pudo observar con mayor tranquilidad que cuando se vieron fugazmente en el Estadio. Le pareció más alto; era delgado pero fuerte y, aunque su ropa era amplia y descuidadamente juvenil, no conseguía disimular del todo su condición de atleta. Le encantaba cómo la miraba con sus ojos negros. Se dio cuenta también de que el chico llamaba la atención de las jóvenes y de las no tan jóvenes. Las primeras lo miraban con bastante descaro y las otras con disimulo.

—Por lo que veo te dieron mi recado —dijo el chico a modo de saludo cuando llegó a su lado.

—Sí, me lo dieron —contestó Julia al tiempo que correspondía a su sonrisa—. Me dieron tu mensaje en clave.

— ¡Estupendo! Así que hoy estás dispuesta a ser mi guía particular, ¿no es así?

— ¡Desde luego! Pero... me tomabas el pelo cuando dijiste que nunca habías estado aquí, ¿verdad?

—No, de veras. Nunca —confirmó Aristos mientras comenzaban a andar entre la gente y se acercaban a los expositores cercanos—. Los únicos sitios a los que nos permiten ir son a viejas ruinas de ciudades como París, Roma o Madrid, y siempre por motivos de estudios.

El bullicio impedía que se oyesen con facilidad. Él se acercó a ella y continuó:

—Supongo que es por motivos de seguridad por lo que nunca nos han dejado venir a Shandu, o a cualquier otra ciudad.

— ¿Y cómo te lo han permitido hoy? —preguntó Julia.

—Pues... —dudó un instante—. Esto debe ser un secreto entre tú y yo. ¿Cuento con tu discreción?



— ¿Te has escapado? —rió ella sintiéndose íntimamente halagada.

Él la tomó por el brazo apretándoselo con suavidad. Se volvió y la miró con ojos risueños.

—Acertaste —entre el jaleo la chica adivinó, más que entender la respuesta.

— ¿De veras?

— ¡Sí!

Se hizo un silencio entre ambos. Julia no sabía cómo reaccionar. Sin duda se sentía halagada, pero esta sensación le duró sólo un instante, pues pronto fue sustituida por la de alarma. ¿Podía tener aquello consecuencias para ellos? Él era demasiado importante como para que algo así pasase inadvertido. Si un solo periodista se enteraba de la presencia de Aristos, el escándalo sería mayúsculo; ni siquiera en sus sueños de adolescente había podido imaginar verse envuelta en una aventura de tal magnitud.

Aristos, que parecía distraído con los diversos artículos de los expositores, se volvió de repente hacia ella.

— ¿Quieres dejar de preocuparte? —le dijo pareciendo adivinar sus pensamientos e interrumpiendo su curso.

“Tienes razón”, se dijo a sí misma, y continuó luego en voz alta:

—Sólo pensaba que estás loco.

— ¿Cómo dices?

— ¡Que estás loco! —varias personas a su alrededor se volvieron para mirarlos.

—Sí, estoy loco. Pero por ti —contestó riendo.

“¡Al diablo!”, pensó la chica contagiada por su risa. “Lo importante es disfrutar este momento.”

Habían llegado, mientras tanto, a los expositores de automóviles. Los había de todos los tipos, colores y tamaños. Algunos lucían, con sus motores de hidrógeno abiertos, las últimas novedades. Los industriales que se dedicaban a fabricar este tipo de vehículos, en los últimos tiempos, parecían prestar atención, fundamentalmente, a la originalidad de los diseños en las carrocerías y al nivel sonoro de sus motores. En muchos casos, aseguraban en la publicidad, este era de grado cero, según las tablas universales de Loar que controlan el nivel de ruido de las máquinas antes de su salida al mercado. Cualquiera que se asomase al exterior del recinto, podría ver en los aparcamientos casi tantos modelos como los allí expuestos.

Más tarde se acercaron al pabellón agroalimentario, donde pudieron asistir al espectáculo, siempre curioso, de las subastas. Cada artesano, ganadero o agricultor intenta vender sus productos a comerciantes y particulares al precio más alto posible, aunque siempre dentro de los máximos y mínimos fijados por el Estado. Si los precios bajan demasiado, este se convierte en comprador de los excedentes hasta que logra equilibrar el mercado; tales excedentes son enviados entonces a las regiones en las que hay déficit de ellos. Con esta medida se consigue mantener el poder adquisitivo de los productores. Lógicamente, cuando los precios se disparan, aquellos aumentan sus beneficios, pero sólo hasta el tope permitido; llegados a este punto, el Estado se convierte en vendedor y equilibra precios y mercados.

Dentro de los márgenes establecidos, productores y comerciantes cantan sus precios a gritos, formando tal algarabía que resulta sorprendente que sean capaces de entenderse los unos con los otros. Indudablemente, la práctica lo hace posible. Al final de la jornada, los artículos que no han sido vendidos, sobre todo cuando se trata de alimentos perecederos, son intercambiados por otros de los que puedan tener necesidad. En realidad, en el mercado, casi todo el mundo es comprador y vendedor al mismo tiempo y, en cualquier caso, todos son protagonistas.

Esto iba explicando Julia a Aristos entre el bullicio, no sin esfuerzo por hacerse entender. Al salir del pabellón, se sintieron cansados y hambrientos. La muchacha condujo a Primero por los jardines exteriores hasta los tenderetes, donde se podía pasear y degustar diversos platos cocinados de productos de la tierra. Pudieron probar los pastelillos de carne, las verduras fritas en las formas más variadas, y no dejaron pasar la oportunidad de degustar unas delicias de pescado típicas de Shandu.

Más tarde decidieron acercarse a la zona de veladores en busca de un poco de reposo. En ella se disponían cientos de mesas con coquetos toldos multicolores. Como era habitual, conseguir un sitio libre les costó un buen rato. Cuando finalmente lograron sentarse, el sol primaveral de mediodía calentaba con cierta fuerza, así que era de agradecer la sombra que proporcionaban los toldos y árboles que rodeaban el recinto.

—Un día en el mercado supone mayor esfuerzo que tus entrenamientos —bromeó Julia tras pedir dos cafés y pastas al camarero que les atendió.

—Es posible, pero mucho más divertido —contestó el muchacho en el mismo tono—. No tengo ningún inconveniente en cambiar el sistema de entrenamiento, especialmente si tú estás dispuesta a ser mi entrenadora. Cuando les trajeron lo pedido, Aristos preguntó:

— ¿Vienes a menudo?

—Sí, como casi todo el mundo.

— ¿Y le sirves de guía a alguien en particular?— Aristos la miró con intención.

— ¡Oh, sí! —rió Julia—. A todo aquel que me lo pida y esté bien...

—En serio. ¿Qué haces para divertirte?

—Pues salgo con un grupo de amigos.

— ¿Dónde soléis ir?

—Los jueves, normalmente, aquí. Los días de fiesta, cuando podemos y ningún intruso solicita ir a visitar el Estadio, vamos de excursión a la playa o al campo, aunque la mayor parte de las veces nos reunimos en casa de alguien del grupo para oír música, bailar..., en fin, a pasar el rato —Julia le miró con picardía y continuó—: Bueno, ahora me toca preguntar a mí. ¿Vale? —hizo una pausa como reflexionando y siguió—: ¿O podemos descubrir algún secreto de Estado?

Él se echó a reír.

—Pregunta lo que quieras. El problema no son las preguntas, sino quizá las respuestas... Pero no porque puedan desvelar algún secreto de Estado, sino por lo aburrida y monótona que es mi vida y la de Quinto —hizo una pausa—. Te puedo decir que todas nuestras horas las dedicamos a los entrenamientos y a las clases con distintos tutores. Sólo de vez en cuando, como ya te comenté, hacemos pequeñas escapadas a alguna ciudad muerta hace muchos años. Lo único que podemos hacer fuera de lo normal es navegar en velero.

— ¿Qué tal es la relación con tu hermano y los tutores?

Quedó pensativo por unos momentos antes de responder:

—Para ser dos personas que hemos vivido juntas desde que nacimos, buena. Supongo —continuó— que, a nuestra manera, nos queremos. Nunca tuvimos el calor de unos padres. El cariño que seamos capaces de darnos el uno al otro es lo único que tenemos. Nuestra relación con los profesores y sobre todo con el Tutor es bastante entrañable, pero siempre mediatizada por saber que solo tienen un objetivo en su vida: prepararnos para batir el récord de los cien metros lisos y ayudar, con ello, a dar cumplimiento a la profecía del profesor Jacson.

— ¿Os parecéis?

— ¿Quién?

—Quinto y tú. Y no me refiero al físico, porque eso ya lo vi.

—En efecto, físicamente nos parecemos mucho. Nuestros caracteres, en cambio, son diferentes. Se hizo un corto silencio mientras terminaban sus bebidas.

—Él, quizá —continuó Aristos—, acepta mejor el papel que nos ha tocado vivir. O, tal vez, tiene más ambición que yo. Muchas veces me resulta insoportable contemplarnos a nosotros mismos y vernos como dos islas en un mundo desconocido —Julia escuchaba con atención y comenzó a lamentar que la conversación hubiese tomado ese rumbo, pero él prosiguió—: ¡Fíjate, nos han hecho distintos hasta en el nombre! Nadie más utiliza dos para identificarse. ¡Ni siquiera Autoridad! Parece que nos han sacado de un libro de historia, de esa época en la que las personas heredaban los nombres de sus padres y usaban, para indicar sus ascendentes, dos o tres de ellos. Cualquiera diría que no nos afecta ni la Constitución, que prohíbe expresamente la herencia no sólo de los bienes, sino también de los títulos. Y, en cambio, a nosotros nos colocan el Aristos de las generaciones anteriores y después nuestro nombre —dijo Primero en voz alta, aunque parecía estar hablando consigo mismo—. La verdad..., no lo sé. A veces pienso que somos unos esclavos de la historia y un extraño producto de la genética. Yo nunca pedí convertirme en profeta de nada ni de nadie.

Ambos quedaron callados con la mirada perdida entre la gente. Luego ella se acercó y le tomó las manos por encima de la mesa.

—Perdóname —la voz de Julia parecía un susurro que acercara el ligero viento que venía del mar—. Siento haber roto tu armonía... Lo siento.

Aristos apretó las manos de ella e hizo un esfuerzo por trivializar la conversación.

— ¡Oh, no! Discúlpame tú a mí —se puso de repente en pie—. Supongo que debo estar orgulloso por el papel que me ha tocado vivir —sonrió al mirar aquellos ojos que le encantaban—. Bueno, olvidémoslo y vamos a lo único importante: el hoy. ¿Estás dispuesta a seguir siendo mi guía?

Ella le devolvió la sonrisa, conscientes ambos de la corriente de intimidad que se había establecido entre ellos.

Pasaron el resto de la tarde visitando otros pabellones. Prestaron especial atención al del arte, donde podía verse una buena muestra de la pintura actual, además de algunas obras clásicas. También pudieron encontrar libros muy cuidados sobre los más diversos temas; algunos superaban los dos mil años de antigüedad.

En el pabellón de tecnología histórica observaron con curiosidad los restos de viejos vehículos de la época anterior a la Revolución, movidos todavía por

energías contaminantes. Les produjeron escalofríos las fotografías que, dispuestas en forma de mural, mostraban cómo eran las antiguas ciudades: gigantescas, altas, sucias y con escasas zonas verdes. Las enormes construcciones de cemento daban la impresión de dominar a sus habitantes, que parecían pequeños insectos moviéndose nerviosamente a través de ellas. Julia pensó que se habría vuelto loca si le hubiese tocado vivir en un lugar así, donde los pies apenas pisaban la tierra y los edificios no dejaban ver el cielo.

En la sala de proyecciones se podían contemplar esas arcaicas películas que mostraban el mundo de hacía más de quince siglos: mientras en las zonas desérticas de la Tierra morían de inanición miles de seres humanos, en otras partes del planeta los hombres destruían alimentos excedentarios. Más de un visitante pensaba si no se trataba de una exageración interesada. Parecía demasiada barbaridad como para haber sido cierta. Quizá, decían algunos, era una forma de ensalzar la Revolución del Primer autorid, de la cual nació el mundo y la civilización actual. De hecho, hacía ya algún tiempo que algunos intelectuales de diversos rincones de la Tierra deslizaban con prudencia esas ideas; se rumoreaba, incluso, que algunos senadores las asumían: “¡Un comportamiento semejante del hombre no es posible!”, decían a sus más íntimos. Se comentaba que el famoso senador progresista Zenón era uno de los que apoyaban esta teoría.

Cuando abandonaron el pabellón de la cultura era noche cerrada. Tomaron unas copas mientras oían cantar a unos jóvenes canciones folclóricas de la región. Más allá, un sexteto de cuerda tocaba un vals. En una pista circular, iluminada por farolillos de colores, bailaban gentes de diversas edades.

— ¡Vamos! —dijo Julia sonriendo.

— ¿Adónde?

—A bailar —ella le tomó de la mano y, seguidamente, tiró de él en dirección a la pista mientras el vals seguía sonando.

— ¡No, que no tengo ni idea! —protestó el chico resistiéndose.

—No importa; solo tienes que seguirme. Yo te llevaré.

Con la torpeza propia de la persona que no está habituada, Aristos, comenzó a bailar el vals llevado por la muchacha. Poco a poco, aturdido por la noche, las luces y las vueltas y vueltas, se sintió pleno como nunca antes hasta entonces, arrastrado por los giros de la danza y por el contacto con el cuerpo de la chica. Durante un tiempo, que ninguno de los dos habría sabido cuantificar, se dejaron llevar por la sensualidad del momento.

Cuando se despidieron, en el pequeño jardín de la casa de Julia, en el cielo se

unía la oscuridad de poniente con la claridad de la aurora.

## Diez

—Lo tenemos atrapado.

— ¿A Dalmás?

—No, hombre, no. Ese no importa nada. ¡A Autoridad!

Todos le miraron con expectación. Aunque la reunión convocada por Zenón tenía lugar en la universidad de Klibona, a orillas del mar Báltico, asistían a ella profesores, algunos líderes estudiantiles y políticos en ciernes de diversas regiones asiáticas y europeas, invitados expresamente por el senador. Las motivaciones de cada uno eran muy diferentes: había convencidos sinceros que creían que había llegado el momento de que la Constitución evolucionara; otros veían en este movimiento una oportunidad para relanzar sus carreras personales, y los más eran aquellos que siempre siguen cualquier cosa en movimiento.

— ¿Cómo que lo tenemos atrapado? —preguntó uno de los presentes de claros rasgos orientales.

—No puede usar el veto.

— ¿Por qué?

—He estado estudiando el comportamiento de los distintos autoridades cuando, a lo largo de la historia, ha existido alguna crisis constitucional. Ninguno de ellos hizo uso del veto. La cuestión estriba en responder al porqué de ese comportamiento y he logrado obtener la respuesta: como sabéis, solo lo pueden utilizar, como prescribe la Ley, dos veces en un siglo. Si lo empleasen quedarían desarmados ante cualquier otra iniciativa de enmienda que pudiese presentarse durante ese mismo periodo. Así que lo guardan como oro de un autoridad a otro, en previsión de tiempos parlamentarios difíciles. Esto me ha llevado a la seguridad de que nuestro actual Autoridad tampoco usará esa prerrogativa.

Zenón vio los gestos de duda a su alrededor.

— ¡Es cierto! —insistió enérgicamente—. Nunca lo usará porque, si lo hiciera, dejaría desarmado a quien le suceda ¿No lo entendéis? Durante siglos, los senadores que intentaron cambiar algún punto de la Constitución se vieron obligados a pactarlo con el autoridad de turno, convencidos de que, de lo contrario, utilizaría su derecho al veto. Ni se les ocurría enfrentarse a él. Pero

nosotros lo haremos y podemos lograr la victoria porque sabemos que Autoridad no usará ese privilegio. ¡Esa es nuestra ventaja!

—Zenón, aunque no carece de lógica lo que dices —dijo otro de los asistentes de clara procedencia norteamericana—, no deja de ser una elucubración tuya.

— ¡Será así! —dijo el senador con firmeza—. Esa es la clave y hemos de jugar nuestras cartas contando con esa posibilidad. Yo me arriesgaré a liderar el tema en el Senado, pero es necesario que cada uno de vosotros colabore en la operación consiguiendo el máximo de manifestaciones de apoyo a nuestras tesis en las ciudades donde tengáis influencia. Sobre todo, y preferentemente, debéis buscar la ayuda de la gente joven e intentar que algunos “intelectuales” —dijo esta palabra con marcada intención— se solidaricen públicamente con nuestras propuestas. Todo depende de cómo vendáis el mensaje. Es necesario que os coordinéis para hacer coincidir en el tiempo dichas manifestaciones. ¿Creéis que podréis lograrlo?

Los presentes quedaron unos instantes en silencio. Uno de los más jóvenes, profesor universitario del sur de Asia, contestó:

—Nuestro papel no es difícil de cumplir y puedes contar con que nos comprometeremos en él. Pero ¿tú tienes los cien votos necesarios para presentar la enmienda?

—Sí —contestó Zenón—. En el Senado ya tenemos más votos de los que necesitamos. Eso no es problema.

Con las acciones de presión en la calle y con el trabajo de mi equipo con los senadores podemos asegurarnos el éxito.

— ¿Cómo crees que reaccionará el Gobierno frente a los disturbios en las calles?

—Enviando a los cuerpos de seguridad.

—Habrá detenciones e, incluso, pueden producirse heridos...

—Es un precio que hay que pagar. Pero no olvidéis que esos accidentes supondrán responsabilidades para el Gobierno y votos para nosotros.

— ¿Cuándo piensas que debemos promover las manifestaciones?

—Dentro de diez días. O sea, una semana antes del pleno del Senado— continuó Zenón, mientras todos los presentes escuchaban con atención—. Estamos peleando, y nos comprometemos en ello, para lograr que las regiones adquieran una mayor autonomía. Para que creen o recuperen sus señas de identidad: un idioma, unas costumbres y una mayor independencia administrativa. Después de tantos años de paz hoy esto es posible. Mirad, poco

después de la sesión plenaria del Senado tendrá lugar el hecho más importante de los últimos siglos: la Carrera para intentar batir el récord. Todos esperamos con ansiedad que se consiga, pues la carga de ilusión que para la evolución humana conllevará el cumplimiento de las profecías de Jacson, creará un nuevo ambiente propicio a los cambios y a los nuevos caminos, y estos deben llegar también al terreno político. De manera que podemos encontrarnos ante las fechas más importantes para la humanidad desde la Revolución. Nuestro proyecto encaja perfectamente dentro de este nuevo clima. Por eso, es el momento oportuno para presentarlo.

Entre los asistentes se levantó un murmullo de aprobación. Zenón, que había tenido múltiples reuniones como esta en diversos lugares del mundo en los últimos tiempos, sabía que eran voluntades a incorporar, necesarias para ganar la batalla de la calle e imprescindibles para su estrategia general.

## Once

El pequeño crucero de diez metros de eslora había invernado en el fondeadero que disponía el Estado, cerca de Shandu, para el uso privado de los Aristos. La navegación era una de las pocas actividades que estos podían realizar fuera del control de sus tutores; les proporcionaba los mejores momentos de intimidad. Como cada primavera, los dos hermanos aparejaban de nuevo el velero.

Acababan de comprobar que ni la orza, ni el macizo, ni la pala del timón habían sido atacados por los hongos. Examinaron los pernos de la quilla y los encontraron en buen estado. Primero comenzó a calafatear algunos puntos donde había salido estopa de las costuras. Mientras tanto, Quinto lijaba con papel de vidrio otras superficies del barco para luego esmaltarlas.

—Dentro de una semana estará en condiciones de navegar —afirmó Primero.

—Necesitaremos ayuda para botarlo.

—La gente de la Residencia nos echará una mano. Espero que no nos pongan dificultades por la proximidad de la Carrera.

—No lo creo. No tendría sentido que nos quitasen las pocas distracciones que nos permiten. Esto nos relaja y nos ayuda a relajar un poco la tensión de la prueba. Continuaron un rato concentrados en sus quehaceres. Más tarde, en un descanso, Quinto preguntó:

—¿Qué tal te fue con la chica del Estadio?

—Muy bien.



— ¿La volverás a ver?

—Sí, si me sigues cubriendo las espaldas.

—Te estás arriesgando mucho. Antes o después se enterarán —sentenció Quinto.

—Mejor para ti. Me eliminarán y ya no habrá discusión: correrás tú.

—Eso es una estupidez. ¿No te parece? —el reproche le salió del alma.

—Tienes razón, perdona —Primero reflexionó un instante antes de continuar—. Pero te voy a decir algo: lo lógico es que corras tú. El que no lo haga siempre se quedará con la duda de saber si hubiese sido capaz de batir el récord, y eso es lo único que yo lamentaría, porque el resto de consecuencias previstas me interesan cada día menos. Esto no lo pudieron prever los genetistas, ¿eh?

—Yo ya te lo he dicho muchas veces: lo deseo como ninguna otra cosa en el mundo. El problema es que tú eres más rápido y por eso debes ser elegido —Quinto hizo un gesto de conformidad y continuó—: ¡Qué le vamos a hacer!

— ¡Déjate de lamentaciones! —la voz de Primero sonó con firmeza—. Cada día tengo menos deseos de convertirme en el dios triunfador, o en el payaso fracasado, en que transformarán al que realice la Carrera.

— ¿De verdad piensas así? ¿Eres sincero?

— ¡Palabra, hermano! —contestó Primero sonriendo—. Así que levanta el ánimo y terminemos de aparejar el barco para poder navegar.

## Doce

El centro de Shandu estaba tomado por las fuerzas de seguridad. El dispositivo policial era tan evidente que se diría que su función era, fundamentalmente, de carácter disuasorio. Los agentes, agrupados en pelotones de cinco o seis hombres y perfectamente equipados para hacer frente a posibles disturbios, controlaban las calles que convergían en el centro de la ciudad. El suelo había amanecido cubierto de miles de pequeñas banderitas dibujadas en papeles rectangulares; aunque los servicios de limpieza habían actuado con rapidez, no lograron eliminarlas en su totalidad. Los ciudadanos más madrugadores, no sin sorpresa, las pudieron ver cuando acudían a sus labores diarias.

Los primeros manifestantes comenzaron a reunirse en el centro de Shandu al mediodía; a la una había ya alrededor de mil personas. Cuando consiguieron organizarse, ante la impasible mirada de la policía, como un solo hombre,

sacaron banderas de pequeño tamaño y comenzaron a agitarlas al viento formando un multicolor y ruidoso conjunto.

Tessa, agarrada al brazo de los compañeros que dirigían la manifestación, se hallaba en primera línea. Su pelo corto y rojizo, que envolvía un rostro suavemente ovalado, le daba un aspecto más juvenil, incluso, del que, a pesar de sus pocos años, le correspondía. Junto con el resto de manifestantes, comenzó a andar por la acera de la plaza y a dar vueltas lentamente a su alrededor.

El agitar de las banderas se acompañaba de canciones alusivas al motivo de la manifestación: el apoyo a las tesis del senador Zenón, cuyo nombre era coreado con fuertes vivas. Parecía una alegre fiesta más que una jornada reivindicativa. La policía se mantenía expectante, sin intervenir. Los peatones que acertaban a pasar por las inmediaciones no podían evitar una mirada de curiosidad, pero rápidamente aceleraban su paso para alejarse de allí y, de este modo, poder evitar posibles problemas. De los edificios situados alrededor de la plaza, todos de oficinas, salían cabezas curiosas que observaban el inusual espectáculo.

Durante un buen rato la situación se mantuvo. Sin embargo, cuando daba la impresión de que los participantes de la manifestación, en su mayoría jóvenes, se iban a disolver, pues consideraban cumplido su objetivo de llamar la atención, una voz de hombre salió entre la muchedumbre e, imponiéndose a los cánticos, gritó:

— ¡Ahora...! ¡Ahora!

Desde el centro del grupo de manifestantes, de repente, volaron una serie de objetos que impactaron en una escuadra de policía que se encontraba apostada en una de las esquinas de la plaza. Los agentes, que se vieron sorprendidos por el ataque, tardaron en reaccionar y dos de ellos cayeron heridos por los proyectiles. Las restantes fuerzas de seguridad, tras los primeros momentos de desconcierto, se dieron cuenta de lo ocurrido. Se calaron los cascos, sacaron las barras de goma y, alzando los escudos, se lanzaron desordenadamente contra los manifestantes. La confusión fue tremenda. Gritos, carreras, golpes... Una gran parte de los jóvenes, aprovechando que las entradas a las calles habían quedado libres de policías, tras acudir éstos en ayuda de sus compañeros, se lanzaron a toda velocidad por ellas y desaparecieron en apenas unos segundos. Otros peleaban con los uniformados y algunos eran golpeados con las barras de goma, incluso, cuando ya habían caído al suelo.

Tessa se vio sorprendida por la rapidez de los acontecimientos. Oyó los gritos, sintió que pasaban corriendo a su lado dos miembros de las fuerzas de

seguridad y, poco después, al intentar huir a la carrera, notó que tropezaba con un cuerpo. Lo miró y vio a un joven al que no conocía que sangraba abundantemente por la cabeza. Impresionada por la imagen, intentó cortar la hemorragia con la misma bandera que momentos antes agitaba.

— ¡Tienes que ponerte en pie! —le gritó, procurando hacerse oír entre tanta confusión.

Durante unos instantes el chico clavó en ella unos ojos repletos de pánico y, momentos después, perdió el conocimiento. Tessa notó que alguien la cogía con fuerza por los brazos y tiraba de ella con la intención de sacarla de allí. Cuando alzó el rostro reconoció a Antonio.

— ¡No podemos dejarle aquí! —le gritó, cuando, arrastrada por aquél, sintió que la alejaban del herido.

— ¡Vamos! ¡No puedes hacer nada y te detendrán!

— ¡Pero este hombre se va a desangrar!

— ¡Ya lo atenderán! ¡Corre!

Antonio, con fuerza, tiró de nuevo de la chica y la alejó definitivamente. A lo lejos se oían las sirenas que anunciaban la llegada de más guardias de seguridad.

Finalmente, Tessa y Antonio alcanzaron una de las calles de salida de la plaza; en su carrera se cruzaron con algunas ambulancias que se dirigían al lugar de los altercados. Cuando se encontraron a una distancia prudencial, sudorosos, se detuvieron al abrigo de un portal.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó la chica con la voz entrecortada—. ¡Si todo iba bien!

— ¡Que algunos cerdos nos han llevado a una encerrona! —contestó él secándose el sudor. Y aún jadeante continuó—: ¿Tienes adónde ir?

— ¡Claro, a mi casa!

—No es conveniente. Podrían haberte identificado e ir a por ti. En tu casa sería el primer sitio donde te buscarían.

— ¿Tú crees que harán eso? —preguntó Tessa asustada mientras terminaba de limpiarse el sudor con un pañuelo.

—No lo sé. Es la primera vez que participo en una manifestación. Pero yo, por si acaso, me voy a casa de unos amigos de confianza. Si quieres acompañarme, podrás permanecer allí unos días hasta ver qué ocurre.

La chica pensó un momento mientras acababa de recuperar la respiración, y luego decidió:

—No, gracias. Me iré a casa de una amiga. Con ella estaré bien.

Se despidieron rápidamente deseándose suerte y Tessa marchó en busca del lugar donde había dejado el automóvil.

\*\*\*\*

Cuando Julia vio a su amiga aparecer en la puerta la miró asombrada por lo lamentable de su aspecto.

— ¿Qué te ha pasado?

— ¿Puedo entrar?

— ¡Claro, perdona! Pasa.

— ¿Está tu padre? —preguntó Tessa en voz baja mientras su amiga la hacía pasar al interior de la casa.

—No, no vendrá hasta tarde. Pero, bueno... ¿me quieres explicar qué te ha pasado?

—Sí, pero antes permíteme entrar al baño para lavarme.

— ¡Oye, tienes sangre en el brazo! ¿Estás herida?

—No, la sangre no es mía. Ahora te explicaré. Pero, por favor, deja que antes me lave.

Poco después, sentadas ambas sobre la cama de Julia, Tessa le contó todo lo sucedido.

— ¡Estás loca! —le dijo Julia cuando terminó el relato—. ¡Te podían haber herido o detenido! Definitivamente, estás loca. Pero, por supuesto, aquí puedes quedarte todo el tiempo que haga falta. Aunque, tal vez —reflexionó—, deberías llamar a tus padres antes de que comiencen a preocuparse.

— ¿Y qué les decimos? ¿Cómo vamos a justificar mi estancia aquí ante tu padre y los míos?

— ¡Hija! Tú eres la especialista en buscar coartadas. Así que ve pensándote una antes de que hablemos con ellos.

—Como a la policía se le ocurra preguntar por mí en casa, mi familia se va a llevar un susto de muerte —pensó Tessa en voz alta.

— ¿Y por qué no les dices la verdad para variar? ¿Qué te pueden decir?

— ¡Uff! No te puedes imaginar la que me organizarían...

—Peor será si se enteran por la policía.

—Eso es cierto. Bueno —dijo Tessa recuperando parcialmente su habitual frescura—. ¿Y qué tal si me invitas a comer algo mientras lo pensamos? Llevo sin tomar nada desde ayer por la noche, cuando comenzamos a prepararnos para la manifestación. Mientras tanto, podemos oír las noticias por televisión para ver qué dicen. Espero que, al menos, hayamos conseguido llamar la atención.

Mientras Julia preparaba algo de comer, Tessa se marchó al salón, conectó el televisor y sintonizó uno de los canales locales. No tuvo que esperar demasiado, pues, de pronto, la programación habitual se interrumpió y en pantalla apareció un locutor que, con gesto grave, se dispuso a leer unas noticias de última hora.

—Señoras y señores —dijo el locutor—, como hemos venido informando, esta mañana ha habido manifestaciones en diversas ciudades del mundo en apoyo de la enmienda al artículo octavo de la Constitución que el senador Zenón presentará en los próximos días. Este ha realizado unas declaraciones urgentes en las que lamenta las dos muertes que se han producido, y culpa de ello al Gobierno. Una de las muertes ha tenido lugar en Calpoy, al sur de Australia, y la otra, en nuestra ciudad; ambas corresponden a jóvenes manifestantes — Julia llegó en ese momento al salón y se sentó para seguir las palabras del locutor televisivo. Las dos amigas miraban en silencio la pantalla—. También ha habido que lamentar, en el que se está conociendo ya como el día trágico de las banderas, multitud de heridos entre policías y manifestantes. Asimismo, hemos recibido un comunicado del representante de nuestra región en el Senado haciendo un llamamiento a la calma. A continuación les mostraremos la fotografía del joven que ha fallecido en el centro de Shandu, en el transcurso de los incidentes ocurridos esta mañana.

Tessa, al ver la fotografía en la pantalla, se quedó helada. Inmediatamente reconoció al joven al que intentó ayudar cuando se desangraba caído en el suelo. No cabía la menor duda de que era él.

— ¿Qué te ocurre? —se alarmó Julia al ver la expresión de la amiga.

— ¡Es él!

— ¿Quién?

— ¡Él!

— ¿Quién? ¿Al que intentaste ayudar?

— ¡Sí, es él...! ¡Dios mío, jamás podré olvidar la expresión de su cara...! ¡Es él!

Julia no sabía qué decirle. Viendo que las lágrimas comenzaban a deslizarse por las mejillas de su amiga, la atrajo hacia sí con ternura acariciándole su pelo rojizo. Al cabo de un rato, cuando vio que empezaba a serenarse, cogió del botiquín que tenía en la cocina un frasco con extractos de algas, con propiedades tranquilizantes, y se las dio a tomar con un poco de agua, sabiendo que le harían efecto en pocos minutos. Instantes después la llevó a su dormitorio ayudándole a tenderse en la cama.

—Descansa un poco; después te encontrarás mejor. No te preocupes, bonita, tú no tuviste la culpa. Descansa...

Cuando observó que el medicamento había hecho su efecto, cerró con cuidado la puerta del cuarto y decidió llamar a los padres de Tessa para informarles de la situación. Mientras marcaba el número de teléfono de su amiga, pensó que debía explicar todo lo sucedido a su padre: sin duda él vería las cosas con mayor serenidad. “Necesitamos su ayuda”, pensó Julia sintiéndose más confortada tras tomar la decisión.

## Trece

La playa estaba completamente desierta. La luna, casi llena, iluminaba el mar cuyas olas rompían mansamente al llegar a la orilla, poniendo, de vez en cuando, pulseras de algas en los tobillos desnudos de los dos jóvenes. Cansados de pasear, se sentaron sobre la arena húmeda. Primero parecía más reflexivo de lo habitual. Había estado poco comunicativo desde que se encontraron al atardecer.

—Un diamante por tus pensamientos —dijo Julia interrumpiendo el prolongado silencio.

—Mira —respondió Aristos señalando hacia la bahía de Shandu—, fíjate en esas miles de luces. Desde aquí resulta difícil creer que, tras ellas, existan personas como tú y como yo que se quieran, se odien o, sencillamente, vivan una vida normal, con sus problemas y ambiciones. La noche y la lejanía convierten en un mundo perfecto lo que no lo es. Hasta los sentimientos más mezquinos se pueden volver generosos en un paisaje tan bello. Se parece a los dibujos de esos cuentos que leíamos de niños: era imposible imaginar algo que no fuese hermoso y perfecto en ellos. Sin embargo...

— ¿Qué te pasa? —interrumpió Julia que, sentada junto a él, abrazaba sus propias rodillas dejando reposar el mentón en ellas, mientras con los pies

desnudos, lentamente, hacía barrocos dibujos en la arena.

— ¿Por qué?

— Si no tienes ganas de hablar no lo hagas, pero...

— ¡De verdad, no me pasa nada!

Ella asintió en silencio, y ambos se dejaron llevar de nuevo por sus respectivos pensamientos. Julia intuía que sus preocupaciones estaban relacionadas con la Carrera. Tenía la impresión, aunque Primero aún no le había comentado nada, de que tenía problemas. ¿Le habrían comunicado que no era él el elegido? Si esto fuese así, no sabía cómo iba a encajarlo: suponía toda una vida dedicada a perseguir un objetivo que, de repente, se desvanecía. Pero podía ocurrir también lo contrario: que hubiese sido seleccionado y estuviese sintiendo la presión de la responsabilidad que ello implicaba. Cogió un poco de arena con la mano y lo lanzó en dirección al mar, al tiempo que sus pensamientos tomaban otros derroteros.

A su mente llegó la imagen de Tessa. Le preocupaba lo implicada que estaba en todo el asunto de las banderas. Los periódicos comentaban que las fuerzas de seguridad se encontraban en estado de alerta en varios lugares del mundo. Decían que se habían producido detenciones por los altercados del día de las manifestaciones. Por suerte, sin embargo, la policía no había mostrado el menor interés por su amiga. No podía dejar de pensar que muchas personas, entre ellas Tessa, estaban siendo manipuladas por intereses y ambiciones ajenas. Ella, intuitivamente, había decidido no intervenir en el asunto. Sin saber por qué, el senador Zenón le producía desconfianza, aun sin comprender muy bien sus tesis políticas. Se pasó la mano por el pelo, con ese gesto suyo tan característico, y se reprendió mentalmente por no ser capaz de desterrar estas preocupaciones encontrándose en una noche tan hermosa y junto a alguien que tanto le atraía. Al volver su mirada, vio que él la estaba mirando a su vez y sonreía con socarronería.

— ¡Ahora soy yo quien da ese diamante por tus pensamientos!

Julia le explicó lo sucedido, sin omitir el episodio del chico muerto. Cuando terminó la narración, él le dijo:

— Algunas personas juegan con la vida de los demás con demasiada alegría. Encuentran eco en ingenuos que, manejados por aquéllas, creen estar cambiando el mundo. Pero es falso: sólo consiguen ser manipulados, dejándose a veces la vida en ello, por los hilos de los poderosos a los que únicamente mueven sus ambiciones personales. Ese tipo de gente ha existido en todas las épocas, y continuará existiendo. Son un peligro para todos, y los bienintencionados idealistas no son más que la carne de cañón que lanzan a la

refriega. Estos serán siempre los perdedores: si la idea no triunfa, los poderosos suelen tener prevista la retirada; y si vencen, las prebendas son para ellos. En cualquier caso, es posible que se sientan felices mientras se engañan a sí mismos pensando que están haciendo algo importante con sus vidas.

—Eso no es siempre así —rebatío ella—. Tú mismo eres una muestra de lo contrario.

—No lo creas. Desempeño mi papel como todos, con el inconveniente de que tengo muy poca capacidad de decisión. Mira —continuó Aristos—, tú eres producto de la casualidad genética y, por cierto, un producto precioso —dijo sonriendo—. Pero a nosotros nos diseñaron tal y como somos, sin que tuviéramos opción de ser distintos. Por tanto, nuestra libertad está condicionada. Nuestros genes han sido mezclados por unas voluntades previas y no por el azar. Todo ello, no sólo condiciona nuestros físicos, sino también nuestras mentes. Así que también, como verás, somos unos claros exponentes de la manipulación de unos hombres sobre otros.

Hizo una pausa reflexiva y, tras lanzar sobre las olas una piedra plana que rebotó varias veces en el agua, prosiguió:

— ¿Sabes? En miles de ocasiones he sentido la necesidad de subirme a un velero, y adentrarme en alta mar, para desaparecer durante un tiempo. Desde pequeños nos enseñaron el arte de la navegación; cuando estoy solo en el mar me siento libre. Y hoy es uno de esos días en que estoy harto de todo, porque parece que todo lo entiendo... Quisiera coger ese velero...

— ¿Admitirías un grumete? —dijo ella con una sonrisa interrumpiendo sus negativas reflexiones.

— ¿De verdad te atreverías? —preguntó él a su vez interesado.

—Seguro que sí. Pero ¿dónde iríamos?

—Eso es lo de menos. En principio, pondríamos proa al horizonte y, después, adonde el viento nos lleve y nadie, ni siquiera yo mismo, esté esperando mi fracaso—hizo una pausa—. Supongo que por eso nunca me he decidido: porque es inútil huir de uno mismo y, tal vez, porque me ha faltado el valor necesario para romper con todo.

Durante unos minutos volvieron a quedar en silencio. Julia, sin saber por qué, sintió de pronto cómo llegaba con insistencia a su mente el vals que habían bailado el día del mercado, y que tanto les había unido. Decidió que era el momento de apartar las preocupaciones y comenzó a tararear aquella música pegadiza en voz baja. Le recordaba aquella noche.

—Deberíamos seguir las clases de baile. Creo que aún no acabaste de aprender



el vals —comentó repentina y festivamente.

— ¿Qué no? —protestó el chico riendo—. Al final lo hacía mejor que tú. Además, a pesar del mal oído que tengo para la música aún recuerdo la melodía. Escucha... Comenzó a tararearla a coro con ella. Casi al mismo tiempo se pusieron de pie y empezaron a bailar a la luz de la luna. Sus pies chapoteaban en el agua cada vez que una ola llegaba hasta ellos; al cabo de poco rato tenían las ropas empapadas. Dejaron de bailar y se contemplaron el uno al otro riendo.

—Me parece que será mejor que nos quitemos la ropa mojada —dijo Aristos—. ¿Nos bañamos? —preguntó repentinamente.

— ¿Ahora? —se quejó ella—. ¡El agua tiene que estar helada!

— ¡Vaya grumete! ¿Tú eres la que quiere navegar?

—Me da un poco de miedo...

— ¡Vamos, cobarde!

Aristos se quitó la ropa, la arrojó descuidadamente sobre la arena y corrió hacia el mar.

— ¡Estás loco! ¡Te vas a helar!

Julia dudó un instante, pero después decidió seguirle. Se desnudó rápidamente y, tras una veloz carrera, se sumergió entre las olas. El agua no estaba tan fría como esperaba; sin embargo, nadó con vigor para entrar en calor y poder alcanzar al joven que ya se había alejado. Durante un buen rato nadaron juntos gozando de una agradable sensación de plenitud. Después se acercaron a la orilla compitiendo entre ellos en velocidad. Cuando llegaron a la playa se tumbaron en la arena aún jadeantes por el ejercicio.

La armonía más perfecta inundó sus corazones, cuando sus cuerpos se fundieron en el primer abrazo de amor con la luna y las estrellas como únicos testigos.

## Catorce

Los rayos del sol se filtraban entre los árboles, cuando el Tutor y Aristos rímeros paseaban por el parque de la Residencia. La tierra estaba salpicada de pequeños charcos, fruto de la llovizna primaveral de la noche anterior, y de las hojas se desprendían todavía algunas gotitas de agua derramadas por el aire fresco y suave que llegaba del mar.

— ¿Quieres decir que te da miedo asumir la responsabilidad de la Carrera? — decía el anciano con su habitual serenidad.

—No lo sé, la verdad. Me gustaría que todo hubiese concluido ya.

Para el Tutor, que conocía al chico desde el mismo instante de su nacimiento, no había pasado inadvertido el ánimo inquieto que tenía en las últimas semanas, de manera que, cuando esa mañana le comentó que quería hablar con él, no le extrañó en absoluto. De hecho, hacía días que lo esperaba y, de no habérselo pedido, se lo habría sugerido él mismo.

—Cuando era niño —siguió el joven—, todo esto parecía un juego. Fuimos creciendo con la seguridad de saber cuál era nuestro destino: entrenar y prepararnos para batir el récord de los cien metros lisos, después de más de mil cuatrocientos años sin que ello hubiera sido posible. Pero mi preocupación va aumentando según se acerca el momento, pues no tengo la convicción de poder superarlo.

—El día de la Carrera esas inquietudes se irán. Se te ha preparado, a través de las técnicas del vacío mental, para que así sea.

—Aunque lo consiguiera, la vida prometida tras el récord no es la que deseo. Ustedes tienen que elegir entre Quinto y yo. Elíjanlo a él...

Las últimas palabras las pronunció en un tono notablemente más bajo. El Tutor, de repente, detuvo el paso y tomando a Aristos del brazo le espetó bruscamente:

— ¿Tienen algo que ver con esas preocupaciones tus relaciones con cierta muchacha?

El joven se quedó helado. No lograba entender cómo había podido llegar esa información a oídos del Tutor. “Es cierto —pensó— que me vio hablar con ella en el Estadio, pero de ahí no pudo deducir nada más.”

Por otro lado, estaba seguro de que su hermano no habría dicho nada al respecto. Atropelladamente intentó pensar algo, pero solo acertó a decir:

— ¿Cómo lo supo?

— ¡Qué más da! —volvieron a caminar lentamente entre los árboles—. Lo que espero es que entiendas por qué se os exigió el sacrificio de no tener contactos con gente del exterior. Las relaciones entre los hombres siempre son complejas y, en vuestro caso, aún más. Especialmente para el que vaya a correr de vosotros dos, pues necesitará hasta el último gramo de fuerza mental para batir la marca, como desea y espera desde hace siglos toda la humanidad.

Aristos escuchaba en silencio mientras seguían paseando. Sintió una punzada

de culpabilidad en su corazón.

—Te estás enfrentando por primera vez —continuó el anciano— a un deseo distinto al que para ti, hasta ahora, era el único. Tu mente está compartiendo inquietudes; estás luchando entre el destino para el que naciste y los sentimientos que esa chica te produce. Eso te hace sufrir. Sabes que tu misión es totalmente absorbente y no permite ser compartida con ninguna otra inquietud. Por ello hemos procurado que nada turbase vuestra concentración. Ya, después, habrá tiempo para lo demás.

Hizo un breve silencio cuando pasaron junto a uno de los puestos de control de la Residencia. Saludaron con un gesto al vigilante.

— ¿Han subido mis tiempos? —preguntó Aristos cuando se habían alejado lo suficiente como para no ser oídos.

—Es posible, pero eso no es lo más importante. Ha bajado tu nivel de determinación, y eso sí que es fundamental. Mira, hijo —la voz del Tutor se tornó más tierna—, sabemos que se os exige mucho, pero el premio es infinitamente mayor; en realidad, está por encima de todos nosotros y por ello cualquier esfuerzo es pequeño. El anciano hizo un gesto de cansancio.

Aristos, al observarlo, lo tomó del brazo y lo acompañó hasta un banco cercano donde se sentaron.

—Durante varios siglos —continuó, mientras el atleta escuchaba en respetuoso silencio— cientos de hombres y mujeres dedicaron sus vidas a hacer de vosotros lo que sois: la máquina humana más perfecta para correr que jamás vieron los tiempos. Tus antepasados también entrenaban día tras día desde su nacimiento, al igual que tú, para daros la más especializada carga genética. Lo hicieron por un sueño sabiendo que nunca podrían verlo realizado; a pesar de ello, tuvieron la fuerza suficiente para sacrificarse. Vosotros, que sois el producto de esos sueños, sí tendréis la oportunidad de ver cómo se hacen realidad. Hijo mío —el Tutor parecía más fatigado—, esa gran ilusión colectiva está por encima de ti y de cualquier otro hombre.

Un nuevo silencio permitió que llegaran hasta ellos las voces familiares y lejanas de los cuidadores de la Residencia, afanados en sus tareas diarias.

— ¿Y si no se consigue?

El anciano, como impulsado por un resorte, se volvió con violencia hacia Aristos.

— ¡Nunca lo pongas en duda! ¡Nunca! —la fuerza de expresión del Tutor sorprendió al atleta—. ¡La duda es una pedantería que no podemos permitirnos!

Sólo ella nos puede conducir al desastre. Así que destierra de tu cabeza esos pensamientos negativos. ¡Se conseguirá! —afirmó con firmeza.

Siguieron unos momentos de silencio en los que ambos quedaron sumidos en sus propias reflexiones. Aristos se maldijo por haber sido tan estúpido. Ese viejo significaba el padre y la madre que nunca conoció, y aunque solía decir que no hacía otra cosa que cumplir con su deber, todos sabían que en su relación había algo más que obligación.

—Hemos procurado prepararos no sólo como atletas, sino también como hombres para el día después —continuó el Tutor con la voz ya serena—. Deberías haber esperado, en ese tema de la chica, hasta el final del camino. Te habríamos ayudado a resolver el resto de las dudas, pero esto...

El viento seguía meciendo las ramas de los árboles sobre sus cabezas, proyectando sobre ellos, alternativamente, luz y sombra. El Tutor tomó una ramita entre sus manos y comenzó a dibujar en la tierra húmeda círculos concéntricos: el primero, todo lo grande que le permitió el radio de su brazo; los siguientes los dibujó en su interior. Cada uno de ellos más pequeño que el anterior. Aristos lo observaba con curiosidad.

—Mira —dijo el anciano al terminar el dibujo, cuando conoces a alguien por vez primera solo sueles mostrar esta primera capa —señaló con la rama el círculo exterior—. En ella tenemos impresas las normas de cortesía social; éstas logran hacer que casi todo el mundo parezca inicialmente encantador y ayudan a la convivencia social. Con ese fin fueron creadas —Aristos miraba subyugado los círculos, mientras el Tutor pasó a señalar el siguiente—. Según se intensifican las relaciones, van cayendo las diversas capas que cubren el yo íntimo. La familia y los amigos traspasan todos estos círculos concéntricos, pero cada vez que van perforando alguno de ellos vas quedando más desnudo.

Hasta que se llega a estos —señaló los más pequeños—, de los que nadie suele desprenderse: es el terreno íntimo de la personalidad humana. Si alguien intentara traspasarlos acabaríamos odiándolo, pues en estas capas se encuentran nuestros miedos, nuestras frustraciones y nuestros más ocultos complejos; en ellos suelen estar, incluso, nuestros sueños y deseos inconfesables. Puede ser también lo más parecido a como uno se ve a sí mismo. Por último —dijo señalando el punto central—, este sería el Yo auténtico: el área que cada cual desconoce de sí mismo, pero que configura el resto. Si entra en contradicción con las demás, te destruirá; sin embargo, si está en consonancia con los otros círculos te acercará a la armonía absoluta. Has conocido a esa chica —continuó—, y ello te ha llevado a descubrir facetas de ti mismo que hasta ahora ignorabas. Tanto es así que esa relación, inconscientemente, ha hecho que te cuestionaras la que hasta ahora era tu misión principal —el Tutor interrumpió un amago de protesta del joven—. No,

no dudo que el resto de tus inquietudes sean importantes, pero se han agudizado porque alguien te ha destruido varias capas y ahora eres demasiado vulnerable. El caso es que ha sucedido. Mira, hijo, la gente se vuelve esquizofrénica cuando sus destinos y la información que le envían sus áreas profundas entran en contradicción. Tú, por primera vez en tu vida, has de escoger entre el mundo de los sentimientos representado por esa chica, y el de tu misión, a la que estás destinado desde antes de tu nacimiento.

—No tengo dudas sobre mi misión —protestó Aristos—, y sobre el hecho de que quiero a esa mujer tampoco...

—Lo sé. Y ambas cosas no tienen por qué ser incompatibles. Sólo la impaciencia juvenil te lo ha hecho creer y ha clavado la inquietud en tu espíritu.

Se hizo de nuevo el silencio. Aristos se alegraba de haber pedido al Tutor esta reunión. Sus palabras siempre le producían una sensación balsámica. Indudablemente, era la persona que mejor le conocía. Durante unos minutos ambos volvieron a sumirse en sus pensamientos. Luego el anciano volvió a hablar, pero, en esta ocasión, su voz denotaba una profunda tristeza.

— ¿Tanto la quieres?

—Sí —contestó Aristos con suave firmeza—. Desde el primer momento, cuando la vi en el Estadio. Luché por no pensar en ella, porque era consciente de que el momento era poco oportuno, dada la proximidad de la prueba, pero no lo conseguí. Supongo que nada de esto debería haber ocurrido... ¡Lo siento...! Lo siento de verdad. Pero de haber estado convencido de que mi vida se debía centrar únicamente en la Carrera, nada me habría apartado de ese camino.

Tengo la sensación de no haber podido vivir nunca el presente. Desde que nací, el récord era futuro; el presente duraría apenas unos segundos y, a partir de ese momento, siempre estaría condenado a vivir del pasado. Parece que lo único que no podrían robarme es la experiencia de la muerte. Yo quiero vivir el presente, pero eso está en cada momento, en cada instante... Me temo que el récord no me lo permitiría.

El movimiento del aire apartó por un momento las hojas de los árboles, y un rayo de sol iluminó la cara del anciano cuando éste contestó casi en un murmullo:

—Así son las cosas. Estás tirando la gloria... ¿Lo sabes, verdad?

Aristos afirmó con la cabeza.

—Sí... Pero a cambio de vivir...

El anciano se cogió a su fuerte brazo. El atleta creyó ver que tenía los ojos húmedos cuando dijo:

—Vámonos, hijo. Tengo frío.

## Quince

Autoridad les explicó la situación de forma concisa, omitiendo cualquier opinión propia al respecto. Todos lo miraron y, seguidamente, se miraron con cierta incredulidad. No sólo por lo inesperado de la reunión, sino también por haber extendido la consulta al gabinete completo en un tema que escapaba al área especializada de cada secretaría. Estaban sentados en unos sillones colocados en forma de semicírculo alrededor del presidente del Estado. No había ninguna mesa entre ellos en la amplia habitación; la luz oblicua que entraba por la persiana semicerrada iluminaba la estancia.

—Necesito consejo —dijo Autoridad—. Este asunto es tan importante como urgente. ¿Qué creen que va a pasar, y qué debemos hacer?

Además de los secretarios, se encontraba en la reunión Albu, el presidente del Senado. Estaba tan grueso como en la época en que compartía puesto en el hemiciclo con Autoridad, hacia quien había mostrado siempre una profunda lealtad. De hecho, fue uno de sus principales valedores cuando el Senado lo designó para ocupar la Presidencia del Estado. Era consciente de que le habían llamado por la gravedad de la situación, que se había visto complicada, aún más, tras la muerte de dos personas en el transcurso de las últimas manifestaciones. Sabía que el ambiente entre los senadores estaba muy agitado. Definitivamente, la situación era muy delicada y el problema residía en que todas las posibles soluciones parecían inseguras.

—Ante todo, señor, una cuestión —habló Albu—: ¿usará su derecho al veto?

—No —Autoridad fue rotundo—. La solución tendrá que venir por otro camino, y su búsqueda ha de ser una cuestión prioritaria para todos los miembros del Gobierno. El hecho de poder contar con su ayuda nos aliviará parte de la carga —dijo dirigiéndose especialmente a Albu.

—Tendremos que presionar uno por uno a los senadores —comentó el secretario de Justicia, preocupado por lo que algunos podrían considerar una interferencia en las labores del Senado.

—Sí, eso es lo que espero de ustedes.

—Señor, es muy arriesgado. Algunos aprovecharán la ocasión para gritar que el Ejecutivo interfiere en esa institución.

Varios de los presentes movieron la cabeza afirmativamente y empezaron a hablar, pero Albu se impuso a todos ellos:

—Señor, según mis informes parece que buena parte de los representantes, no ya sólo de la zona europea sino también de la asiática, apoyará la enmienda de Zenón. Este hecho es más importante que el que puedan criticarlos por hablar con los senadores, sobre todo cuando tiene los votos suficientes para ganar.

— ¿Y qué sugiere que hagamos?

Albu miró a los presentes esperando encontrar apoyo antes de decidirse a contestar. Al no encontrarlo, continuó:

—Nuestra única posibilidad reside en convencer a los indecisos y transmitir confianza a los que comparten nuestras tesis, pues unos y otros se están viendo presionados por las maniobras de Zenón. Debemos escoger entre una duda o una certeza: si lo hacemos, tendremos una oportunidad de ganar aunque recibiremos críticas por lo que llamarán, con seguridad, presiones del Gobierno al Senado. Pero si no lo hacemos, perderemos.

—Señor, con todo respeto, creo que es mi obligación insistir en que la única solución cierta es el uso del veto.

Instantes después de haber hablado, el secretario de Seguridad se arrepintió de haberlo hecho. Su situación era extremadamente delicada tras los sucesos del día de las banderas. La prensa se estaba ensañando con él y se había convertido en el blanco de todas las críticas, incluso desde posiciones próximas al Gobierno.

— ¿Cree usted que con ello convenceríamos a la gente de nuestras razones?  
—habló con frialdad Autoridad mirándolo fijamente—. ¿Cree usted que el veto resolvería los disturbios callejeros?

El secretario de Seguridad juzgó más prudente no insistir. Autoridad se dirigió entonces a Dalmas.

— ¿Y bien, cuál es su criterio?

—Señor, le ruego que me excuse de dar mi opinión. El gabinete y yo haremos lo que decida.

—Normalmente le complacería, pero hoy no — cortó tajante Autoridad.

—Entonces me pronuncio a favor del veto a pesar de los riesgos que ello entraña pues, a la luz de las últimas informaciones, Zenón parece contar con los votos necesarios para hacer prosperar su enmienda. No veo otra forma de pararlo.

Autoridad le escuchó con atención y, seguidamente, se dirigió a los secretarios de Justicia y Seguridad:

— ¿Qué posibilidades tenemos de controlar los disturbios antes del inicio de las sesiones del Senado?

—Depende, en gran medida, de la fuerza que sea preciso emplear y de la colaboración de los alcaldes de las poblaciones implicadas.

Las palabras del secretario de Seguridad hicieron reaccionar rápidamente al de Justicia:

—La fuerza hay que utilizarla con suma cautela. Los dos muertos de las manifestaciones han dado a Zenón más votos que todos sus demagógicos discursos juntos. ¡No podemos crear nuevos mártires! Eso es, precisamente, lo que pretende Zenón.

Durante más de una hora estuvieron discutiendo las medidas que podían adoptarse, y cómo presionar a los miembros del Senado sin levantar demasiada polvareda.

Al finalizar la reunión, Dalmás, mientras se despedía de los miembros del gabinete que iban saliendo del despacho, pudo percatarse del general pesimismo que se había instalado en sus ánimos. Cuando se quedó a solas con Autoridad, este se dirigió a él:

—Siéntese —le dijo—. Y ahora dígame lo que piensa de verdad.

El primer secretario se arrellanó en el sillón y comenzó a hablarle con respeto y, al mismo tiempo, con la confianza que le daban los cientos de confidencias compartidas.

—En primer lugar, debemos controlar los desórdenes pero empleando solamente la violencia justa. En segundo lugar, creo que sólo su presencia, en el último día de sesiones, podrá evitar que los indecisos se inclinen de forma masiva por Zenón al intuir su derrota. Y, por último, debería tener en la recámara el uso del veto para utilizarlo en caso de extrema necesidad.

—He dejado bien clara mi posición al respecto —cortó Autoridad con voz inexpresiva.

—Disculpe mi atrevimiento, pero es lo que pienso. Y aún más —siguió Dalmás—: opino que si usted se dirige a los senadores su discurso debería televisarse para todo el mundo. Sus razonamientos deben ser difundidos con la máxima eficacia posible. Sólo ello podrá evitar que los disturbios de hoy puedan llegar a convertirse, en un futuro, en acciones de mayor extensión y violencia manipuladas por un populista cualquiera.



Tras permanecer unos minutos en silencio, Autoridad, que se había puesto en pie, comentó:

—Zenón nos ha tendido una buena emboscada, ¿eh? Debe de estar convencido de que nos tiene bien cogidos y puede que tenga razón... —clavó su mirada en Dalmas—.

En fin, es el destino. Todas las épocas tienen su Zenón. En todos los tiempos han existido políticos que se limitan a lanzar los mensajes focales que a la gente gusta oír, independientemente de sus consecuencias a corto y largo plazo. Curiosamente muchos ingenuos les llaman progresistas, cuando, en realidad, son sólo demagogos que para satisfacer su hambre desmedida de poder y vanidad toman peligrosos atajos.

— ¿Va a recibir al senador?

—Sí. Hágalo venir mañana, pero después de las doce. Antes quiero ver a Albu a solas. Que venga a verme a mi despacho privado a las nueve.

—A Zenón en el oficial, ¿no? Autoridad sonrió.

—Estar tanto tiempo juntos es un problema; parece que adivinamos nuestros mutuos pensamientos.

Dalmas se sintió halagado. Esas palabras en boca del anciano eran todo un discurso de aprobación.

## **Dieciséis**

— ¿Qué piensas hacer estas vacaciones?

Tessa y Julia, sentadas en el porche de la casa de esta, tomaban un refresco. No se veían desde que, debido a la proximidad de la Carrera, el Estadio se cerró a las visitas públicas. La mañana era clara y tras los edificios del centro de la ciudad se podía divisar el mar.

—Me voy con Antonio a la sierra.

— ¿No verás el debate de tu Zenón? —dijo Julia sonriendo a su amiga con malicia.

— ¡Ni hablar! —exclamó Tessa—. Bastante nos han engañado ya. ¡Malditos políticos! Todo aquello estaba preparado para provocar lo que después pasó.

¡Picamos como imbéciles! Nosotros éramos los infelices que dábamos la cara. Pero, además, ahora estoy segura de que ninguna causa vale una muerte...

Las dos amigas quedaron en silencio.

— ¡Oye, por cierto...! —se acordó de repente Julia—. No me has dicho si soy la coartada de tu viaje.

— ¡Qué va! Todo progresa. Les conté la verdad a mis padres y me lo han permitido.

— ¿Les contaste todo? ¿Incluido lo de Antonio?

—Sí. Aunque te parezca mentira, así es —tras una pausa continuó—: ¿Y tú qué piensas hacer?

—No lo sé. Aún no tengo ningún plan concreto.

— ¡Qué pregunta más tonta la mía! —dijo Tessa con picardía—. Lo que harás es seguir a tu Aristos, ¿no? Julia sonrió. Hacía días que había puesto al corriente de lo sucedido entre Primero y ella, aunque sin entrar en excesivos detalles, tanto a su padre como a su amiga, quien no pudo ocultar su envidia.

—Dependerá de si es elegido para correr —reflexionó Julia.

—Si corre, lo pierdes. ¿Lo sabes, verdad? —dijo Tessa con una gravedad inusual en ella—. Yo ruego a los dioses para que el elegido sea Quinto.

—Es cierto. Pero todo tiene sus problemas.

— ¡Y pensar que pude ser yo la que debería haber estado aquel día en el Estadio! —Tessa volvió a emplear su tono habitual.

—Se lo diré a Antonio —rió Julia—. Te prometo que se lo diré tan pronto como lo vea.

— ¡Me da igual! Pero no te preocupes, pues se lo diré yo misma. ¿Y sabes una cosa? Si tu Aristos no corre os podríais venir a la sierra con nosotros. Quizá pudiéramos hacer hasta intercambios.

— ¡Estás cada día más loca! —después, ya seria, continuó—: Esperemos a ver qué pasa.

—Muy bien —insistió Tessa—, pero no te olvides de mí. Si os apetece me encantaría que vinieseis.

—Ya veremos lo que sucede —tras un corto silencio Julia preguntó—: ¿Has pensado qué harás cuando termines las vacaciones?

—Sí, Antonio y yo hemos solicitado una granja en alguna ciudad de la región del Sena.

— ¡Qué lejos os vais! —dijo Julia con pesar—. Además, no os veo cultivando

tomates y ordeñando vacas.

— ¿Qué no? Ahora no tenemos ni idea, pero ya aprenderemos. En poco tiempo sabremos cultivar la huerta, cuidar de nuestros animalitos y subastar nuestros productos los jueves en el mercado.

Las dos jóvenes siguieron disfrutando del hermoso día mientras charlaban. Intuían que tardarían en volverse a ver.

## **Diecisiete**

La mañana se había presentado fresca para ser primavera. Por ello, Albu había llegado bastante abrigado al despacho de Autoridad. Había pasado al interior sin dilación, y ahora ambos hombres se encontraban sentados el uno frente al otro.

—Necesito su ayuda —espetó directamente el presidente del Estado al del Senado.

—Aquí estoy. ¿Qué debo hacer? —respondió escuetamente el aludido.

Aunque se veían muy poco, mantenían la corriente de simpatía que los había unido durante su etapa senatorial conjunta, y no habían perdido el hábito de hablarse sin rodeos.

— ¿Me ayudará por estar convencido de mis tesis o por nuestra vieja amistad?

—Por las dos razones y por una tercera: es lo mejor para todos.

—Bien, Albu. ¿Qué diferencia de votos cree que nos lleva Zenón?

—La cosa está muy igualada. Se va a decidir por una docena de ellos. Los indecisos, si usted decide hablar en el Senado, se decantarán en su mayor parte por el no a la enmienda.

— ¿Conoce nombres concretos de senadores que estén decididos a votar por Zenón?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque buscaremos la forma de convencer a quince o veinte de ellos y atraerlos a nuestra causa. En las cosas importantes ni podemos ni debemos dejar nada al azar —sonrió suavemente al decirlo y después continuó—: Nuestro mundo no es perfecto —Albu le escuchaba atentamente—, pero es el mejor que el hombre ha tenido desde la noche de los tiempos. La Revolución universalista acabó con las guerras cuando logró abolir las fronteras de las

naciones. Con ello erradicó también el hambre y el analfabetismo en el mundo, pues los recursos de un único Estado, y no de cientos y caros, se pudieron dedicar a estos menesteres con prioridad. La Revolución, hace más de quince siglos, terminó asimismo con la heredabilidad de los bienes y, por este camino, permitió alcanzar una verdadera justicia social. Cada ciudadano lleva un solo nombre como símbolo de que será y tendrá en su vida lo que consiga con su exclusivo esfuerzo, sin depender su éxito de la familia en la que nazca. Por ello potenciamos las diferencias individuales y no las colectivas, que tanta sangre y sufrimiento han costado. Estos son los principios fundamentales que defendemos. Sirvieron para impedir que, cuando la humanidad se precipitaba hacia la autodestrucción por haber alcanzado la tecnología para poderlo hacer, pero no la progresión intelectual necesaria para impedirlo, terminara la historia del hombre —Autoridad se puso en pie y Albu hizo lo mismo respetuosamente—. Ahora nos vemos obligados a utilizar los procedimientos necesarios para que nadie pueda poner en peligro nuestro futuro, ni nos pueda llevar de nuevo a las antiguas guerras tribales. Esa es nuestra responsabilidad, amigo, y para ello nos pagan: para asumirla.

— ¿Qué sugiere que hagamos?

—Que estudiemos uno por uno esos nombres y encontremos sus debilidades. Algunos tendrán ambiciones que satisfacer y otros algo que ocultar. ¡No confiemos todo al poder de mi oratoria! —sonrió al decirlo—. ¿Está de acuerdo?

—Totalmente.

—Pues pongámonos manos a la obra.

\*\*\*\*

Algunas horas más tarde, en el mismo Palacio Presidencial pero en otro despacho, mucho más solemne, estaban sentados, separados por una larga mesa de madera oscura, Autoridad y Zenón.

—Le agradezco que me reciba —dijo el senador.

—No tiene por qué agradecermelo —le contestó el presidente del Estado con significativa frialdad—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Zenón hizo caso omiso del tono empleado por Autoridad y comenzó a explicarle los motivos por los que presentaba la enmienda. El anciano escuchó sin interrumpirle y, cuando hubo terminado, le dijo:

— ¿No podía haber esperado al pleno del próximo año para no interferir en la Carrera?

—Creo que es el momento oportuno, tal y como le expliqué a su primer secretario.

—El momento oportuno... ¿Para quién?

—Para la historia. En el mismo año en que se supera el récord que hará progresar a los individuos, comenzamos a cambiar la Constitución para que la sociedad progrese.

—La sociedad está formada por individuos y sólo si éstos mejoran se perfeccionan las comunidades. Además, la sociedad no existe: es un reflejo del carácter gregario del hombre, potenciado por políticos y sociólogos con el propósito de manipularlo con más facilidad.

—Yo no lo entiendo así, señor. Creo...

—Opino que usted no ha venido aquí a intentar convencerme de sus tesis, del mismo modo que yo renuncio a convencerle de las mías —interrumpió Autoridad—. Por ello le ruego que me explique cuál es el motivo real de su visita. Creo que los dos somos lo suficientemente inteligentes como para no perder nuestro tiempo en elucubraciones inútiles.

Zenón encajó sin pestañear el brusco desafío del presidente.

—Estoy de acuerdo con usted. Es lo mejor —hizo una pausa reflexiva y luego continuó—: Sé que debe de estar informado de que voy a ganar —Autoridad hizo un ligero, pero visible, gesto de duda—, a no ser que usted haga uso de su derecho al veto. ¿Lo hará?

—Le voy a contestar con la misma franqueza. Usted intuye que no lo voy a emplear y es posible que tenga razón. Pero dígame: ¿qué es lo que busca en realidad? Porque, independientemente de los motivos que esgrime en sus encendidos discursos cuando defiende sus tesis, es demasiado inteligente como para no ser consciente del daño que se produciría a largo plazo si la enmienda es aprobada. El conocimiento de la historia sólo tiene utilidad si nos sirve para corregir los errores de nuestros antepasados, y me consta que usted la conoce. Así pues: ¿qué desea en realidad?

Zenón sonrió. Se removió inquieto en su asiento e instantes más tarde, sin dudar, contestó:

—Su puesto.

Autoridad pareció pensar durante unos segundos, pero en ningún momento mostró sorpresa alguna por la respuesta del senador. Después, clavando la mirada en la de su oponente, dijo:

—Se ha equivocado de camino, porque cuando termine con usted en el pleno del Senado dará gracias al cielo si consigue mantener una docena de partidarios.

## **Dieciocho**

Toda la tarde estuvieron navegando velozmente hacia barlovento. Ya habían perdido de vista la costa de Shandu. El viento iba refrescando a medida que el sol bajaba. No había mucha mar, pero una rápida corriente contraria balanceaba el barco.

Primero, ayudado por Julia, tomó un rizo en la mayor, pero decidió mantener el foque de trabajo; el yate, de este modo, marchaba mejor. Cogió la caña del timón y se dispuso a seguir gobernando la embarcación hasta llegar a mar abierto, donde conectaría el automático. Desde allí contempló cómo ella se colocaba en el balcón de proa, dejando que el viento le diera en el rostro meciendo su pelo hacia atrás.

Los sucesos del día vinieron a su mente. A primera hora de la mañana había colocado sus cosas en una maleta, y le pareció mentira que toda una vida cupiera en un espacio tan pequeño. La noche anterior se había despedido de Quinto, quien salía hacia Urbitad para su presentación por televisión, que tendría lugar dentro de unos días, tras el pleno del Senado. Se habían abrazado deseándose suerte. Él le dijo: “¡Lo vas a conseguir!” Su hermano solo le contestó: “Nunca te olvidaré.” Ambos sintieron una fuerte sensación de vacío en el estómago.

Hacía unos días el Tutor les había comunicado oficialmente que el elegido había sido Quinto. Habló con Primero a solas: “A partir de ahora te convertirás en un ciudadano normal. Podrás hacer lo que desees con tu vida, aunque necesitarás un periodo de adaptación en el que te ayudaremos.” Para él, la noticia no había sido ninguna sorpresa. Aunque, en principio, no supo cómo reaccionar. “Deberías tomarte unos meses de descanso que te proporcionen el tiempo de reflexión suficiente para decidir tu futuro. ¿Qué te gustaría hacer?”, le había preguntado el anciano con ternura. Una sola respuesta le había venido a la cabeza: “Navegar”.

Todo se organizó rápidamente. Tras dudarlo unas horas, decidió llamar a Julia y pedirle que le acompañara.

Ella le contestó que lo tenía que pensar. Poco más tarde, ya repuesta de la sorpresa, le telefoneó para decirle que podía contar con ella.

— ¿Quieres tomar algo? —la pregunta de la chica, que se había acercado hasta él, interrumpió sus pensamientos.

—Algo caliente nos vendría bien —sugirió.

—Muy bien.

Julia bajó a la cabina del velero y comenzó a preparar un caldo en el fogón. Había anochecido y hacía fresco, así que una sopa caliente les entonaría el cuerpo. Mientras la preparaba recordó la relativa sorpresa que se llevó cuando su padre dio la aprobación a su viaje en barco con Aristos. “¿Os queréis?”, le había preguntado. Ella no dudó en contestar afirmativamente y él continuó:

“Pues entonces haz lo que mejor creas, pero ¿habéis pensado en que si estáis en alta mar no recibiréis ninguna noticia de la Carrera?”. Le explicó que eso era, precisamente, lo que deseaba Primero. Necesitaba olvidar, y ser olvidado, para poder reflexionar sobre su futuro. Quería estar aislado de todos y de todo durante un tiempo, sin medios de comunicación que le recordaran su pasado. Su padre, tras reflexionar unos minutos sobre la cuestión, curiosamente, volvió a insistir: “Entonces, ¿durante unas semanas no recibiréis ningún tipo de noticias?” Ella le repitió que, efectivamente, así sería. Le pareció recordar un gesto de cierto alivio en su padre y, aunque en ese instante le llamó la atención, la ilusión del momento hizo que se olvidara de preguntarle el porqué. Se dijo que a su regreso no dejaría de hacerlo.

Esa misma mañana se habían despedido. Él la abrazó con fuerza, como nunca antes, y tras despedirse de Primero, que había venido a recogerla, tomó su cara entre las manos y mirándola a los ojos le dijo: “Lucha por ser feliz, lindísima.” Mientras se alejaban en el automóvil, les decía adiós desde la entrada de la casa.

Primero entró en ese momento en la cabina interrumpiendo sus recuerdos. Pasó sus brazos por encima de los hombros de Julia y, abrazándola, dijo:

— ¡Qué bien huele eso!

— ¡Eh! ¿Quién lleva el barco? —se alarmó la chica.

—El otro tripulante —bromeó él.

—No seas tonto...

—El piloto automático, grumete miedosa.

Tras tomar el caldo, sus cuerpos entraron en calor. Poco más tarde se acurrucaron en la litera y, durante un rato, estuvieron escuchando en silencio el sonido del aire contra las velas y el del mar cortado por la proa del velero. Por primera vez después de las emociones y ansiedades vividas en los últimos

días, encontraron allí, en medio del océano, la paz.

—Te quiero —dijo Julia instantes antes de que hiciesen el amor apasionadamente.

## **Diecinueve**

Al producirse acontecimientos de esta magnitud era cuando Urbitad evidenciaba su condición de capital del mundo. Fue construida sobre las ruinas de Hong Kong, la ciudad asiática que, en la antigüedad, allá por el siglo veintiuno, se había convertido en síntesis de las culturas orientales y occidentales, tras la decadencia de la civilización euroamericana, y cuando el poder económico y político del mundo pasó a las naciones asiáticas.

Urbitad se halla situada en la isla del mismo nombre. Se diría que sus trescientos cincuenta mil habitantes se habían echado a la calle. La gente corría de aquí para allá, dando una sensación de febril actividad. Se estaba celebrando la sesión plenaria anual del Senado.

La ciudad estaba ocupada por políticos y periodistas venidos de todos los rincones de la Tierra. Incluso las ciudades próximas se habían visto beneficiadas por el acontecimiento; sus instalaciones hoteleras se hallaban al completo. Sólo los privilegiados consiguieron alojamiento en la misma capital.

Desde hacía nueve años, cuando fue elegido para ocupar el cargo, Autoridad no asistía a las sesiones del Senado. No era su misión, pues los senadores legislaban con total independencia; sin embargo, en esta ocasión, casi todos los avispados medios de comunicación habían intuido, y no estaban equivocados, que, dada la importancia de lo que se iba a decidir, Autoridad intervendría y haría uso de su derecho constitucional, vetando la propuesta de Zenón. Al menos las apuestas estaban diez a uno a que usaría ese derecho.

Esta extraordinaria sesión había roto otra costumbre: las cámaras de televisión, en esta ocasión, llevarían las imágenes por todo el mundo; lo harían, no obstante, con dos horas de retraso respecto al horario real en previsión de cualquier tipo de problema. En cualquier caso, los promotores de la idea —se creía que era una iniciativa del grupo de Zenón— se habían apuntado un logro histórico.

Los tres días precedentes de sesiones estuvieron ocupados por la defensa que habían hecho varios senadores de la enmienda y por las réplicas de los contrarios a ella. Según se sabía, el discurso final de Zenón había sido brillante y encendido. Las réplicas y contrarréplicas ocuparon la segunda y tercera jornadas. Todo el que lo deseaba tenía derecho a argumentar las razones de su



voto, siempre con un tiempo limitado; de ahí que fuera necesario un cuarto día para las votaciones.

Al concluir el tercer día la Casa Presidencial informó oficialmente de que Autoridad, haciendo uso de su derecho, se dirigiría al pleno del Senado antes de producirse la votación. A estas alturas tal circunstancia no supuso una sorpresa para nadie.

Los senadores apenas habían tenido tiempo de asearse y de comer algo en sus respectivos alojamientos. Tuvieron que darse mucha prisa, pues la llegada de Autoridad al hemiciclo estaba anunciada para las siete, y a esa hora deberían estar ya todos en la sala.

El presidente del Estado llegó a las puertas del Senado cuando eran las siete en punto. Un cuerpo de guardia de seguridad engalanado abría pasillo desde el exterior del edificio hasta su entrada. Las fuerzas del orden mantenían a distancia a cientos de reporteros gráficos. El público estaba situado, tras unas vallas, algunos metros más atrás. Por ese pasillo hizo entrada Autoridad, tras bajar del vehículo oficial que le había conducido hasta allí. En las nobles puertas de entrada se oyeron los tres golpes reglamentarios con los que el presidente anunciaba su presencia. El jefe de ujieres, tras abrir los pesados portones, anunció en tono solemne:

—El señor presidente Autoridad solicita el permiso de los senadores para hacer su entrada en el Senado.

Todos los senadores se pusieron en pie. El presidente de la sala se acercó hasta la puerta y saludó respetuosamente a Autoridad. Éste le correspondió con cortesía; seguidamente, ambos se dirigieron por el pasillo central, acompañados por los aplausos de bienvenida de los presentes, hacia el estrado presidencial.

—Otra vez estamos aquí juntos, ¿eh, viejo amigo? —dijo Autoridad a Albu en un tono de voz que sólo ellos podían escuchar.

—Sí, señor, como en los viejos tiempos —contestó el presidente del Senado, que no pudo evitar cierta inflexión de emoción en su voz.

Los focos de la televisión iluminaban con luz potente casi todo el hemiciclo. Autoridad se dirigió directamente a la tarima de los oradores, donde había un sencillo atril con un micrófono; desde ella se dominaba toda la sala. El presidente del Senado, mientras tanto, había pasado a ocupar su sillón habitual junto al resto de la mesa presidencial. Al llegar a él, se dirigió a los presentes:

—Señoras y señores senadores —estos permanecían respetuosamente en pie

—, esta institución se honra en recibir a Autoridad. Haciendo uso de los derechos que la Constitución le confiere, solicitó dirigirse al pleno antes de la votación que tendrá lugar al término de su intervención, tal y como la ley prescribe. Así pues, esta Presidencia cede la palabra a Autoridad.

Los aplausos se reprodujeron con fuerza. El jefe del Estado inclinó suavemente la cabeza ante su auditorio en señal de agradecimiento. Esperó a que los senadores se sentaran y se hiciese el silencio. Cuando este se impuso, comenzó a hablar el ciento cuarenta y dos presidente del Estado mundial.

—Con su permiso, señor presidente —dijo en los términos que la cortesía parlamentaria obliga, dirigiéndose al presidente del Senado, que asintió con una ligera inclinación de cabeza—. Señores senadores — comenzó mientras las cámaras de televisión captaban ávidamente cada uno de sus gestos—: los grandes hombres sólo son realmente grandes cuando sus logros están en consonancia con sus sueños. El Primer autoridad fue el mayor de todos, pues soñó con el empeño más difícil: una humanidad distinta, y lo consiguió. Hace muchos años el mundo no era como el de ahora. Existían guerras en las que, en nombre de todo aquello que separaba a los hombres, las gentes se mataban las unas a las otras por millones. Las guiaban caudillos que las convencían de que era deber de los ciudadanos defender sus fronteras, su religión, su idioma o su raza; es decir, todo aquello que distinguía a unos ciudadanos de otros. Pero jamás esas muertes inútiles arreglaron algo. Cada final de una guerra suponía el preludio de la siguiente. La historia ha demostrado que sólo escondían una lucha por el poder entre personas concretas, bien político o bien económico, si es que ambos pueden llegar a diferenciarse, arrastrando con sus ambiciones a los pueblos. ¿Y saben ustedes cuál era el símbolo siempre esgrimido para resaltar las diferencias?: las banderas. Ellas representaban lo que a cada grupo humano separaba del otro; servían a cada bando en litigio para diferenciarse, jamás para unirse. Por ello las prohibió nuestra Constitución, porque nunca fueron símbolo de convivencia, pero sí de muerte y miseria. Tras ellas las gentes morían y mataban sin saber el porqué. ¿Es a esto a lo que queremos volver?

La pregunta quedó en el aire. El silencio en todo el hemiciclo era sepulcral. Las cámaras de la televisión seguían recogiendo cada palabra y gesto de Autoridad. Todos los presentes eran conscientes de que se estaba dirigiendo a los ciudadanos del mundo.

—Hoy el senador Zenón les pide que modifiquen el artículo octavo de nuestra Constitución, que durante quince siglos nos ha mantenido al abrigo de estas barbaridades. Yo estoy seguro de que este senador es un buen hombre, aunque se le olvide explicar cómo lograría evitar que esta enmienda, si finalmente se aprueba, sea utilizada por parte de múltiples políticos regionales para

acumular más poder personal, y algunos puedan volver a destruir el principio básico que sostiene nuestra convivencia en paz: un hombre solidario, compartiendo una misma casa llamada Tierra. Yo sé que el senador Zenón no es un ciudadano ambicioso y piensa, con ingenuidad, que todos son como él. Posiblemente por ello tampoco nos ha explicado cómo impediría que un gobernador de cualquier zona del planeta, sintiéndose más poderoso, utilizara ese poder en contra de una región vecina, devolviéndonos a los tiempos de las tribus y naciones que fueron causa del asesinato, en conflictos inacabables, de cientos de millones de seres humanos. La insolidaridad nos puede devolver también a esa época en la cual la quinta parte de la humanidad disfrutaba del noventa por ciento de los recursos del planeta, mientras las cuatro quintas partes restantes sufrían el monopolio del hambre. Zenón piensa que todos son como él —el aludido estaba cada vez más incómodo en su asiento—, preocupado por los dos muertos estériles ya producidos por esta enmienda. Hay otros hombres, aunque el señor Zenón no es así, como todos sabemos, que justifican las muertes ajenas si ello resulta útil para sus propósitos —hizo una pausa y, tras ella, continuó con voz firme—: senadores, no están asistiendo a un pulso entre progresistas y conservadores. Muchas veces es más progresista mantener unas normas que se han mostrado eficaces durante tanto tiempo, que iniciar aventuras que ponen en riesgo la seguridad de las personas, sólo para satisfacer las ambiciones personales de algunos grupos de demagogos. Y, evidentemente, no me refiero a nuestro querido senador —las irónicas referencias a Zenón lo habían ido hundiendo en su escaño—. Dentro de tres días tendrá lugar el acontecimiento que el hombre lleva esperando desde hace trescientos años. Es injusto que a este hecho se le robe el menor protagonismo. Si el atleta consigue el récord, habremos mostrado a la humanidad la senda que hay que seguir: la del perfeccionamiento individual. El Estado no da la felicidad a nadie, pues conseguirla es una opción de los individuos, pero sí debe crear el marco para que aquella sea posible. Vivimos en un planeta pequeño, de limitados recursos naturales. No podemos parcelarlo nuevamente. Esto sólo ha traído infelicidad y miseria en el pasado. La Tierra es el único patrimonio real del hombre, y ninguna tribu, ni las llamadas naciones, se pueden apropiarse de trozos de ella. Eso es lo que, en buena parte, nos jugamos con esta enmienda —hizo una pausa durante la cual pareció mirar uno a uno a los senadores—. Para terminar, señores, les diré que no he tenido intención, en ningún momento, de usar mi derecho al veto. Y la razón es muy simple: sé que cada uno de ustedes votará pensando en las penosas consecuencias que podría traer a las generaciones futuras una modificación, en el sentido propuesto por el señor Zenón, del artículo octavo de la Constitución. Nunca se verían compensadas por la efímera gloria de una portada en los medios de comunicación y, mucho menos, por satisfacer desmedidas ambiciones personales —cada uno de los presentes tenía la

sensación de que se dirigía a él—. Los ciudadanos del mundo esperan de ustedes que cumplan con su obligación. Voten, solamente, de acuerdo con sus conciencias. Gracias.

Autoridad no había leído ni una sola nota en un papel para desgranar su discurso. Pudo observar el profundo silencio que, durante unos segundos eternos, siguió a sus palabras. Los aplausos estallaron al unísono en el hemiciclo del Senado cuando comenzó a retirarse.

Zenón miró a su alrededor y supo que había perdido.

## Veinte

El Estadio estaba vacío. Todo estaba preparado para la gran prueba. Abajo, un hombre solo en la pista, iluminado por la clara luz que penetraba a través de la enorme semiesfera, hacía ejercicios y estiramientos. Su respiración era acompañada, aunque tensa. De los laterales llegaba el sonido sedoso, difícilmente audible, de las cámaras de televisión que seguían la figura del atleta.

Aristos Quinto intentaba concentrarse. Sabía perfectamente que sólo dispondría de una oportunidad para batir el récord. Agitaba los brazos caídos a lo largo del cuerpo, al tiempo que daba pasos enérgicos, pero cortos, para calentar sus músculos. No pudo evitar que figuras familiares acudieran a su mente de manera desordenada.

Se le apareció la imagen de su Tutor. Curiosamente, era incapaz de recordar con precisión los rasgos de su rostro; adivinaba de quién se trataba por la sensación que el recuerdo imprimía en su alma. Junto a ella, bailaban en su cabeza la figura de su hermano Primero e, incluso, la de aquel pequeño niño, hermano suyo también, que había sido eliminado por sus deformaciones. Intentó imaginar lo que estarían pensando viéndolo por televisión allí, tan solo. Hizo un esfuerzo por evitar que su mente siguiese divagando. Concentró su mirada y su pensamiento en los números que se movían en la pantalla que tenía frente a él, y que le indicaban que se acercaba el comienzo de la prueba. Probó recurrir al método de vacío mental para huir de las imágenes que asaltaban su pensamiento.

Intentó concentrarse en las siete milésimas de segundo del récord que, según las previsiones, hoy debería estar en condiciones de bajar. A pesar de llevar toda su vida entrenando en un lugar como aquél, para cuando llegara este momento, comprendió que le iba a ser difícil conseguir la concentración precisa. La idea de millones de personas viéndolo le estremecía. El trabajo

psicológico que sus tutores habían estado realizando estuvo encaminado en gran parte, y sobre todo en los últimos tiempos, a poder dejar a un lado estas inquietudes que sabían le asaltarían en aquel preciso momento. Durante un instante sintió terror al fracaso.

\*\*\*\*

Estaba sentado en el centro de la sala, en un amplio sillón desde el que dominaba todo lo que allí sucedía. Su cabeza canosa reposaba en el alto espaldar. Una toga blanca cubría su cuerpo y le distinguía del resto de los presentes. Su rostro, surcado por mil arrugas, reflejaba serenidad pese a la nítida tensión que se respiraba en el ambiente.

Autoridad dirigió una mirada inquisitiva al hombre sentado a su derecha. Este se levantó y, tras acercarse a los técnicos que atendían los monitores, revisó, con la práctica que da la experiencia, la labor de estos. Seguidamente, sin que sus pasos se oyeran por la tupida alfombra que cubría el suelo de la amplia sala, regresó a su asiento.

—Todo preparado, señor.

El aludido asintió levemente con la cabeza. Levantó la mirada para conocer el tiempo que restaba para el comienzo y, tras ello, volvió a perderse en las mil lucecitas de los sistemas de control.

La sala, desde donde se controlaban todos los detalles de la Carrera, tenía diez monitores de televisión que mostraban las imágenes que enviaban las cámaras instaladas en el Estadio a miles de kilómetros de allí. Frente a cada monitor había un técnico, vestido con toga azul, que permanecía atento a cualquier incidencia.

Detrás de Autoridad y de Sheffair, el ingeniero, que ocupaban la parte central de la estancia, se hallaban sentados veinte hombres con togas verdes distintivas de su condición de secretarios del Gobierno. La tensión de la espera se hacía notar en estos más que en los demás.

Todos miraban las pantallas. Les traían las imágenes de lo que sucedía en el Estadio. Permanecían en profundo silencio. Más de uno pensaba que sólo la suerte les estaba permitiendo seguir este momento histórico desde ese lugar de privilegio: el Centro de Comunicaciones. Tenían fijas sus miradas en los tres dígitos que indicaría, cuando comenzasen su baile veloz, el tiempo invertido por el atleta. Estos números eran ahora tres ceros; al final de la prueba debían convertirse en 207, como Jacson predijo.

Ello querría decir que se había triunfado. Cualquier otra posibilidad era impensable.

\*\*\*\*\*

Shandu, como todas las ciudades del mundo, parecía desierta. La gente estaba en sus casas. Se había paralizado toda actividad. Los hombres querían ser testigos de la buena nueva. Se compartía así la soledad de Aristos, cuya imagen llegaba a través de las pantallas de los televisores. A todos les habría gustado ayudarlo a correr más rápido, pero era imposible. Se debía hacer tal y como Jacson lo previó. Tenía que ser un acto solitario del deportista. En cualquier caso, no importaba; se conformarían con celebrar en los pueblos y ciudades el éxito obtenido para toda la humanidad.

Si el resultado de la prueba confirmaba las teorías de Jacson, se abriría un nuevo camino, prácticamente infinito, para la evolución del hombre. Las generaciones pasadas soñaron con este momento, las futuras lo recordarían siempre, y ellos tenían el privilegio de ser la generación testigo. En última instancia todos sabían, desde hacía siglos, que la Carrera tendría lugar ahora, en este instante. Sólo algunos agoreros se preguntaban qué ocurriría si se fracasaba. Decían que la humanidad nunca podría llegar a recuperarse de la pérdida de la esperanza mantenida durante siglos, y frustrada en apenas unos segundos. Si hubiese un final fatal, el hombre podría perder la fe en su propia capacidad para evolucionar y, a partir de ese momento, comenzaría a morir lentamente, como individuo y como género.

\*\*\*\*\*

Autoridad volvió a consultar con la mirada a Sheffair. Este le respondió, susurrándole, de forma inaudible para el resto de los presentes. Mientras tanto, las pantallas no perdían un solo gesto del atleta, ni siquiera una gota de su sudor. Indudablemente el ingeniero conocía bien su trabajo. Estas precisas imágenes, bajo su dirección, se emitían, se grababan y constituirían la prueba fehaciente, dentro de cientos de años, de que TODO había ocurrido.

Sheffair, desde su asiento, volvió la cara para observar a Autoridad. Vio su mirada aparentemente perdida.

Admiró, una vez más, la serenidad del anciano cuyas manos arrugadas descansaban en los brazos del sillón.

Ambos eran conscientes de que aunque todo se había cuidado hasta en el menor detalle, si algo fallaba — daba igual cuál fuese la causa—, tendría consecuencias imprevisibles. Pero intentó poner la mente en positivo y desterrar ideas que a nada le conducían a estas alturas.

Autoridad se sentía extremadamente cansado, aunque en paz consigo mismo. Los sucesos de los próximos minutos eran el objetivo máximo de su vida. El

destino había querido que fuese él, y no otro, quien hubiese de cargar con la responsabilidad de los próximos momentos, pero se encontraba extrañamente relajado. Alzó la mirada hacia los monitores y vio al atleta preparándose para el supremo instante.

\*\*\*\*

Aristos Quinto consiguió, al fin, hacer valer las técnicas de vacío mental. La autosugestión hizo su efecto. En su cerebro, en lo más profundo del mismo, sólo comenzó a martillear una orden impresa mil veces en sus genes: ¡corre!

Notaba los músculos elásticos, con una flexibilidad que jamás antes había sentido. Como un relámpago en su mente apareció la seguridad de lograrlo.

Inspiraba por la nariz y expiraba por la boca con energía, pero reposadamente. En sus ojos se leía la convicción de lograrlo. De su mente se apoderó la Nada.

Era el perfecto especialista.

Miró fijamente al frente, con el ceño ligeramente fruncido. Sintió, más que vio, cómo el tiempo se agotaba. Se colocó en la línea de salida, e inclinándose puso cuidadosamente sus manos en el borde de la raya que marcaba dicha salida. Fijó la mirada en el suelo mientras sus piernas hacían varias flexiones sobre los pedales de apoyo. Sentía todo el cuerpo elástico. Una leve corriente eléctrica le indicaría el momento exacto de la partida; justo en ese instante los tres ceros, que ahora permanecían fijos, comenzarían a correr. No existía ni el antes ni el después, solo el ahora. La información genética de cientos de años se concentraba en sus músculos y en su voluntad. Levantó la mirada y la fijó en el haz de luz que señalaba la meta.

\*\*\*\*

En las pantallas todos pudieron observar la metamorfosis del atleta. Eran perfectamente audibles, por medio de los sofisticados aparatos de sonido ambiente, su respiración y la aceleración de su ritmo cardíaco. Sus ojos eran un grito de voluntad. El último segundo de espera, de una espera de siglos, se desgranó en el marcador del tiempo.

Sheffair advirtió que había estado conteniendo la respiración. Algún técnico se enjugó el sudor del rostro. Todos vivían el instante en el más profundo silencio y, de pronto, sucedió: los tres ceros de la parte superior derecha de las pantallas comenzaron a moverse vertiginosamente. Las dos últimas cifras, dada la velocidad de su giro, eran totalmente invisibles al ojo humano. El atleta salió catapultado hacia delante.

\*\*\*\*

Aristos Quinto sintió el contacto eléctrico que procedía de los pedales de apoyo. Sin apenas darse cuenta, su cuerpo saltó explosivamente y comenzó a correr independiente de su propio control mental. Se oía a sí mismo. Notaba los acelerados latidos de su corazón en los oídos. Veía la imagen de la pista corriendo hacia atrás, bajo sus pies. Al fondo, el haz de luz parecía muy lejano.

\*\*\*\*

En las pantallas se veía con nitidez cómo movía los brazos con absoluta perfección técnica: rítmicamente, hacia atrás y hacia delante, levantando los codos de forma que tirasen de los hombros, y éstos del resto del cuerpo. Sus pies parecían no pisar el suelo. Permanecían más tiempo en vuelo, intentando recuperar la postura de impulsión hacia atrás, que en contacto con la suave pista.

Las miradas de los presentes en la sala saltaban del atleta al marcador del tiempo. Daba la impresión de que éste, el tiempo, se aceleraba.

Se acercaba el final.

\*\*\*\*

Aristos Quinto habría jurado, aunque pareciera imposible, que había sentido el haz de luz en su cuerpo al cruzar la meta. En cualquier caso, al cortarlo, dejó de oír su propia respiración, y mientras sus piernas intentaban frenar la inercia de la carrera, todos los sentidos se concentraron en sus ojos buscando en la pantalla gigante los tres números.

\*\*\*\*

Vieron cómo se aproximaba a la meta. Todos, salvo Autoridad y el ingeniero, sin apenas darse cuenta, se habían ido levantando de sus asientos según se acercaba el final de la Carrera. Se dirigieron hacia los monitores como si quisieran estar más cerca del atleta.

De pronto, por un instante, el tiempo se detuvo. Observaron con ansiedad cómo Aristos cruzaba la meta y seguía corriendo por efecto de la inercia. Cuando absorbieron en sus mentes la información de que todo había finalizado, sus miradas se dirigieron al ángulo superior derecho de las pantallas, donde tres nuevos números aparecían muy quietos: 207.

Hubo unos instantes de silencio total. El tiempo que necesitaron sus cerebros para procesar lo que ello significaba. Después, repentinamente, se produjo una explosión de júbilo. Un grito de ansia contenida estalló en sus almas. ¡La evolución era posible!



\*\*\*\*\*

Si alguien hubiese podido observar el planeta a distancia habría visto un espontáneo hormigueo por las calles de sus ciudades. Todo eran luces, gritos y bailes. La gente lloraba, reía y se abrazaba. Algunos, sentados en silencio, compartían consigo mismos la Buena Nueva. Otros coreaban, con reverencia, los nombres de Jacson, el dios, y de Aristos, su hijo.

\*\*\*\*\*

En el Centro de Comunicaciones, una a una, las personas allí presentes, respetuosamente, abrazaron a Autoridad. Este no pudo esconder cierta humedad en sus ojos. Todo se había cumplido.

\*\*\*\*\*

Un aerotransporte lo recogería. El atleta sintió que su ritmo cardíaco se normalizaba. Había comprendido el significado de los tres números. El objetivo se había alcanzado: Jacson siempre tuvo razón. Se dejó caer en el suelo agotado por el esfuerzo y la tensión. Mecánicamente, como tantas veces había hecho, agitó las piernas intentando relajar los músculos. Sabía que no habría nadie en varios kilómetros alrededor del Estadio; un cinturón de seguridad evitaba que los curiosos se aproximaran. Sin embargo, dentro de unos minutos, cuando lo sacasen de allí, comenzaría una vida nueva para él. Todos querían verlo y tocarlo. Era el hijo de Jacson, y habría de dedicar sus días a recorrer el mundo explicando sus experiencias y a compartir con todos la Buena Nueva. Su popularidad no tendría límites. La historia siempre le recordaría, pero no sabía por qué aquello no acababa de hacerle feliz. Pensó que su semen daría vida a nuevos especialistas, que iniciaría un nuevo ciclo genético. Incluso era muy posible que, tras su muerte, lo hibernaran. Pero tampoco esto le hacía sentirse satisfecho.

Todo había sido perfecto, pero en el inmenso Estadio vacío se sintió solo, estéril...

\*\*\*\*\*

Según iban saliendo del Centro de Comunicaciones, los miembros del Gobierno y los técnicos fueron despidiéndose, con veneración, de Autoridad y de Sheffair. Inmediatamente, marcharían hacia sus respectivas ciudades para participar en los actos de celebración de la Buena Nueva.

Cuando el anciano y el ingeniero quedaron solos no pudieron evitar cruzar una mirada de profundo cansancio.

—Este es el momento, amigo mío —dijo Autoridad a Sheffair—. ¿Tiene

alguna duda?

—No, señor. Todo es perfecto así.

—Yo he de ser testigo. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, señor. Lo comprendo.

El ingeniero sacó de un bolsillo una pequeña cajita y, tras abrirla, extrajo de ella una cápsula.

—Siéntese —le susurró Autoridad mientras lo guiaba con suavidad al mismo sillón que antes ocupaba. Cuando se hubo sentado, con el gesto que el acto mil veces pensado convierte en mecánico, el ingeniero introdujo la cápsula en su boca y, con un movimiento seco, la tragó. Autoridad se sentó a su lado.

—No sufriré —le dijo con voz baja y serena—. Pero usted y yo sabíamos que todo tenía que cumplirse. Así estaba ordenado.

Sheffair asintió en silencio. Sintió cómo las fuerzas comenzaban a abandonarle mientras el sol se ponía dulcemente por occidente. Su mente comenzó a inundarse con imágenes de su esposa y de Julia. Muy lejanas, le llegaban las palabras del anciano.

—Mis antecesores dieron al hombre una fe que alentara sus vidas e hiciera posible la supervivencia de nuestra especie, tantas veces empeñada en autodestruirse. Era la fe en la evolución y en el perfeccionamiento sin fin de la estirpe humana. Ésta deberá ser la nueva religión. Pero usted y yo, amigo mío, hemos dado algo por lo que vivir a las generaciones futuras. Los dos conocíamos desde hace años su misión y para ello se preparó con empeño. Hoy todo se ha cumplido y los hombres lo celebran alborozados. Comienza una nueva era para la humanidad. Usted sabe que, hace siglos, parecía demostrado que la evolución del hombre había tocado a su fin. Se comportaba como género igual que como individuo: nacía, llegaba a la plenitud y, tras la vejez, moría. Con su dedicación y sacrificio ha colaborado a darle el viejo sueño de la eterna juventud; y el secreto, querido amigo, no es otro que la ESPERANZA.

El anciano se levantó y se acercó, pausadamente, a los grandes ventanales, desde donde vio cómo una enorme y agitada multitud rodeaba el edificio.

—Yo no me siento feliz —continuó—, aunque también he cumplido el cometido que me fue asignado en instrucciones secretas por mis antecesores. Entre usted y yo hemos alumbrado la esperanza de los demás, pero la información morirá con nosotros. Ni siquiera mi sucesor llegará a conocer la verdad. Por eso usted debe morir, y por eso el ordenador borrará la información que tiene, gracias a la cual ha sido posible este resultado. Sólo

nosotros nos iremos conociendo, ésa es nuestra única y triste ventaja sobre nuestros semejantes, la verdad total: que los tiempos de la Carrera siempre serían de 7 segundos y 207 milésimas. Así se había previsto. No importaba lo que tardase el atleta, ese número siempre saldría en las pantallas. Usted preparó el ordenador para cumplir esta misión y para que después lo olvidase. Somos los dos únicos que lo sabemos y por ello debemos morir con el secreto. Yo hubiera querido ser el primero, amigo mío. Querría estar en su lugar. He vivido con la amargura que supone tener las respuestas a las preguntas, y hoy estoy cansado... muy cansado... ¿Dónde encontraremos nosotros la Esperanza?

Las últimas palabras nunca llegó a oírlas el ingeniero. Había muerto momentos antes. Asépticamente. En silencio.

Cuando Autoridad salió del edificio no vio a la multitud, que era, a duras penas, contenida por las fuerzas de seguridad. Ni oyó sus cánticos, ni sus gritos desbordantes de alegría. Sólo levantó la mirada y observó cómo caía el sol tras las montañas. Y pensó: “¡Qué hermoso...!”

FIN

### **Contenidos adicionales**

Al lector:

Cuando usted compra una película en cualquier formato le suelen proporcionar el making off, que en el idioma de Shakespeare no significa más que “cómo se hizo”. Pues bien, por sugerencia del editor, nos planteamos el hacerlo con El récord. Pero no “cómo se hizo”, sino por qué se hizo: ¿cuál es su lógica? ¿Sus planteamientos son una utopía o una necesidad?...

En realidad la novela, escondidas entre la intriga y el suspense, desliza múltiples ideas que son, en definitiva, las que me motivaron a escribirla. Hablemos de ello si le apetece.

He de comenzar haciendo una precisión. Cuando escribí el original de este libro lo titulé El récord, así que me permitirá, por razones sentimentales, que cuando haga referencia a él siga usándolo.

Como habrá observado, a pesar de situar su acción en el futuro, se aleja de las sociedades inhumanas y robotizadas que suelen crear los autores de ciencia-ficción. Yo no creo en ese hombre autómatas y en esas sociedades frías y tecnológicas; por esto no los reflejo en mis escritos. Desde hace tiempo siento pasión por estudiar y conocer el tránsito, durante los últimos miles de años, del

hombre por la Tierra, y ello me ha enseñado que éste no varía fundamentalmente con el paso de los siglos. Comete los mismos errores una y otra vez, y difícilmente aprende algo de ellos. Tendemos a pensar que nuestras actuales habilidades técnicas nos hacen ser mejores que las generaciones anteriores, y es una apreciación profundamente errónea.

Efectivamente, la historia nos demuestra que el hombre de hace dos mil quinientos años que paseaba por las calles de Atenas no era diferente al de ahora. Le preocupaba su bienestar, la economía, los hijos, la política y los deportes, a los que era tan aficionado que incluso las guerras se detenían durante los Juegos Olímpicos. Le gustaba tomar copas con los amigos para charlar sobre los últimos cotilleos políticos de la ciudad, sobre el próximo divorcio sonado o sobre los resultados deportivos. Deseaba amar y ser amado. Se preguntaba quién era y adónde iba. ¿Le parece muy distinto de nosotros?

Por tanto, tampoco existen argumentos para pensar que el ciudadano del futuro vaya a ser diferente del actual. La tecnología contemporánea, como la que en los siglos venideros seamos capaces de desarrollar, nos proporciona comodidades y formas más fáciles y masivas de matarnos los unos a los otros; pero el hombre, en esencia, es y seguirá siendo el mismo.

Pensé que sería interesante desarrollar las ideas que, incrustadas en la trama, sustentan la novela. En esta ocasión, sin embargo, dejaremos el futuro. Realizaremos un viaje al pasado y al presente con el propósito de visualizar, a través de él, el mundo del universalismo y las razones de la necesidad de convertir el planeta Tierra en la patria única de todos sus habitantes.

Así pues, asomándonos de nuevo a la ventana del tiempo, la misma que nos ha permitido observar nuestra civilización dentro de quince siglos, emprendamos juntos un viaje hacia el pasado y el presente.

## I

### **La encrucijada**

Las primeras páginas de El récord, en trazos rápidos, nos sitúan en una sociedad nacida de una revolución de perfil universalista que ha conseguido hacer del planeta Tierra el hogar de todos los que lo habitamos, y por medio de este logro, una sociedad más perfecta que la actual.

La trama se sitúa alrededor del año 3500 de nuestra era. Es decir, mil quinientos después de nuestra época. Supuestamente —y no tan supuestamente, como veremos—, el hombre del siglo XXI había llegado a un callejón sin salida, encontrando en el universalismo la única solución posible

para poder sobrevivir.

En 1939 Albert Einstein escribía una carta al presidente Roosevelt en la que defendía la constitución de un Gobierno mundial, como único garante posible de la paz global. Lo hizo cuando previó las consecuencias que tendrían para la humanidad las últimas aplicaciones de la ciencia y tecnología al arte de la guerra.

Cuando Truman, en 1945, dio la orden de lanzar sobre Japón la primera bomba atómica, comenzó una nueva e inquietante etapa en nuestra historia. El hombre, por primera vez, tenía la tecnología necesaria para borrarse de la faz de la Tierra, pero no la inteligencia suficiente para controlar ese enorme poder de destrucción.

Este gran cambio tecnológico, entre otros, es el que hace necesario introducir profundas reformas en la organización del hombre sobre el planeta, destinadas a garantizar su supervivencia.

Las mentes más brillantes de la ciencia del siglo XX señalaron, una y otra vez, la necesidad de formar un Gobierno mundial como único medio para dar respuesta a los problemas y peligros que se ciernen actualmente sobre nosotros. Isaac Asimov insistía en ello cuando escribía:

“Los problemas del mundo, los verdaderamente serios, tienen carácter global: la superpoblación, la contaminación, la guerra nuclear, son irresolubles para cualquier nación o grupo de naciones. En suma: necesitamos, urgentemente, un Gobierno mundial”.

Einstein, Asimov y otros grandes profetas del pasado siglo XX, que nutren a la ciencia y a la tecnología actuales y previsiblemente a la del futuro, lo vieron

claro: nuestra tecnología ha avanzado bastante más que el nivel de competencia del hombre, el cual, por este motivo, ha dejado de controlarla. Este peligroso instrumento, puesto en manos de los inevitables inconscientes e irresponsables, acabará por destruir a la humanidad si no se adoptan las medidas adecuadas. En esta convicción se basa el Primer autor para liderar la revolución universalista; conscientes, de que, si no luchamos para conseguirlo, las estructuras político-económicas existentes, por estar trasnochadas y hallarse cómodamente situadas, arrebatarán cualquier posibilidad de futuro al hombre como individuo y como género. Las soluciones jamás partirán de los que ya están instalados en el poder, pues se sienten satisfechos en él y, frecuentemente, piensan como aquel gran cínico al que le preguntaron: “¿Cuándo cree usted que acabará el mundo?”. A lo que respondió sin pestañear: “Cuando yo muera”. Es indudable que las necesarias soluciones deberán partir de gentes nuevas con ideas distintas. Eso simbolizan las clases dirigentes en El récord.

La necesidad de esta profunda evolución es evidente; las armas de destrucción masiva han situado a la humanidad ante una peligrosa encrucijada: o las destruye o será destruida por ellas. Mas es preocupante observar cómo el comportamiento de los hombres no varía, aunque existan miles de años de distancia entre ellos, cuando las circunstancias son idénticas. Los gobiernos y poderes fácticos, sea cual sea su signo político, no han reparado nunca en pagar en vidas humanas el precio que sea necesario, en nombre de los pueblos —que es como siempre dicen actuar—, ante la perspectiva de unos beneficios económicos o de una eventual pérdida de su poder. Las capas dominantes siempre encuentran una excusa, religiosa o territorial, que justifique la intervención de las naciones en los conflictos detrás de cualquier bandera. Mientras existan tribus o países sobre la Tierra existirán las guerras. Esta convicción es lo que motiva la revolución que contempla la novela.

De todos es sabido que Estados Unidos utilizó bombas atómicas contra Japón en 1945, pero ha habido otros momentos en la historia reciente en los que se ha estado al borde del enfrentamiento nuclear. Durante la guerra fría el llorado presidente Kennedy no dudó, ni por un instante, en colocar a la humanidad al borde de una nueva guerra mundial cuando exigió a la Unión Soviética que retirara los misiles provistos de cabezas nucleares que había instalado en Cuba, país independiente que los había aceptado, del mismo modo que Turquía permitió desplegar los estadounidenses junto a la frontera soviética. En esta ocasión, el mundo se pudo librar del desastre porque el primer ministro soviético, Kruschef, acabó cediendo y decidió retirar los misiles cuando la guerra parecía inevitable. Pero mientras Kennedy vivió los últimos días de la crisis encerrado en su refugio nuclear, nosotros, los ingenuos que habitamos esta hermosa y sufrida Tierra, nos movíamos por su superficie sin ninguna protección y sin tener la menor posibilidad de controlar las graves decisiones que se tomaban desde lugares lejanos.

Si esto lo han hecho naciones en las que, teóricamente, existen mecanismos de control sobre sus gobernantes, ¿qué se puede esperar de países con menos garantías y poseedores también de esta capacidad de destrucción, como es el caso de Pakistán, la India, China, Israel, Corea y una larga lista de países europeos? Con toda seguridad nuevas naciones se irán incorporando en el futuro al “club nuclear”, sin olvidar el posible acceso a esta categoría de incontrolables grupos terroristas internacionales.

Einstein, Asimov y otros sabios planteaban: “No caben soluciones locales a problemas con perfiles universales, y es de todo punto imposible que las más de doscientas naciones, con sus correspondientes gobiernos, que componen el mapa político actual, lleguen a acuerdos suficientes para resolver tan graves y perentorios asuntos”.

Pero los riesgos actuales son mucho más amplios: ¿Alguien puede creer, con un mínimo de sentido de la realidad, que los accidentes que ocurran en una central nuclear de cualquier país no sean temas que nos incumbe a todos? ¿Que la existencia de fronteras puede evitar que el desastre le afecte, como ya ocurrió con Chernóbil?

¿Alguien puede pensar que las múltiples y caras estructuras estatales de nuestro planeta pueden proporcionar garantías razonables para evitar que el hambre existente en el mundo no acabe derivando en un enfrentamiento destructor entre las naciones ricas y los pueblos que no tienen nada que perder, salvo la miseria?

¿Alguien puede garantizar que los países que poseen armas de destrucción masiva no terminen por utilizarlas si las circunstancias los empujan a ello? ¿Puede afirmar que las fronteras y gobiernos existentes representan algún tipo de seguridad para evitar las consecuencias de la radiactividad, que segaría la vida del hombre sobre el planeta?

¿Alguien puede esperar que un país renuncie a su desarrollo industrial, poniendo en peligro su crecimiento económico, para no destruir con sus gases contaminantes los bosques que generan el oxígeno necesario para el mantenimiento de la vida en nuestro planeta, sin que un poder político superior le obligue a ello?

Para situarnos más fácilmente en la realidad actual, intentaremos reflexionar sobre las claves que sustentan nuestra atribulada sociedad. En la novela la contemplamos desde una terraza situada en el futuro. Es un paseo, a vista de pájaro, sobre una sociedad donde el universalismo es una realidad de la que disfrutan todos los habitantes de la Tierra. Una civilización donde las guerras han desaparecido por no existir países. Donde la economía globalizada permite que cada región cubra las carencias de otras, por medio del libre intercambio de mercancías. Donde el hombre transita libremente por el mundo, sin más fronteras que sus propios deseos, y no a impulso del hambre. Donde los intereses nacionales que afectan al medio ambiente han desaparecido con la supresión de todas las naciones, y donde el marco jurídico y la lengua es la misma para todos. En definitiva, una sociedad casi perfecta.

## II

### **El mundo en que vivimos**

Parece sensato que, antes de cualquier otra consideración, comencemos por analizarnos nosotros, los hombres y las mujeres que conformamos la materia

prima de la sociedad, ya que somos la esencia de nuestros propios desvelos, pues nada es más amado que uno mismo y el género al que pertenece. Ambos sexos están unidos por una mayoría abrumadora de características comunes, conformando lo que denominamos la especie humana.

Somos un género animal que, como cualquier otro, está guiado por el instinto de la supervivencia, siendo éste el motor que todo lo mueve. Por él amamos, comemos, practicamos sexo, luchamos por superarnos, nos organizamos en grupos, buscamos seguridad y por él tememos a la muerte.

Estas características comunes son matizadas, posteriormente, por la biología. Cada uno de los dos sexos ha venido desarrollando a lo largo de cientos de miles de años comportamientos peculiares que lo distinguen del otro. El periodo prehistórico nos creó, básicamente, como somos. Fue una etapa larga, de cientos de siglos que, comparada a la que conocemos como era histórica —de apenas treinta siglos—, tuvo la mayor significación en nuestros pequeños comportamientos diarios: todos seguimos mirando ensimismados los dibujos que el fuego realiza en la chimenea, produciéndonos percepción de seguridad y hogar. Se debe a que durante miles de años supuso para el hombre el único medio para romper las tinieblas de la noche, protegerse del frío y de las fieras, quedando esas sensaciones impresas en nuestro inconsciente, incluso, tras haber perdido aquellas utilidades. Asimismo, durante cientos de años, el macho del género humano salía a cazar con el objeto de alimentarse. Durante este periodo desarrolló su capacidad de colaborar en equipo, el establecimiento de estrategias, el trabajo y el esfuerzo físico. Mientras, la hembra permanecía durante una gran parte de su vida en las cuevas procreando, desde lo que hoy sería muy temprana edad, y cuidando de la prole. Para ella era esencial que el hombre retornara con los alimentos necesarios para ella misma y sus hijos. Esta necesidad le llevó a desarrollar el arte de la seducción, como método para garantizar que el varón atendiera sus necesidades vitales, incluida la de procrear. En nuestros tiempos actuales se siguen reproduciendo estos comportamientos, aunque en los países avanzados más por inercia —memoria inconsciente— que por necesidad real, dada la mayor autonomía de la mujer. No obstante, existe toda una industria alrededor de estos comportamientos: la moda, los cosméticos, etcétera... Empresas que tradicionalmente encuentran su mejor cliente en la mujer.

Históricamente, también es preciso que cuando una sociedad consigue altas cotas de estabilidad y seguridad estos matices en los comportamientos se diluyan, apareciendo mayores semejanzas entre el hombre y la mujer, puesto que ella ya no necesita de él para su manutención. No obstante, cuando esos conceptos de estabilidad y seguridad vuelven a desaparecer —por ejemplo en la Edad Media, al final del Imperio romano—, de nuevo se retorna a los cánones originales.



También, por las mismas razones históricas, el hombre desarrolló el espíritu aventurero —dada la necesidad de salir en búsqueda de alimentos—, mientras la mujer presenta en general un carácter más sedentario y hogareño.

Por otro lado, nuestra especie, desde la noche de los tiempos, ante el cotidiano sufrimiento y la conciencia de la propia muerte, ha necesitado crear religiones que le aportaran esperanzas de una posible vida trascendente.

En definitiva, lo que sustancia nuestra forma de ser es producto de la biología, del instinto de la supervivencia y de la historia. Por ese orden. Condiciones y diferencias que se matizan cuando varían las circunstancias socioeconómicas.

El sentido de la propiedad es otra manifestación del mismo instinto. El hombre prehistórico —y nuestros comportamientos siguen siendo idénticos— defendía su cueva para sí y los miembros de su familia, con el fin de protegerse de los elementos y de las fieras. Marcaba y cuidaba su zona de caza, y posteriormente de cultivo, para asegurarse la subsistencia. Éste es el origen de los países tal como hoy los conocemos, y dentro de dichas zonas procuraban organizarse para defenderlas. Es ésta la razón última que hace fracasar cualquier sistema político —por ejemplo el comunismo— que pretenda abolir la propiedad privada: atenta contra una de las manifestaciones del instinto de supervivencia del hombre. Y una filosofía política que no tiene en cuenta la forma de ser de éste, supone, simplemente, una aberración.

Bien, pues a la humanidad actual, realmente, nos ha tocado vivir una curiosa etapa de la historia del hombre sobre la Tierra. Cohabitan las diversas sociedades y los diversos estadios de evolución que han existido a lo largo de los siglos: la tribu, el Medioevo, la sociedad industrial y la tecnológica.

Las dos primeras han coincidido en el tiempo durante miles de años, ignorándose normalmente la una a la otra. Las siguientes han nacido y evolucionado más recientemente, a partir de la revolución industrial, y lideran el mundo contemporáneo.

En África y Suramérica aún perviven hombres y mujeres organizados en tribus, tal y como lo hicieron nuestros antepasados hace miles de años. Se diría que el tiempo se detuvo en ellas. Se trata de organizaciones sociales débiles que, inevitablemente, están condenadas a desaparecer al entrar en contacto con las otras. Su capacidad de subsistencia está ligada a una naturaleza que pueda alimentarlas y a un número no excesivo de miembros, pues sólo así sus estructuras sociales pueden seguir funcionando con un bajo nivel de especialización: un jefe o monarca, que ostenta el poder político normalmente basado en principios divinos y controla a los guerreros que lo sostienen; y un hechicero que tiene el monopolio de la religión y la instrucción. Cuando estas comunidades crecen, en vez de permanecer unidas e irse constituyendo en

sociedades más fuertes, se subdividen y dan lugar a nuevas tribus que, habitualmente, acaban enfrentándose entre ellas. Según aumenta el número de habitantes del planeta, va quedando menos espacio para ellas y, aunque nos inunde un hondo sentimiento de melancolía, poco podemos hacer para evitarlo: la evolución es un viento excesivamente vigoroso y, del mismo modo que los animales no adaptados al medio tienden a desaparecer, los grupos humanos que no toman su tren tienen problemas para subsistir.

Por otra parte, fundamentalmente en África y Asia, se encuentran todavía múltiples países inmersos en la más profunda Edad Media. Un ejemplo de ello lo constituyen los actuales países árabes, que reúnen todas las características que definen esa etapa: la atomización de los reinos, las inmensas desigualdades sociales y económicas, el aislamiento de sus pueblos —cuyas autoridades intentan alejarlos de influencias externas—, el origen divino y patrimonialista del poder, que entremezcla lo político y lo religioso, y el fanatismo con que este último factor es potenciado.

Como decíamos, a través de estos países estamos siendo testigos directos de la Edad Media. Este anacronismo comparativo, más allá del enfrentamiento entre palestinos e israelíes, constituye una de las causas profundas por las que los dirigentes islámicos perciben como una agresión contra sus intereses las informaciones e imágenes que llegan a sus pueblos desde Occidente. Son manifestaciones de un mundo distinto al suyo que ponen en peligro la estabilidad del poder político-religioso de sus estados. Dichas informaciones, por efecto de la globalización, dan a conocer a sus gentes una sociedad donde los derechos de la mujer y el hombre se igualan, donde los gobernantes son elegidos y juzgados por sus pueblos, donde los ciudadanos no son súbditos, donde la tortura y la esclavitud están desterradas, y donde las religiones permanecen en el ámbito de lo privado. Este cúmulo de factores diferenciales,

que atacan directamente las bases que sustentan el poder de aquellas clases dirigentes, hace que estas reaccionen defensivamente, fanatizando a sus ciudadanos por medio de la religión y la incultura, intentando proteger su mundo de las influencias de Occidente, al que señalan como enemigo. Muchos de estos dirigentes— por cierto, enriquecidos a niveles de Las mil y una noches—son los culpables de no aprovechar el momento histórico que atraviesa el mundo para modernizar sus sociedades, utilizando adecuadamente los inmensos recursos económicos que el petróleo les proporciona —otro tanto ocurre en México, Brasil o Venezuela—. Sus ciudadanos deberían reclamarles urgentemente este derecho, antes de que los pozos se sequen y sólo les quede la arena del desierto para subsistir.

Es cierto que no todos los países árabes tienen petróleo, pero son varios los que lo poseen en cantidades enormes. Deberían ser sus dirigentes los que

lideraran el desarrollo en esas regiones del planeta, en lugar de pasearse por las zonas más exclusivas haciendo ostentación de sus riquezas. Estas mismas clases, políticas-religiosas, son las responsables de mantener a sus ciudadanos en el Medioevo, pues saben que, mientras estén en él y entre ellos reine la incultura, no les reclamarán su derecho a una razonable distribución de la riqueza y a un uso más útil de la misma. En varios países orientales, incluida China, con una cultura milenaria que hasta hace pocos años se hallaba inmersa en la Edad Media, la evolución hacia la sociedad industrial se ha desarrollado con desigual fortuna hasta la actualidad.

Los países latinoamericanos, por su parte, muestran sociedades que, aun teniendo su raíz en la cultura occidental, dan continuos pasos atrás y adelante, con fuertes bandazos de derecha a izquierda, debatiéndose entre el caciquismo endémico que las corroe y los intentos de progreso sociopolítico. Este particular comportamiento errático encuentra su explicación en sus mismos orígenes: nacieron de la España y el Portugal del Medioevo y del mundo aristocrático que dominaba la época del descubrimiento, que implantó en aquellas tierras sociedades fundamentalmente agrícolas. La revolución industrial y la francesa se desarrollaron muy lejos de sus fronteras, por lo que su influencia les llegó solo con cuentagotas. Por este motivo oscilan todavía entre ciertos hábitos de la Edad Media e irregulares intentos de constituirse como Estados modernos. Al igual que los países árabes, no están aprovechando sus recursos naturales para modernizarse, incluido el petróleo, abundante en algunas regiones.

Este fenómeno no se reprodujo en América del Norte porque sus primeros pobladores europeos procedían de sociedades más avanzadas, donde ya había nacido una burguesía industrial y comercial fuerte. Esta circunstancia hizo que la colonización practicada fuera distinta de la desarrollada, algunos siglos antes, por los conquistadores procedentes de la península Ibérica.

En una situación similar a la de Latinoamérica se encuentran las naciones que surgieron del naufragio de la antigua Unión Soviética, a las que resta un largo y duro camino por recorrer antes de sustituir las obsoletas estructuras desaparecidas por otras más acordes con los nuevos tiempos.

Por último, cabe aludir a las denominadas democracias occidentales que, tras superar las anteriores etapas evolutivas, lideran hoy el progreso socioeconómico mundial. Para recorrer ese camino, el de la evolución, tuvieron que vencer grandes dificultades: hubo momentos de profundos retrocesos y otros de significativos avances sociales. En términos generales se puede afirmar que los Estados democráticos son hijos del pensamiento y la organización grecorromanos, recuperados en Europa durante el Renacimiento, y de las revoluciones industrial y francesa.

Geográficamente estos países se distribuyen entre Europa, América del Norte, Australia y Japón. Aunque con ligeras diferencias, sus poblaciones gozan de un nivel de bienestar que nunca antes se había alcanzado; al mismo tiempo, tienen una conciencia de culpabilidad por la miseria existente en otras partes del mundo que obedece más a sentimientos potenciados con fines difusos, que a una relación de causa-efecto entre la riqueza de estas sociedades y las carencias de las demás. Estados Unidos es la que ostenta el liderato de todas ellas.

La situación actual, en la que una sola nación ejerce como superpotencia, se ha repetido en otro momento de la historia. En su tiempo lo fue Roma, a quien el mundo demandaba que desempeñara el papel de centinela. En general, lo ejerció con prudencia y no poca sabiduría. Su prestigio era tal que, habiendo sido invadido Egipto por un rey vecino, ambos aliados de Roma, el Senado envió una embajada a la corte del monarca invasor para hacerle desistir de su empeño. Este, tras oír sus argumentos, dijo que lo estudiaría. El embajador romano trazó un círculo en el suelo a su alrededor y le dijo que la respuesta tendría que dársela antes de salir de él. Inmediatamente el rey invasor retiró sus tropas. Con todo, los conflictos no siempre se resolvían sin hacer uso de las armas, aunque es cierto que el mundo disfrutó de la más larga etapa de paz que el hombre ha conocido.

Tras la caída de la Unión Soviética, los “nuevos romanos” —como los definió Churchill— son los Estados Unidos. Por ello, deberíamos pedir a sus gobiernos la máxima prudencia y sabiduría en el ejercicio de su estatus de superpotencia única. Es cierto, no obstante, que la variable que implica la existencia de armas nucleares, químicas o bacteriológicas, al igual que tantos otros problemas universales, dificulta de tal manera esa función que, prácticamente, la imposibilita. La capacidad de destrucción masiva, relativamente con pocos medios, está hoy en manos no sólo de muchos países, sino, incluso, de grupos de fanáticos dispuestos a cualquier cosa. En consecuencia, es imposible ejercer la función de centinela del mundo sin someter, al mismo tiempo, al conjunto de la humanidad a un riesgo que no puede asumir, aun suponiendo la mejor voluntad en la utilización de esa capacidad.

Con el fin de concretar mejor el enfoque general de las ideas que propone El récord, resultará interesante ofrecer, sin pretensión de ser exhaustivos pues ello podría llegar a aburrirnos, una rápida fotografía, a vista de pájaro, del mundo que nos rodea y de los obsoletos mecanismos de poder que lo mueven: los Estados, la economía, la cultura, la ciencia, la información, la religión y tantos otros elementos que, por cotidianos, su significación y peso real sobre nuestras vidas pasan a menudo inadvertidos.

### III

#### El Estado

La capacidad para organizar la vida en común y la habilidad tecnológica que el hombre ha sido capaz de desarrollar a lo largo de su existencia, son las cualidades que le han permitido expandirse por toda la Tierra y no sucumbir en la larga noche de los tiempos, como les sucedió a tantas otras especies.

Los Estados son los instrumentos de organización de los pueblos. Su inexistencia, posibilidad propugnada desde el anarquismo, nos abocaría al desorden más primitivo, ya que aquél defiende la tesis de que cada hombre individual debe establecer sus propias reglas de convivencia, lo que derivaría en la incapacidad de crecer como género, así como en una insalvable situación

de inseguridad individual que nos conduciría al caos y, por ese mismo camino, a la selvática ley del más fuerte. De ahí a la desaparición de la especie habría sólo un paso. Obsérvese lo que sucede —por ejemplo, en el caso de la guerra de Irak cuando un Estado se derrumba sin ser sustituido, inmediatamente, por otro: las pasiones, egoísmos y ambiciones individuales se traducen en asesinatos, saqueos y otras calamidades, que hacen imposible cualquier intento de convivencia colectiva, indispensable para que los ciudadanos se puedan desenvolver en paz. El anarquismo es una alternativa de gran belleza poética que sería posible llevar a la práctica si fuésemos ángeles. Sin embargo, por desgracia, eso no es así; por ello debemos aprender a querernos, conocernos y respetarnos tal y como somos.

Los Estados nacen de la intuitiva necesidad del hombre de estructurar su convivencia con el propósito de subsistir, y se articulan en torno a un conjunto de instituciones necesarias para conseguir ese objetivo. Desde los primeros tiempos, las sociedades que han alcanzado altas cotas de estabilidad y civilización han sido aquellas que supieron consolidar mejor su organización social. El Estado tiene una función clave en la consecución de ese objetivo.

Mientras los pueblos o tribus fueron de reducidas dimensiones solían elegir un jefe o rey, un igual entre ellos, a quien confiaban las labores sacerdotales, con el objeto de mantener una buena relación con el dios del lugar: el Sol, el Agua o la madre Tierra. Pero las decisiones importantes se solían tomar con la participación de todos. Era la democracia perfecta, sin clases sociales, que funcionó con frecuencia entre los pueblos primitivos hasta que su población aumentaba y la organización de la comunidad se hacía más compleja.

A partir de ese momento comenzaron a especializarse las funciones. El rey ya

no tenía tiempo suficiente para asumir todos sus cometidos y comenzó a nombrar “funcionarios” que actuaban por delegación. Así nació la burocracia. Después se hizo preciso que alguien se ocupara de los caminos, la higiene, el comercio, etcétera, y nombró personas competentes para el desempeño de cada función. Así nacieron los ministerios.

Llegados a este punto, como debido a su elevado número no todos los ciudadanos podían participar en las asambleas que tomaban las decisiones, se nombraron delegados de aquellos para que los representasen en ellas y asumieran la función de asesorar al rey e intervenir en las decisiones de mayor calado: decretar impuestos, legislar, declarar una guerra... Fue así como nacieron los parlamentos.

Finalmente, cuando la tribu o la ciudad en su crecimiento tropezaba con otra vecina, estableció criterios defensivos sobre el territorio que venía ocupando, en previsión de conflictos. Nacieron así, como organizaciones estables, las naciones con sus fronteras y los ejércitos para defenderlas.

A lo largo de la historia, y con diversas variables, estas han sido las raíces de las que han germinado los Estados actuales y las instituciones que los componen. Fue Roma la que llevó a su más alta expresión el concepto de “Estado”, del que puede decirse fue inventora. Ello tuvo lugar a raíz de su expansión por Italia, cuando dejó de pensar en términos de aldea y tribu, para hacerlo como nación provista de una misma lengua y unas mismas leyes que regularan la convivencia.

Esta estructura se ha mantenido con irregular suerte a lo largo de la historia. En ocasiones, el brazo ejecutivo ha usurpado el poder de los parlamentos, dando lugar a lo que calificamos como dictadura. En cambio, cuando las funciones parlamentarias, judiciales y ejecutivas se han mantenido separadas entre sí y los ciudadanos que desempeñan tales funciones han sido elegidos por sufragio popular, nos encontramos ante lo que llamamos democracia.

La historia de la humanidad es una continua carrera de relevos de naciones y de formas de gobierno asociadas a ellas, no existiendo verdades más efímeras que las políticas.

Si observamos a nuestro alrededor con cierta perspicacia, llegaremos a la conclusión de que, en ciertos aspectos, nos encontramos aún en la era de las tribus. No hemos superado esa fase. Como antes explicábamos, una tribu, con su civilización a cuestas, crecía inexorablemente a costa de otra que, por ser más débil o estar peor organizada, era absorbida por la primera. ¿Observa usted, querido lector, muchas diferencias con lo que pasa en la actualidad?

El mundo en que vivimos cuenta con más de doscientas tribus o naciones, con sus correspondientes Estados, que, como siempre ha sucedido, siguen

guerreando sin descanso entre sí. De hecho, el pasado siglo XX ha tenido el dudoso honor de ser el más prolífico en guerras de toda la historia de la humanidad.

Los modernos Estados, como decíamos, hunden sus raíces en la organización romana, y han quedado obsoletos para resolver los nuevos problemas que plantea al hombre el mundo actual. Es función básica de cada uno de ellos proporcionar a sus ciudadanos seguridad, bienestar y perspectivas de futuro. Sin embargo, como ya advirtieron los grandes científicos del siglo XX, la tecnología actual los ha convertido en anacrónicos. Ha conseguido, entre otras cosas, que dichas naciones y los gobiernos que las dirigen se vean incapacitados para cumplir con las funciones básicas que justifican su existencia; en consecuencia, se hace preciso evolucionar hacia una nueva forma de Estado que contemple la Tierra como una unidad y al hombre como ciudadano universal. Es la auténtica revolución pendiente.

A todos, incluso desde una perspectiva egoísta, nos interesa que se resuelvan los acuciantes problemas de hambre que padece el Tercer Mundo. Pues, de no ser así, sus habitantes intentarán emigrar pacífica o violentamente hacia los países occidentales. No tienen nada que perder en el envite, ya que sólo poseen el monopolio del hambre, y frente a esta no hay frontera eficaz.

Si Pakistán y la India, países que poseen un importante arsenal nuclear y que se hallan en permanente conflicto por la posesión de Cachemira, decidieran hacer uso de su poder de destrucción —lo que no dudarían en plantearse si, en algún momento, se vieran en posición de franca debilidad—, nuestras fronteras y gobiernos no podrían hacer nada para impedir que la radiactividad terminara con la vida en grandes zonas del planeta.

El terrorismo —que precisamente utiliza la globalización para sus fines—, se ha internacionalizado y está castigando duramente a muchas naciones; difícilmente desaparecerá de la escena mundial mientras siga habiendo países que le den cobertura y alienten. Los Estados se ven impotentes para actuar con eficacia en este terreno, por la necesidad de acuerdos globales para su erradicación. Acuerdos que son difíciles de alcanzar, si no imposibles, por la confluencia de criterios e intereses distintos.

Las contaminantes fábricas de los países desarrollados, y de los que están en vías de desarrollo, acaban todos los años con miles de hectáreas de bosques, a los que debemos el oxígeno que respiramos. Si continuamos andando por esta senda, nuestros descendientes no podrán heredar la Tierra, como dice la novela. Cada gobierno individual, por sí solo, aun suponiéndole la mejor intención al respecto, no puede hacer nada por evitar las consecuencias de este fenómeno producto de la industrialización.

El planeta se nos ha quedado pequeño. La globalización de las comunicaciones también ha provocado la universalización de alguna parte de la economía, fundamentalmente el movimiento de capitales e información, lo cual, en sí mismo, no es positivo sin estar globalizada la producción y el poder adquisitivo de los ciudadanos. Tanto es así que una bajada en la Bolsa de Tokio afecta al inversor de Londres, y que la quiebra de un banco inglés puede suponer la suspensión de pagos, y la consiguiente generación de desempleo, de múltiples empresas en otras partes del mundo. Ante ello, tampoco pueden hacer nada los Estados nacionales, que se ven incapacitados para hacer frente a decisiones tomadas a miles de kilómetros. ¿Ello no nos debería llevar a cambiarlos?

Los ciudadanos de este planeta, definitivamente, tendremos que rebelarnos algún día, y cuanto antes mejor, contra el mensaje que, con intenciones paralizantes, insisten en hacernos llegar desde los poderes establecidos en el sentido de que la creación de un Gobierno mundial es una utopía. No es cierto, como trataremos de explicar más adelante en este libro. Pero, aunque lo fuera, ¿existe algo más hermoso que luchar por un sueño?

## **IV**

### **La economía**

El concepto “economía” es tan amplio y tiene tanta influencia en el pasado y en el presente del hombre, así como en las decisiones políticas de los Estados, que, aunque sin pretender realizar un estudio exhaustivo, se hace preciso atender a sus agentes y principios más generales, con el propósito de describir lo mejor posible el mundo que habitamos.

En la novela se prevé una economía donde las grandes corporaciones han desaparecido, pues suponen un núcleo de poder difícil de controlar que de alguna forma puede imponer criterios más allá de que tengan utilidad general o no. Se plantea una economía libre, recuperando al artesano y pequeño agricultor, haciéndolos convivir con empresas de mayores dimensiones en aquellos campos especializados donde se hace necesario por su complejidad productiva. El comercio se globaliza totalmente, de forma que cada región del mundo produzca aquello que sus condiciones naturales les facilita, o bien que la propia inquietud e imaginación de sus gentes posibilite. Todo ello dentro de un marco jurídico universal.

Para que lo expuesto sea más digerible vamos a intentar, de una forma sintética, reflexionar sobre algunos aspectos básicos de la economía.



## 1. La producción

El hombre, para cubrir sus necesidades vitales, necesita abastecerse de alimentos, vivienda, vestimenta, etcétera. En el principio de los tiempos tendía al autoabastecimiento: cazaba para comer, construía una casa o buscaba una cueva para refugiarse, y curtía la piel para vestirse. Según fueron aumentando las poblaciones los individuos se especializaron en distintos tipos de producción: el granjero, el agricultor, el artesano... Surgió entonces, para satisfacer las necesidades vitales, el intercambio de bienes, que se convirtió en el antecesor del comercio tal como hoy lo conocemos.

Posteriormente, el progreso de las sociedades hizo innecesario que sus miembros invirtieran todo el tiempo de que disponían en la búsqueda de ropa o comida. Fue así como apareció el tiempo libre, y los hombres empezaron a fabricar cosas que iban más allá de las meras necesidades: cultura, ocio y un sinnúmero de bienes de segundo escalón.

Como consecuencia del aumento de la demanda, la producción aumentó igualmente y su organización se volvió más compleja; así que comenzaron a intervenir dos nuevos agentes: empresarios y trabajadores. Los primeros aportaban la idea y la financiación precisa para desarrollarla, ocupándose de dirigir la estructura productiva, bien directamente o bien de forma delegada. Los segundos, a cambio de un salario, aportaban la mano de obra necesaria para la fabricación de los bienes que la sociedad demandaba. Más tarde, como consecuencia de la evolución tecnológica, la mecanización se introdujo en los procesos productivos.

El empresario, por otra parte, actúa de forma unipersonal o colegiada, a través de sociedades o corporaciones. Cuando algunas empresas, con el transcurso de los siglos, proyectaron desarrollar su producción en varios países, nacieron las denominadas multinacionales. Este tipo de sociedades, tal y como hoy las conocemos, tuvieron su origen en la revolución industrial, cuando el artesano fue paulatinamente sustituido por empresas de mayor envergadura, que realizaban grandes producciones de bienes y que, para su subsistencia, necesitaban mercados más amplios que los del propio pueblo o país. De dicha revolución nació también la desconfianza —aún perdurable— entre empresarios y trabajadores; mas este enfrentamiento es absurdo, pues ambos son imprescindibles el uno para el otro, y los primeros harían bien en compartir los eventuales beneficios que obtuviesen con sus trabajadores —de igual forma que remuneran el capital—, haciéndolos partícipes y cómplices en la común aventura que comparten: la empresa de la que todos viven.

En la actualidad, las multinacionales han adquirido tal peso e influencia sobre la economía de los países donde se asientan, que han limitado

extraordinariamente la capacidad de decisión de sus gobiernos. Estas compañías se han desarrollado, fundamentalmente, desde lo que conocemos como el mundo capitalista.

En las economías socializadas, de tan reciente y espectacular hundimiento, el Estado se convertía en empresario, y todos sus ciudadanos en trabajadores. Partían de un principio tan hermoso como demagógico: crear un Estado de obreros en un mundo de obreros. Como primera consideración sobre este planteamiento cabe señalar su inconsistencia, pues un empresario no es más que un trabajador que se arriesga a invertir su dinero e ilusión — por tanto crea riqueza, algo imprescindible para que después se pueda repartir— y dar trabajo a otros hombres, en pos de una idea. Cuando se llevó a la práctica esta filosofía —la de la economía socializada—, lo que sucedió, en realidad, fue que se creó un mundo de obreros que trabajaban para un solo empresario: el Estado. Este ostentaba el monopolio de todos los poderes, tanto económicos como políticos, lo que no permitía que se estableciera un sano equilibrio entre ellos. Sus criterios de producción estaban más inspirados en intereses del partido dominante y de sus hombres, que en los de la colectividad. Los pueblos acabaron percibiendo todo esto y dejaron de producir, desanimados profundamente por la carencia de iniciativa individual, tal como sucedió en la Unión Soviética.

El fracaso de ese sistema de producción se explica por la propia forma de ser del hombre, pues mata la capacidad de crecimiento de las personas y no satisface la ambición de poseer, algo consustancial al ser humano como en otro capítulo comentábamos. Es ilustrativa la respuesta que un alto dirigente soviético, en la etapa final del comunismo, dio a un periodista cuando éste le preguntó cómo era posible que un país, con tales recursos naturales, tuviese tanta escasez de bienes primarios. Con flema, el mencionado dirigente, respondió: “Ellos —en referencia al pueblo— hacen como que trabajan, y nosotros, el Estado, hacemos como que les pagamos”. En efecto, la falta de libertad individual y de incentivo en el trabajo, entre otras cosas, acabó hundiendo el sistema productivo comunista.

China ha aprendido la lección. Poco a poco se está deshaciendo del comunismo, a través de una lenta evolución hacia una economía liberalizada; la laboriosidad de sus gentes y lo inmenso de su propio mercado pueden llevar en pocos años a este país a convertirse en la primera potencia del mundo. A lo largo de este camino, su sistema político acabará evolucionando hacia la democracia, algo que será posible cuando la clase media sea suficientemente numerosa. En el caso de China, no obstante, hay que poner en el haber del comunismo el inmenso paso adelante que supuso llevar a su pueblo de la miseria medieval a la pobreza actual, como paso previo e indispensable para los nuevos avances sociales y económicos que deben conseguir en el futuro.

En el otro extremo se sitúa el capitalismo, que, llevado hasta sus últimas consecuencias, tiende a crear grandes desigualdades entre los hombres. Esto debe ser corregido, sin sacrificar la creatividad de la persona, por cualquier Estado que se inspire en la justicia social.

Casi todas las naciones europeas, ante la disyuntiva entre socialismo y capitalismo, han optado por un sistema económico mixto, en el que el Estado interviene por razones estratégicas en ciertas áreas de la economía, haciendo convivir, de este modo, la socializada con la capitalista. En realidad lo que está sucediendo es que la parte de la economía liberalizada, y en manos de la sociedad civil, está ocultando las pérdidas y financiando, en condiciones de competencia desigual, los grandes déficits de las compañías controladas por el

Estado que, para sufragarlos, acuden al dinero de los impuestos de los ciudadanos a través de los presupuestos nacionales. Este sistema está condenado al fracaso. Es previsible que en los próximos cincuenta años seamos testigos de la quiebra de lo que conocemos como la sociedad del bienestar europea, a impulsos de la competencia que vendrá de Asia. Este viejo continente perderá su peso en el mundo.

En conclusión, la función del Estado debería consistir en establecer el marco adecuado para que los hombres libres desarrollen, en igualdad de condiciones, sus ideas, ambiciones y objetivos profesionales y personales, pero protegiendo a las capas más desfavorecidas, que no deben ser engullidas por la ambición y potencia de los más fuertes. Esto es lo que plantea El récord.

## 2. El dinero

Es algo que utilizamos a diario, pero pocas veces nos hemos preguntado qué es en realidad.

En primer lugar, conviene aclarar que el dinero no es más que una simple convención. Su solidez se basa en la confianza que debe tener su poseedor en que podrá cambiar ese trozo de metal, o papel, por bienes del país emisor de una determinada moneda.

El dinero nació por la necesidad de los individuos, y los pueblos, de poseer un instrumento eficaz con el que poder realizar intercambios de bienes. En la remota antigüedad, en sociedades mucho más elementales que la actual, esa transacción se limitaba al mero intercambio de mercancías entre las personas; así, por ejemplo, aquel que poseía excedentes de trigo procuraba cambiarlos por cuero para vestirse con aquel que producía más del que necesitaba. Probablemente ahí nació el arte del regateo, que todavía hoy persiste en muchos lugares del mundo, pues debía resultar difícil determinar cuánto trigo había que entregar a cambio de una piel de cordero. Cabe suponer que esas

transacciones se llevarían a cabo tras largas veladas de discusiones que, ciertamente, tendrían su encanto.

Las cosas se fueron complicando cuando, como consecuencia del crecimiento demográfico y de la especialización de la producción, comenzó a ser difícil realizar intercambios comerciales de cierta importancia y equiparar precios y valores, lo que suponía un freno evidente para el comercio a gran escala. Esta cuestión se resolvió con la ingeniosa invención de lo que hoy conocemos como el dinero. Con su nacimiento, el comercio se expandió rápidamente, pues facilitó el intercambio de mercancías, tanto entre las personas como entre los pueblos.

En un primer momento, a falta de un sistema monetario, se comerciaba tomando como elemento de referencia las gallinas, las vacas o los cerdos. De hecho, las primeras monedas romanas que se acuñaron llevaban grabadas imágenes de estos animales y recibían el nombre de pecunia, término derivado de pecus, que en latín significa “ganado”. Antes del comienzo de las guerras púnicas, Cartago poseía el sistema económico más avanzado de la época. Cuando Roma apenas había comenzado a acuñar toscas monedas de metal, los cartagineses tenían ya billetes de banco: unas tiras de cuero, estampilladas de forma distinta según su valor, que eran garantizadas por el oro de las cajas del Estado.

Pero, en realidad, ¿qué es el dinero? Como dijimos al principio, se trata de una convención, de un acuerdo no escrito, pues, físicamente, suele ser un trozo de metal o de papel sin apenas valor en sí mismo. Sin pretender ofrecer aquí un análisis de su evolución a lo largo de la historia, señalaremos algunos puntos importantes que pueden arrojar alguna luz sobre él.

Hasta hace poco tiempo, el conjunto de dinero que cada país ponía en circulación correspondía al valor total de las reservas de oro existentes en el banco estatal. Este sistema se ha prolongado desde la antigüedad hasta casi nuestros días. El dinero era una especie de cheque al portador, de vencimiento inmediato, emitido por el Estado y que el poseedor esperaba poder convertir en su valor concreto en oro o bienes equivalentes. Por ejemplo, si el banco de Francia tenía en sus arcas cien toneladas de oro, fabricaba y ponía en circulación monedas y billetes por un valor total equivalente; su división en unidades menores daba lugar a lo que se conocía como divisa o moneda nacional, a la que cada país daba un nombre distinto. Ello significaba que cualquier moneda en circulación estaba garantizada, en su valor, por el porcentaje equivalente de oro depositado en el banco estatal. En otras ocasiones, incluso, las monedas eran fabricadas directamente en oro o plata, por lo que adquirirían valor por sí mismas.

Este sistema, el del oro como patrón, dejó de utilizarse a principios de la

década de 1930, como consecuencia de la crisis deflacionista de 1929. Lo sustituyó un complejo sistema, dirigido normalmente por los bancos centrales de cada país, con mayor o menor independencia de sus respectivos gobiernos, en el que se tienen en cuenta múltiples factores a la hora de decidir la cantidad de dinero que hay que poner en circulación: las necesidades de circulante de empresas y particulares, así como de los Estados, las balanzas de pago, la inflación, el producto interior bruto, etcétera. La eficacia de esta modalidad ha sido distinta, según el uso que los gobernantes han hecho de ese poder en sus respectivas economías.

Se dan casos en los que las autoridades de un país, acuciadas por el endeudamiento de sus gobiernos, ponen en circulación grandes cantidades de dinero. En este caso, el valor de la moneda disminuye, pues equivale a un porcentaje menor del total de las necesidades corrientes de circulante. En consecuencia, con la misma moneda se pueden comprar menos bienes, lo que redunda en un encarecimiento de los productos y suele generar una inflación galopante.

Gobiernos que toman decisiones tan populistas como irresponsables, al adquirir compromisos de gastos con sus ciudadanos que superan su capacidad de recaudar impuestos —es decir, gastan más de lo que ingresan—, suelen acudir, primero, al mercado en busca de créditos. Cuando agotan estas posibilidades, normalmente por haber incumplido sus obligaciones de pago, como cualquier particular moroso, acostumbran a resolver la situación con la puesta en circulación de grandes cantidades de su moneda, que generan elevadas tasas de inflación. Éste ha sido un engaño frecuentemente utilizado por los gobiernos para encubrir su mala gestión, cuya consecuencia más inmediata es el empobrecimiento de los ciudadanos, que, de repente, se encuentran con que pueden comprar menos bienes que ayer con las mismas monedas que perciben por su trabajo; asimismo, sus ahorros pierden valor automáticamente, al disminuir su capacidad para cambiarlos por mercancías o servicios.

Con todo, no es ésta la única causa por la que puede crecer la inflación, aunque sí la más grave. Otros motivos son el aumento de la demanda respecto a la oferta —la sociedad solicita más bienes de los que produce, lo que los encarece—, así como la evolución al alza de los artículos importados, que deriva en un aumento interno de los precios.

Si, por el contrario, la cantidad de monedas que se pone en circulación es muy inferior al producto interior bruto o a las necesidades de circulante —como consecuencia de un fuerte exceso en la producción de bienes de consumo, que se acumulan en los almacenes, haciendo que la oferta supere a la demanda, o bien por la retirada de dinero del mercado—, el valor de aquéllas aumenta, al

igual que el poder adquisitivo del ciudadano. Sin embargo, las consecuencias de esta situación para la economía son aún peores que las de la inflación, pues las empresas experimentan enormes pérdidas, ya que adquirieron las materias primas con una moneda de menor poder de compra que la que reciben en el momento de vender sus mercancías. Así pues, cuando logran vender sus productos almacenados, reciben por ellos menos dinero del que costó fabricarlos. En definitiva, pierden dinero y acaban quebrando, de lo que resulta el cierre de empresas y el aumento desbocado del desempleo. Cuando se entra en una dinámica de estas características, en la que los precios de los bienes son más altos hoy que mañana, nos encontramos ante el fenómeno que se conoce como deflación.

En cualquier caso, los mercados tienden a regularse por sí solos y a producir los bienes que solicitan los ciudadanos, en las cantidades que estos demandan. Por ello, una razonable inflación controlada es sana para la economía, pues indica que nos hallamos inmersos en una sociedad dinámica. La deflación, en cambio, es síntoma de una economía en franca recesión.

Los Estados que han intentado sustituir la ley natural de los mercados —producir lo que se vende, porque es lo que los ciudadanos desean comprar— por una economía planificada —los gobiernos determinan qué bienes hay que fabricar y consumir— han fracasado rotundamente. El ejemplo más próximo lo tenemos en el derrumbe económico, que arrastró al político, de los antiguos países de la Unión Soviética que practicaban este sistema, como explicamos anteriormente.

La moneda también obedece a esta ley no escrita de los mercados: si hay demasiada en circulación, baja su valor y genera inflación; si hay poca, sube, aunque crea recesión. Por ello, sería muy interesante que las decisiones monetarias fueran tomadas por órganos técnicos independientes, que permanecieran al margen de los caprichos del partido político del momento. En cualquier caso, los gobiernos responsables deben mantener una disciplina monetaria que permita evitar las consecuencias siempre negativas tanto de la inflación como de la deflación, procurando que circule el dinero necesario para que el poder de compra de los ciudadanos no se vea afectado.

El universalismo, contemplado en la novela, adopta al producto interior bruto como patrón para la fabricación y puesta en circulación de dinero. De este modo, el circulante corresponde a la producción total de bienes de consumo, y se aleja de decisiones más o menos arbitrarias o interesadas. Para entendernos, si la producción de bienes y servicios suma cien billones —expresados en la divisa mundial—, el Gobierno debería fabricar y poner en circulación su equivalente en unidades monetarias fraccionadas; de este modo, los ciudadanos podrían cambiarlas en todo el mundo por los productos que deseen

poseer, sin interferencias políticas de ningún tipo.

### 3. Los impuestos

Los Estados han de proporcionar una serie de servicios a sus ciudadanos: sanidad, educación, vivienda, justicia, seguridad, transporte, etcétera. Para gestionar todo ello necesitan personas que se dediquen a estos menesteres — los funcionarios—, así como medios e instalaciones para llevarlos a cabo. Para financiar ese conjunto de servicios y recursos, precisan de las aportaciones económicas de sus ciudadanos que, a su vez, deben ser sus beneficiarios. Dichas aportaciones son los impuestos.

En las democracias, los gobiernos someten a la aprobación de sus respectivos parlamentos las cuentas anuales, explicando cuántos ingresos esperan recaudar a través de los impuestos y en qué los van a gastar: éstos son los presupuestos nacionales.

Los impuestos son de dos tipos: directos e indirectos. Los primeros son aquellos que se pagan en función de los beneficios obtenidos por las empresas, del rango de salario de los trabajadores y profesionales, etcétera. Los indirectos, en cambio, son aquellos que gravan directamente los productos o servicios que se adquieren: la gasolina, el vestido, la vivienda...

Los Estados hacen política por medio de ellos. Cuando desean penalizar una actividad económica, la sobrecargan de impuestos; por el contrario, cuando quieren potenciarla, aligeran su carga impositiva. Incluso se hace política “educacional” con ellos: los Estados que no desean tener ciudadanos exigentes procuran que la mayor parte de ellos, la clase trabajadora, no tenga la percepción de estar pagándolos con el sencillo truco de obligar a las empresas, para las que trabajan, a que se los retengan en sus nóminas directamente, y sean éstas las que, actuando como recaudadoras para el fisco, los ingresen en las arcas del Estado. De esta forma, el asalariado pierde de vista que es el Estado el que le está cobrando impuestos por trabajar y es más tolerante ante los errores y la corrupción de sus gobernantes, pues no tiene la sensación de que es su dinero el que se malversa.

Los Estados más avanzados responsabilizan a cada ciudadano, o entidad mercantil, del pago directo de sus obligaciones tributarias. El trabajador que, mensualmente, se ve obligado a ingresar personalmente en las cuentas de la Hacienda pública un elevado porcentaje de su sueldo, suele ser más exigente con respecto al uso que hacen de los impuestos los políticos y funcionarios.

Llegados a este punto de la reflexión, podemos expresar lo obvio: los Estados no tienen más dinero que el que aportan sus ciudadanos. En consecuencia, si los impuestos crecen demasiado, pueden ahogar la economía y hacer que pierda competitividad como resultado del encarecimiento de los productos;

por el contrario, si los impuestos son demasiado bajos, el Estado puede incurrir en déficit —es decir, gastar más de lo que ingresa—, por lo que se verá obligado a recurrir al crédito —y a satisfacer los correspondientes intereses—, o bien deberá fabricar dinero, lo que revertirá en una devaluación de la moneda que no hará sino empobrecer a los ciudadanos.

Por todo ello, es sumamente importante exigir que los gobiernos no adquieran compromisos económicos que pongan en peligro la estabilidad económica de sus respectivos países. Esto está sucediendo en Europa actualmente y, posiblemente, lo paguen las generaciones venideras con una bajada espectacular en su nivel de bienestar.

Por desgracia, de estos comportamientos irresponsables existen múltiples ejemplos: cuando unos gobiernos —caso de Argentina en los últimos decenios— potencian el subsidio de clases pasivas, normalmente en nombre de ampulosas expresiones como progreso y solidaridad, lo que en realidad se esconde no es más que una vulgar compra de votos. No les importa con ello arruinar a las clases activas, que son las que generan las riquezas necesarias para que exista algo que repartir, terminando por desanimar a éstas, agobiadas con los impuestos, y embruteciendo a las pasivas, tornándolas egoístas y consumidoras sin fin de recursos imprescindibles para el que los necesita realmente. El auténtico progreso social consiste en derrochar imaginación creando riquezas, trabajo, y en ayudar a las capas ciertamente necesitadas con los recursos nacidos del esfuerzo de empresarios y trabajadores, mas sin hundir a estos con el peso de los anteriores, pues sólo crearíamos miserias, y la miseria no es divisible.

En definitiva, las partidas presupuestarias de los Estados, al igual que las de cualquier particular, se componen de ingresos y gastos. Si es importante pedir responsabilidades a los gobernantes en relación con los impuestos que desean crear, no lo es menos hacerlo con respecto a los gastos que quieren afrontar.

En última instancia, los pueblos deben responsabilizar a sus gobiernos del uso que hagan de sus impuestos y entender que las cuentas de los Estados, como las de cualquier familia, deben mantener un equilibrio adecuado entre gastos e ingresos.

#### 4. El comercio y los precios

El comercio es tan antiguo como la presencia del hombre sobre la Tierra y se halla estrechamente ligado a su forma de ser, a la satisfacción de sus necesidades más perentorias y a sus ansias de poseer. Se trata, en definitiva, del arte del intercambio de mercancías o servicios. En otros apartados nos ocupamos de describir sus principales características, de manera que aquí nos detendremos, fundamentalmente, en analizar su relación con los precios.



En primer lugar, hemos de aceptar que todo movimiento de compra y venta es una acción comercial, tanto cuando recibimos o damos bienes de cualquier tipo —productos, servicios, etcétera— a cambio de dinero, como si lo hacemos por medio de cualquier otra forma de pago en especie. Ello nos lleva a plantearnos una consideración de fondo: ¿cómo se establecen los precios de lo que adquirimos?

El primer principio básico es que toda demanda suscita una oferta, y que si la demanda de un bien concreto supera a la oferta que de él existe, el precio subirá; en caso contrario, bajará. No obstante, todos los productos tienen un precio objetivo y otro subjetivo: el que ha costado hacerlo, y el que el mercado está dispuesto a pagar por él; de la conjunción de ambos resulta el precio final. Este principio es de aplicación universal. Cuando usted compra una casa, existe un precio objetivo —el que ha costado a la constructora hacerla, sumando los salarios de los trabajadores, impuestos, los materiales utilizados y el beneficio empresarial— y un precio subjetivo —el valor del terreno, con gran repercusión en el precio final de compra y que será mayor o menor en función de la ley de la oferta y la demanda—: si en su municipio hay abundante suelo urbanizable, la casa saldrá más barata que si éste es escaso; en el último supuesto, su precio tenderá a subir.

Como decíamos, los precios se rigen por la ley no escrita de la oferta y la demanda. Sin embargo, en ocasiones, se introducen distorsiones voluntarias —y no deseables— en ese sistema. A veces, por ejemplo, la escasez se crea de forma ficticia con el propósito no sólo de que un determinado producto no baje excesivamente de precio, sino de que se mantenga e, incluso, llegue a subir. Todos hemos leído o escuchado alguna vez que un país ha tirado al mar sus excedentes de producción agrícola porque el año ha sido magnífico y las abundantes cosechas han generado tal oferta que los precios se hundían por debajo de lo que costó producirlas a sus agricultores, lo que les podría llevar a la ruina, precisamente, por exceso. Para evitar esa sobreabundancia, destruyen parte de las cosechas y venden el resto al precio deseado.

La pregunta que todos nos hacemos es: ¿por qué no se llevan esos excedentes a otras zonas del mundo donde hacen falta para alimentar a sus pueblos? En efecto, eso es lo que habría que hacer; pero, lamentablemente, la experiencia demuestra que, cuando esto se ha intentado, el Gobierno del país receptor de la ayuda la ha revendido en otras zonas del mundo —generalmente a cambio de armas para mantenerse en el poder—, sin que haya llegado, ni siquiera una parte, a las gentes necesitadas. No se trata sólo de una práctica de gobiernos corruptos, sino también de grupos de individuos poco escrupulosos que comercian con las aportaciones humanitarias que otros ciudadanos del mundo, con su mejor intención, envían.

En una ocasión, expuse a un alto responsable europeo la necesidad de enviar los excedentes lácteos de nuestro continente a África, pues se quejaba del elevado costo de su almacenamiento. Me respondió que se había intentado en varias ocasiones, mas con resultados frustrantes, pues esos excedentes, al cabo de un tiempo, habían vuelto a aparecer en Europa, vendidos a bajo precio, afectando a los productores locales. Me explicaba que la única forma de garantizar que las ayudas llegasen a quien de verdad las necesita, sería controlando la distribución en el país receptor. Sin embargo, sus propios gobiernos lo impiden y ponen el grito en el cielo cuando ello se sugiere, argumentando injerencias colonialistas por parte de quien presta la ayuda.

Una vez más, nos encontramos ante un problema de difícil solución en el actual marco mundial.

## 5. La Bolsa

Dada la importancia y la popularidad que ha alcanzado en los últimos años, vamos a tratar de explicar a continuación qué es la Bolsa de cotización de valores.

La Bolsa nació como un instrumento financiero para las empresas, complementario o sustitutivo del crédito tradicional. A su vez, se ha convertido en un mecanismo de socialización de las compañías, pues permite que cualquier ciudadano pueda acceder a su propiedad, relativamente, por poco dinero. Las empresas que necesitan una inyección de capital para poder afrontar nuevos proyectos o estabilizar los que se encuentran en fase de desarrollo, tienen la oportunidad de conseguirlo de aquellas personas o entidades que les confían sus ahorros y que, por ese motivo, se convierten en accionistas.

La principal ventaja que tienen las compañías que cotizan en Bolsa es que, además de obtener financiación, no pagan intereses por el dinero recibido, a diferencia de lo que sucede con los créditos. El accionista o inversor, por su parte, se convierte en copropietario de la empresa y, por tanto, se halla sujeto a la evolución económica de ésta. En otras palabras, si la empresa de la que ha comprado acciones obtiene beneficios, una parte de ellos serán para él, siempre en función de su porcentaje de participación; ahora bien, si la empresa genera pérdidas, el accionista puede llegar a perder todo el capital invertido en ella.

Esta herramienta financiera, como decíamos, ha desempeñado un papel fundamental en el crecimiento de las empresas en las últimas décadas y ha socializado la participación en ellas, pues, en todo el mundo, existen millones de pequeños inversores que destinan sus ahorros a la compra de acciones en el mercado bursátil. Estas inversiones se conocen como capital-riesgo, porque, si

la empresa genera pérdidas, las acciones bajan de valor y parte de los ahorros se pierden, pero si da beneficios, el accionista puede participar de ellos y revalorizarse su participación. No obstante, existe un valor subjetivo de las acciones, que tiene cada día mayor peso, derivado de la ley de la oferta y la demanda. Si unos títulos tienen muchas solicitudes —más dinero comprador que vendedor—, su precio tiende a subir; la mayor parte de las veces, ello obedece a movimientos gregarios de los compradores más que a los resultados de las cuentas de explotación de las empresas afectadas. Por el contrario, las acciones bajan cuando el número de compradores —la cantidad de dinero comprador— es inferior a la oferta de títulos que se realiza a un precio determinado.

Este comportamiento ha provocado que los movimientos especulativos sean de tal envergadura en la actualidad, que se pueden estar sobrevalorando acciones de empresas que atraviesan una delicada situación económica e infravalorando otras con una economía saneada. En consecuencia, con el paso del tiempo, la Bolsa ha perdido su utilidad como termómetro del estado de salud de la economía de un país.

El problema radica en que se han confundido los medios con los fines. Se ha difuminado el objeto inicial de la Bolsa como captadora de financiación para proyectos empresariales, en beneficio del mero juego especulativo que busca el resultado inmediato. Ya casi nadie confía durante un tiempo sus ahorros a las mismas acciones para recibir las rentas de los beneficios de las empresas, cuando sus proyectos tienen éxito. En la realidad actual, los inversores en Bolsa compran y venden acciones compulsivamente, buscando el beneficio inmediato en la subida o bajada especulativa de los valores con que negocian. En otras palabras, la Bolsa se ha convertido, en el fondo, en algo parecido a un negocio virtual que, en la mayor parte de las veces, no genera riqueza colectiva alguna.

Sería interesante considerar el retorno de la Bolsa a sus orígenes, especialmente tras la globalización de las finanzas, pues esta provoca que los movimientos especulativos de Nueva York, por ejemplo, arrastren los ahorros de miles de inversionistas de múltiples países, que ni tienen la información ni, mucho menos, la formación suficiente como para poseer el menor control sobre lo invertido.

## 6. El crédito

Otra forma de acceder a la financiación, pero en este caso tanto las empresas como los particulares, son los créditos. El crédito es un dinero que se recibe, con el compromiso de devolverlo en un plazo determinado y con un interés previamente pactado. Dicho interés, por lo común, suele suponer unos puntos por encima de la inflación existente en el país donde se solicita.

Generalmente, los encargados de esta función crediticia son los bancos — antiguamente eran los templos—, en los que los ciudadanos depositan su dinero a cambio de un pequeño interés, en el mejor de los casos. Los bancos, a su vez, y ello constituye la base de su negocio, prestan ese dinero a otras personas o entidades necesitadas de financiación. En definitiva, se ocupan de captar ahorros de unos para prestárselos a otros, y se quedan como margen un beneficio bruto al que llamamos interés. Ello significa que en sus arcas no tienen, en ningún momento, la totalidad del dinero que recibieron de los ahorradores, pues una parte importante la han prestado a los que les solicitaron financiación. Por este motivo, si un porcentaje alto de impositores reclamara simultáneamente al banco sus depósitos, éste se vería en la imposibilidad material de devolverlos. Recientemente, hemos tenido un ejemplo de ello en Argentina, con el famoso “corralito”.

Como se puede apreciar, una de las claves de la economía es la confianza. Invertimos en Bolsa esperando obtener beneficios, pero si, por cualquier motivo, se produjese una reacción de pánico en cadena, todos querríamos vender y, por tanto, las acciones se hundirían al no encontrar compradores suficientes. Si esa misma reacción de pánico se produjese porque se pusiera en duda la estabilidad de una institución financiera en la que hubiéramos depositado nuestros ahorros, ésta suspendería pagos, pues se vería imposibilitada para devolver los fondos que en ella tuviéramos depositados, y que todos, asustados, reclamaríamos al mismo tiempo. Para impedir que puedan llegar a darse estas situaciones, la mayor parte de los países occidentales han previsto mecanismos con el objeto de evitar la quiebra del sistema financiero: apoyo de otros bancos y del propio banco nacional e, incluso, de los Estados, en última instancia, a través de los impuestos de los ciudadanos.

## V

### **La cultura y los nacionalismos**

Es indudable que El récord plantea una filosofía decididamente antinacionalista, como habrá podido ver. Pero esta convicción no nace de la visceralidad, sino del estudio de la historia, de la trayectoria del hombre en ella, de la evolución y sobre todo de la razón. A la luz de los problemas que el mundo tiene en la actualidad, la existencia de naciones supone no sólo un freno al desarrollo del hombre, sino un caldo de cultivo de conflictos continuados e irresolubles, y la hoguera donde puede terminar nuestra civilización tal y como la conocemos. En definitiva, la existencia de los países como forma de organizar nuestra vida sobre el planeta Tierra ya no sólo ha

perdido su utilidad, sino que se ha vuelto extremadamente peligrosa.

La actual defensa de los nacionalismos nace de intereses individuales, similares a los de los señores feudales en la Edad Media. Estos intereses no esconden más que ambiciones concretas de un grupo de personas, que las suelen vestir y presentar con argumentos tan vacíos como demagógicos. Pensemos en ellos.

La cultura, por ejemplo, es una de las principales bazas que esgrimen los defensores de las naciones, y de los nacionalismos, para justificar su propia existencia, pues suelen acudir al “hecho diferencial” como principal argumento para apoyar sus tesis. Por ello resulta conveniente seguir esta reflexión en estos mismos términos, ya que llevan a una considerable confusión.

Cabe suponer que el hombre partió de un tronco común, pero esto lo dejamos al debate de los antropólogos. En cualquier caso, lo innegable es que, durante siglos, fueron conformándose diversas tribus, que eran fundadas por miembros escindidos de otras, los cuales se asentaban en un lugar distinto y lo poblaban. Posteriormente, formaron ciudades que, según fueron ampliando sus dominios territoriales, dieron lugar, con el paso de los siglos, a lo que hoy conocemos como países.

El hombre, en cada uno de esos asentamientos primitivos y aislados, fue evolucionando de forma diferente a otros con los que no mantenía contacto. Desarrolló su propio lenguaje, sus costumbres, su religión, hábitos alimentarios y artesanales característicos, en función a lo que la naturaleza del lugar le proporcionaba y condicionado por ella. La suma de estas peculiaridades acabó conformando comportamientos particulares, producto de la evolución de un grupo humano concreto. Es lo que denominamos cultura de un pueblo.

Obviamente, se trata de un concepto muy amplio, cuyos componentes se entremezclan y se hallan estrechamente relacionados con las condiciones naturales del medio donde los distintos grupos decidieran asentarse. El entorno natural, en función de sus características, crea hábitos y costumbres específicas. Así, cabe pensar, que los hombres que poblaban el valle del Guadalquivir, de una naturaleza generosa, debían tener un carácter distinto a los que cruzaban los desiertos africanos. A unos, la espléndida naturaleza los invitaba a llevar una vida sedentaria; a los otros, la dureza del entorno les hizo

desarrollar, en su adaptación al medio, comportamientos nómadas, pues la tierra les ofrecía muy pocos dones como para asentarse en ella. De este modo nacieron diferentes modelos de alimentación, de valores y de hábitos; dioses adecuados a sus diversas necesidades y, por tanto, religiones con ritos

distintos; de todo ello, a su vez, resultaron costumbres y culturas diferentes.

Conforme las tribus, como consecuencia del crecimiento de su población y de la necesidad de buscar nuevos recursos alimenticios para sobrevivir, extendían sus asentamientos por las tierras que las rodeaban; inevitablemente, topaban con otros asentamientos humanos. Esto les detenía en su movimiento expansivo. Cuando dos grupos entraban en contacto, descubrían que tenían lenguas diferentes, que adoraban a dioses distintos, que sus costumbres alimentarias no eran las mismas, y que habían desarrollado técnicas y bienes artesanales diferentes, aunque descendieran de un tronco común.

Esos contactos no siempre eran amables. Sin embargo, durante un tiempo, solían convivir mirándose de reojo los unos a los otros, marcando sus respectivos territorios de caza y labranza, colocando centinelas en sus límites para guardarlos: habían nacido los países.

Más bien antes que después, por ambición o por el aumento de sus necesidades, estos grupos humanos acababan enfrentándose entre sí. El más fuerte y mejor organizado terminaba sometiendo al otro. De esta absorción, casi siempre traumática, emergía una nueva cultura con huellas de las dos anteriores. Con el paso del tiempo se consolidaba una nueva lengua, distintos dioses, costumbres, cocina, artesanía, etcétera, y así hasta que entraban en contacto con otra tribu, momento en que el proceso se volvía a iniciar.

A lo largo de la historia, estos movimientos de fusión de culturas se han sucedido ininterrumpidamente, inclusive hasta nuestros días. Y seguirá sucediendo, y nos seguiremos enriqueciendo con ello en el futuro, si no nos autodestruimos antes.

La cultura griega, que tan merecida admiración despierta, nació del mestizaje de las civilizaciones minoica, aquea y doria. Los romanos tomaron su relevo y la absorbieron, y así ha continuado ocurriendo hasta hoy. En consecuencia, lo que entendemos por “cultura” no es algo inamovible: es un estado perpetuo de evolución, producto del contacto del hombre con sus semejantes.

Profundicemos en esta reflexión tomando en consideración uno de esos componentes culturales: el idioma, que suele presentarse como un elemento cultural de primera magnitud y como un “hecho diferencial” que justifica los nacionalismos. Quizá lo primero que deberíamos preguntarnos es: ¿cuál es su objeto? La respuesta es obvia: la comunicación entre las personas. En consecuencia, parece razonable pensar que, si todos hablásemos la misma lengua, la capacidad de comunicación aumentaría significativamente. Así pues, puede considerarse una aberración demagógica que los gobiernos utilicen la lengua como un valor en sí mismo, justificativo de la existencia de sus países. No se trata de que las hagamos desaparecer violentamente.

Simplemente, que no se potencien de forma artificial desde los poderes públicos aquellas que el tiempo y el escaso número de hablantes están relegando al olvido —un ejemplo evidente de esta práctica es lo que sucede en el País Vasco español—. Dejemos, por tanto, que la historia y la evolución anden su senda de manera natural, pues de un mundo como el actual, con las comunicaciones globalizadas, acabará naciendo, necesariamente, un idioma también universal, síntesis de varios de los existentes, que facilitará la comunicación entre las gentes que poblamos la Tierra.

La historia, que es el mejor campo de experimentación sociológica de que dispone el hombre, nos ofrece múltiples respuestas al respecto; así pues, asomémonos a ella para ver qué comportamientos hemos tenido a lo largo del tiempo en estos asuntos. La cultura romana, madre de la actual cultura occidental, se conformó con la aportación de sabinos, etruscos y latinos, a la que se añaden las posteriores influencias griegas e, incluso, orientales. Se repite, pues, la constante de que el país conquistado siempre deja huella en la cultura del conquistador, a través del cual nace una nueva, con renovados bríos, que toma el relevo de la anterior. En otras palabras: las culturas no desaparecen, sino que se transforman. Intentar permanecer anclados en una de

ellas supondría ir contra la evolución y contra la historia, actitud que está siempre condenada al fracaso.

La etapa romana es sumamente ilustrativa, puesto que, durante siglos, Roma se consolidó con enorme fuerza en todo el mundo conocido: se compartían las leyes, la lengua, la arquitectura, la artesanía, el comercio e, incluso, se dieron en ella los momentos más prolongados de paz y prosperidad que ha conocido la humanidad. Fue tan rica y variada en su unidad que aún nos sigue alimentando: su concepto de Estado, sus leyes, su lengua y su pensamiento alumbran todavía al hombre. Incluso la cultura griega, de la que Roma se declaraba admiradora, ha llegado hasta nosotros a través de ella, pues, de otra forma, se habría diluido en los siglos. Ninguna otra cultura ha tenido tanta repercusión en la historia, y es una pena que la mayor parte de las veces sólo sea conocida por medio de malas películas, de los cómics de Astérix, de la propaganda política o de leyendas sesgadas que, curiosamente, han sido potenciadas por la propia Iglesia cristiana, que, de hecho, hubo de hacerse romana para universalizarse y es, en cierto modo, la heredera de las instituciones y del prestigio que dejó Roma en la memoria de los pueblos.

Tras el ocaso del Imperio romano, ese mundo se rompió en mil pedazos, y de ellos nacieron otros tantos reinos. Como consecuencia, cientos de grupos humanos, que hasta entonces habían mantenido una fluida comunicación, volvieron a quedar aislados. Así nació la etapa que conocemos como Edad Media.

El aislamiento de las docenas de reinos en que quedó subdividido el Imperio romano dio lugar, algunos siglos después, a nuevos idiomas, costumbres diferentes, religiones enfrentadas y reivindicaciones territoriales. Lo que arrastró, otra vez, a los pueblos a un rosario interminable de guerras que se prolongan, incluso, hasta nuestros días y que han dado lugar, entre otros, al actual mapa europeo.

En definitiva, debemos ser conscientes de que los hechos culturales diferenciales, que habitualmente se esgrimen como justificación de los movimientos nacionalistas y son alentados por ellos —sobre todo por quienes los utilizan para satisfacer sus ansias de poder—, tienen su origen en el aislamiento de grupos humanos. Mas no debe perderse de vista que este aislamiento ha traído mayor embrutecimiento a los pueblos —como ocurrió en la Edad Media— que las etapas de la historia en que las comunicaciones y las relaciones entre los hombres han sido fluidas.

El término “cultura”, sin embargo, no es una cuestión meramente idiomática o limitada a las costumbres, sino que alude también a las creaciones artísticas o implantaciones lúdicas que se dan en una determinada región. Al mismo tiempo, esto suele ser utilizado —en el más lamentable sentido de la expresión— por los políticos nacionalistas, que conciben el arte que se produce en su país o región como uno de los elementos diferenciales que justifican su existencia. Nos hallamos, de nuevo, ante una aberración monumental, pues no existe nada más universal que el arte. Toda obra maestra creada por la humanidad, individual o colectiva, eleva al hombre por encima de su propia esencia, y se convierte en patrimonio y solaz de todos. Sin duda, ese es el mejor premio que un artista puede llegar a recibir.

La comprensión de la cultura como un fenómeno universal y un estado perpetuo de evolución enriquecedora en su mestizaje, hace profundamente condenable que se convierta en un elemento de separación entre los hombres y, mucho más, en una disculpa para alentar y justificar movimientos terroristas desde los nacionalismos.

En conclusión, las culturas que se han ido forjando con el paso de los siglos en cada uno de los pueblos o naciones que conforman nuestro mundo, son producto de prolongadas etapas de aislamiento. Cuando éste, finalmente, desaparece, las formas culturales evolucionan al contacto con otras. Así ha sucedido y continuará sucediendo mientras el hombre habite la Tierra. Por tanto, la instrumentalización de la cultura que se hace desde determinadas esferas políticas con el objeto de justificar los nacionalismos, no es sólo un anacronismo perverso, sino, sobre todo, un atentado contra la evolución y la historia del ser humano.

Educar al hombre en la comprensión de la Tierra como un lugar común



debería ser un objetivo irrenunciable de todo ser humano, y mucho más de los que ostentan el poder político.

## VI

### La religión

La novela entra de lleno en este tema. Describe una sociedad en la que, habiendo llegado a unas altas dosis de progreso social y económico —como sucede hoy en lo que llamamos países avanzados, y lo que sucedió en Roma hace siglos—, crece la apatía, que emerge siempre cuando el hombre no encuentra nuevas convicciones por las que luchar y vivir. No somos capaces de hacer convivir ideas que den alimento a nuestros espíritus, junto a un materialismo que nos proporcione seguridad y bienestar. Éste, el materialismo, termina imponiéndose siempre; pero el hombre necesita otras cosas para sobrevivir. Las consecuencias suelen ser palpables: natalidad negativa, una población que envejece, y unas jóvenes generaciones incapaces de realizar nuevas aportaciones, atrapadas por el consumismo. Es decir, lo que Autoridad expresa en su discurso: “El hombre se comporta como género igual que como individuo: nace, madura, envejece y muere”. Este es un grave, real, y curioso problema de nuestra especie: mientras tiene una convicción por la que luchar desarrolla una sociedad creativa y dinámica, aunque sea en situaciones materiales difíciles. Cuando no las tiene, normalmente producto de un alto nivel de bienestar y seguridad, se aburguesa y comienza a morir lentamente. Nuestro satisfecho mundo occidental presenta todos estos síntomas.

Como decíamos, Roma llegó también a esta situación. El emperador Constantino observó este problema y como solución política —más que por convicción religiosa— abrazó la religión cristiana, pues era entre sus miembros donde encontraba gente más laboriosa y de vida ordenada; pretendía lograr con ello que su pueblo, con el ejemplo de aquéllos, recuperara valores éticos que dieran sentido a sus saciadas existencias. Con esta medida intentó frenar la decadencia de un ciudadano —el romano— que ya no creía en nada, ni en sí mismo.

En El récord, desde el Estado, hacen una operación similar: crean una nueva religión —la de la evolución sin límites del hombre—, que la simbolizan y alumbran en la Carrera, producto de la aplicación de las teorías del profesor Jacson, pues también el hombre, tras tantos años de paz y bienestar, presenta signos evidentes de decadencia. En definitiva, la historia te lleva a la conclusión de que el hombre necesita fe y valores para sobrevivir a sus propias limitaciones.

Las religiones suponen el conjunto de creencias, más allá de lo material, basadas en la convicción de la existencia de un ser superior —dios o dioses— y de una vida trascendente, conformando una ética y una moral en el comportamiento de los hombres.

Desde la izquierda política, siguiendo la tesis marxista, se definió la religión como el opio del pueblo. Es probable que esta aseveración cuadrara mejor a quienes la sostenían, visto el daño que han producido a los pueblos que aseguraban defender y representar. Tal definición no puede aplicarse a las religiones, pues estas han sido capaces de hacer nacer esperanzas en los corazones de millones de hombres y mujeres a lo largo de la atribulada historia de la humanidad, algo que difícilmente —y menos aún de forma perdurable— han conseguido los ideólogos políticos.

La religión ha desempeñado, y sigue desempeñando, un papel fundamental en el devenir de la humanidad. Ha dado al hombre un conjunto de comportamientos éticos y morales que, en general, ha facilitado la convivencia y ha aportado un enriquecimiento individual de alto calado.

Ahora bien, si algo nos enseña la historia, es que las aportaciones de las religiones han sido extraordinariamente positivas cuando se han ajustado a la escala de lo personal, pues, cuando se han mezclado directa o indirectamente con el poder, su balance ha sido lamentable. Una buena muestra de ello lo constituye la Inquisición, promovida por la Iglesia cristiana durante varios siglos; no es casual que, durante ese tiempo, estuviese estrechamente vinculada a las rancias y patrimonialistas monarquías europeas. Estos comportamientos de la Iglesia se distanciaban profundamente de su ideología de origen, que era integradora y humanista, pero que, al contacto con el poder terrenal, se pervertía en sus procedimientos y fines.

En la actualidad, se puede observar lo que significa esa confusión entre Estado y religión en muchos países árabes, que, precisamente por esa razón, tienen sumidos a sus pueblos en el oscurantismo medieval.

Son estos comportamientos los que confunden a los pueblos, pues, lógicamente, no distinguen entre la filosofía de la religión y el mal uso que de ella hacen monjes o frailes, a los que creen representantes de aquélla y suponen firmemente convencidos de lo que predicán. Por ese motivo, sienten frustradas sus creencias y acaban perdiendo sus convicciones religiosas, que derivan en el mantenimiento de ritos vacíos a los que se agarran más por costumbre y superstición que por convicción. De hecho, según disminuye la fe, aumenta la pompa y folclore a su alrededor. La apatía religiosa que se vive en Occidente tiene mucho que ver con el comportamiento poco edificante de algunos miembros de la Iglesia.

Como El récord indica en la civilización que describe, la religión debe pertenecer al ámbito de lo individual y de lo subjetivo, y permanecer dentro de él; a los Estados corresponde atender a los aspectos terrenales del hombre y a lo concreto. Cristo dijo: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Con ello consagraba la idea de la separación entre Iglesia y Estado. Los poderes públicos deben ser laicos; no obstante, deben mostrar al mismo tiempo el mayor respeto por todos los cultos y todas las religiones, de forma que se puedan desarrollar en la más absoluta libertad y se conviertan en un elemento para facilitar la convivencia entre los hombres.

Como es natural, el poder público deberá intervenir, con la ley en la mano, para controlar el exceso de fanatismo que pueda derivarse de cualquier movimiento religioso que pretenda hacer de la intolerancia su instrumento de afianzamiento en la sociedad. Todos los ciudadanos del mundo y todas las instituciones, incluidas las religiosas, deben estar subordinados a una Constitución universal y, a través de ella, a los derechos humanos, que deben defenderse como un valor superior.

La idea de la separación entre religión y Estado no es nueva: el hombre la resolvió hace tiempo. Aunque existen códigos anteriores, el principio del derecho, tal y como lo entendemos hoy, lo fijan los eruditos en la publicación de las Doce Tablas de los Decenviros. Esto acaeció en el siglo III a.C., cuando, ante las protestas del pueblo, el Senado romano se vio en la necesidad de separar el derecho civil del divino, desvinculando las relaciones de los ciudadanos de las volubles voluntades de los dioses; es decir, de quienes decían representarlos. Para ello, encargó a Apio Claudio y a otros diez legisladores la confección de una nueva regulación legal, que se concretó en las Doce Tablas y que, desde entonces, pese a los atrasos que aún persisten en muchos países de nuestro mundo, consagró la separación entre lo civil y lo religioso.

Así que viene de antiguo; y una vez más, podemos observar cómo muchas respuestas a lo que creemos problemas actuales ya nos las da la historia.

## **VII**

### **La emigración**

En el siglo II d.C., el emperador Antonino, sucesor del gran Adriano, se veía literalmente asediado por embajadores de múltiples países y reinos que solicitaban ser anexionados al Imperio romano, que gozaba de prosperidad y bienestar.

Nada más hacerse cargo del Gobierno, ingresó su enorme fortuna personal en la caja del Estado. A partir de ese momento, llevó a cabo una juiciosa administración de los presupuestos: pedía el consentimiento del Senado para sus acciones de gobierno, y a él rendía cuentas de los presupuestos estatales, euro a euro. Igualó los derechos y deberes de los cónyuges, y abolió por completo la tortura, que tipificó como delito, incluso cuando se tratase de esclavos, que, desde entonces, se convirtieron en algo parecido a lo que hoy es el servicio doméstico. Quiso la paz a cualquier precio, inclusive al de alentar la osadía de los germanos, que interpretaban como debilidad cualquier gesto pacifista — ¿les recuerda a lo que sucedería dieciocho siglos después, antes de la Segunda Guerra Mundial?—. El día de su muerte, como siempre, había dado el santo y seña a su guardia: “Ecuanimidad”. No podía haber dado otra palabra de mayor significación. Después llamó a su sobrino, Marco Aurelio, y le dijo: “Ahora, hijo, te toca a ti”. Las arcas del Estado estaban más saneadas de lo que nunca antes habían estado, pero su fortuna personal había quedado reducida a cero.

Esto no es una fábula. Es una realidad histórica que nos sume en una melancólica envidia; no estaría mal que encontráramos actualmente dirigentes de esta talla humana. Sin embargo, a pesar de ser tan gran gobernante, ni él ni sus sucesores consiguieron evitar, y resolver con eficacia, que los bárbaros —extranjeros—, que huían de la miseria de sus países, fuesen llegando desde las regiones periféricas del Imperio. Cuando, siglos más tarde, Roma tocó a su fin, algunos emigrantes eran ya funcionarios y artesanos y formaban parte de las legiones, incluida la oficialidad. Pero el número era tal, que Antonino y sus sucesores no supieron o pudieron integrar en el Imperio a la totalidad de ellos. Pese a los esfuerzos de la policía en las fronteras, lograron instalarse en su territorio en grandes cantidades y, muchos, fueron ocupando los puestos de trabajo que los ciudadanos no querían. Tanto es así que, cuando Roma venció a Atila en los campos Cataláunicos, el general que mandaba las legiones era Aecio, un germano. Como apunta Montanelli, “la llamada invasión —esa que se dice que terminó con el Imperio— no fue más que un cambio de guardia entre bárbaros”. Estos ya estaban allí, y en cifras tan importantes que acabaron sumergiendo a los antiguos ciudadanos y a su sociedad, pues no podían generar trabajo suficiente para los que llegaban en oleadas incontroladas.

Actualmente, nos encontramos ante dificultades similares a las que tenía Roma hace siglos y que no supo resolver: intentó poner puertas al Imperio y guardarlas, pero no lo logró. Ahora estamos aplicando las mismas soluciones y, sin lugar a dudas, obtendremos los mismos resultados.

Es evidente que la solución del problema no pasa por abrir las puertas a todos aquellos que huyen de las guerras y el hambre a las que les conducen sus

gobernantes, pues ello acaba destruyendo el mundo que los acoge: por una parte, muchos no llegan a integrarse en él y, por otra, la sociedad de acogida se siente agredida por los guetos que instalan en su seno. Eso es lo que ocurrió con Roma, pese a que poseía una estructura política y social tan sólida que ha permanecido hasta nosotros; pero gran parte de los que llegaban eran refractarios a la civilización que les daba cobijo, al igual que está sucediendo ahora. No cometamos los mismos errores.

La solución tampoco pasa por que los países del llamado “primer mundo” se dediquen a traspasar al resto recursos económicos derivados de los impuestos de sus ciudadanos, pues dichos recursos, si no son controlados y distribuidos por quienes los donan —algo que sólo se podría conseguir mediante el uso de la fuerza, lo que es implanteable—, no sólo no llegan a los pueblos necesitados, sino que, además, sirven para financiar la corrupción y mantener en el poder a los mismos gobernantes que condenan a sus pueblos a la miseria.

Es una “moda” muy extendida entre las gentes de Occidente culparse de los males del Tercer Mundo. Tal vez sea una manifestación de cierto sentimiento de culpa por su bienestar, ante las patéticas imágenes que todos los días llegan de otros países a través de los informativos. No obstante, es muy probable que ese sentimiento se esfumara si viajaran a ellos y comprobaran lo poco que vale una vida humana para sus responsables, y cómo sus gobiernos dedican casi todos sus recursos a comprar armas para luchar contra el vecino y afianzarse en el poder. Se asombrarían, por ejemplo, de lo racista que es el mauritano, que esclaviza a todo aquel que llega a su país huyendo de las guerras tribales que asolan a los países limítrofes. Se asombrarían de cómo, en

el mejor de los casos, los gobiernos que los dirigen lo hacen con criterios medievales, derecho de pernada incluido. Probablemente, se asustarían de cómo, en muchos países de África, Asia y América, las clases dirigentes, sin el menor rubor, acumulan fortunas personales inmensas a costa, en buena parte, de los dólares que les llegan a través del Fondo Monetario Internacional

con la intención de contribuir al desarrollo de sus pueblos, pero que no son destinados a este fin, sino al enriquecimiento personal y a subsidios que no esconden más que corruptas compras de votos. No obstante, cuando tienen que devolver los créditos —algo que, de todos modos, no suelen hacer—, consiguen movilizar a múltiples bienintencionados en todo el mundo, que claman por la condonación de la deuda, achacándole a ésta las miserias de esos pueblos y no al uso fraudulento que hicieron sus gobiernos del dinero recibido.

La filosofía de El récord es clara a este respecto: mientras existan naciones y gobiernos de estas características, tales pueblos no tienen solución. En consecuencia, deben ser los propios ciudadanos de esos países los que se

rebelen contra sus dirigentes. La solución no puede llegar por medio de una especie de guerra de liberación liderada por extranjeros, ni por la vía del empobrecimiento de Occidente, al que, dadas las dimensiones del problema, le resultaría imposible resolver las penurias de aquéllos sin hundirse en el intento —como le pasó a Roma— o sin que se viese gravemente afectado el nivel de bienestar de sus ciudadanos, algo que, por otro lado, estos no estarían dispuestos a aceptar. El camino tendrán que recorrerlo los propios pueblos, liderados por las minorías más inquietas, que, desde dentro, deberán hacer estallar la Revolución para arrancar a sus sociedades del Medioevo, como hizo Europa hace siglos.

Dichas minorías deberán contar con toda nuestra comprensión y apoyo, y tendrán que ser capaces de sustituir a los corruptos gobiernos y sistemas que las dirigen, y de emprender decididamente el camino del progreso y la justicia social.

Los movimientos migratorios del hombre han existido siempre y continuarán existiendo, mientras la Tierra sea un lugar común de convivencia. Las personas buscan individualmente la forma de subsistir en aquellas tierras que les proporcionan medios para ello. Cuando es una persona o son varios miles las que se desplazan en busca de una oportunidad, nos encontramos ante una emigración tolerable, pues, habitualmente, acaban integrándose entre las gentes que les dan cobijo. Sin embargo, cuando lo hacen millones de personas de forma desordenada, nos enfrentamos a una invasión en toda regla, inasumible por parte de la sociedad receptora y generadora de toda suerte de reacciones adversas.

Si el universalismo se convirtiera algún día en una realidad —escenario en el que se sitúan los personajes de El récord—, ayudaría de forma definitiva a resolver este grave problema, pues iría integrando a esos pueblos paulatinamente. Para ello se deberán formar cuadros y mandos que sean capaces de liderar la nueva sociedad que las naciones del Tercer Mundo necesitan para salir de su larga postración; estos deberán sustituir a los dirigentes actuales que, instalados en el poder, nunca estarán dispuestos a impulsar un cambio del que no esperan ninguna ventaja personal. Son aquellos nuevos hombres los que podrán conducir a sus pueblos por el camino del progreso y de la dignidad.

## **VIII**

### **La ciencia**

El hombre, al tiempo que abandona la búsqueda de los grandes porqués de la vida, lo que constituye el objeto de la filosofía, se esmera en el estudio del cómo, que es la función de la ciencia y de su principal consecuencia: la tecnología.

Los primeros testimonios conocidos de ella son los huesos y las piedras labradas que fabricaba el hombre primitivo como instrumento para la caza y como herramienta de corte. Desde entonces hasta el nacimiento de la informática y el desarrollo de los cohetes espaciales, el hombre ha recorrido un largo camino.

La ciencia y la tecnología, en buena parte, han cumplido su objetivo último: facilitar y hacer más confortable la vida de los hombres sobre la Tierra. Si hubiésemos sido animales perfectamente adaptados a nuestro medio, tal vez no hubiese sido necesario el desarrollo de estas habilidades. Sin embargo, al no estarlo —a diferencia, por ejemplo, del delfín—, los hallazgos tecnológicos se han convertido en una de las causas fundamentales de nuestra supervivencia como género. Sin ellos, probablemente no habríamos superado la etapa prehistórica y seríamos una de tantas especies desaparecidas de la faz del planeta.

Pero no fue así. El hombre desplegó una amplia gama de recursos y habilidades técnicas para vencer el hambre, el frío, las enfermedades y las distancias. Cada descubrimiento científico, con sus inevitables avances y retrocesos, se convertía en el punto de partida para un nuevo hallazgo, y en buen número de ellos encontró medios eficaces para facilitar su vida en este planeta.

Es posible que en el futuro sigamos maravillándonos y obteniendo beneficios de nuevos descubrimientos y avances científicos: la anti gravedad, que nos permitirá volar como las aves y nos acercará al universo; vacunas y medicamentos eficaces contra las grandes plagas y enfermedades que nos siguen acosando, y que conseguirán prolongar nuestras vidas; cultivos con mayor capacidad de producción, que facilitarán el alimento a una humanidad cada día más numerosa; energía inagotable y limpia como el hidrógeno, que sustituirá a los contaminantes hidrocarburos fósiles actuales, etcétera. Pero la ciencia también debe corregir urgentemente su lado oscuro. En este sentido, no hay que olvidar que múltiples inventos han nacido de la investigación con fines militares, es decir, para el exterminio de los hombres; entre ellos ocupan un lugar destacado, obviamente, la bomba atómica y sus derivadas, las de hidrógeno y cobalto.

Cabe preguntarse, entonces, si la ciencia y la tecnología, que hicieron posible que un animal tan mal adaptado a su medio como el hombre sobreviviese, no acabarán convirtiéndose también en su verdugo. ¡Sería una cruel ironía de la

historia! La naturaleza nos ha dotado de unas habilidades que nos pueden llevar a las estrellas, pero también al holocausto.

La biotecnología, que está todavía en sus albores, es otro de los campos que debemos intentar controlar, si no queremos que nuestra sociedad se convierta en el escenario que dibujaba Un mundo feliz.

En última instancia, del hombre depende el uso que haga de esos conocimientos; en principio, sin embargo, faltan razones para el optimismo. En cualquier caso, parece sensato concluir que las armas nucleares, y la ciencia que las hace posibles, sólo serán inútiles cuando desaparezcan las guerras, para lo que es necesario que antes se supriman los países. Pongámonos a ello.

La tecnología ha generado también un efecto colateral que no hay que despreciar: aunque ha conseguido hacer más sólida la presencia del hombre sobre la Tierra, sin embargo, ha vuelto más vulnerable al individuo, que es ahora menos suficiente. Pensemos en lo impotentes que nos sentimos cuando se produce un simple corte de luz: todo deja de funcionar. Ello ocurre porque la electricidad —como otras muchas cosas— nace de conocimientos compartidos y especializados que nadie, individualmente, domina en su totalidad.

En definitiva, hemos creado un mundo mucho más complejo —ese parece ser el precio de lo que llamamos progreso—; aunque yo, no sé si lo comparto, añoro más que nunca la sencillez del pan recién hecho, la conversación alrededor del fuego en las tardes de invierno, los espacios amplios y la vida reposada. Pero este retorno, probablemente, sí que es una utopía... ¿O, tal vez no?

## **IX**

### **La antiglobalización**

Por la temática del libro parece lógico que nos detengamos a analizar el reciente movimiento que conocemos como antiglobalización.

Este movimiento, que aprovecha precisamente la universalización de las comunicaciones, nace cronológicamente tras el fracaso del comunismo en la antigua Unión Soviética y su posterior caída, que dejó a millones de personas en todo el mundo sin un punto de referencia político. Debido a su educación, estas personas no podían pasar de golpe al capitalismo, su enemigo tradicional —si bien muchas lo hicieron, convirtiéndose en salvajes conversos—, y buscaron otra bandera que encauzara sus frustraciones e inquietudes sociales,



ante las injusticias y desigualdades que existen en el mundo. La encontraron en la antiglobalización.

En esta han venido a confluír diferentes grupos humanos, además de los ya mencionados, con inquietudes muy diversas: nacionalistas radicales, extremistas religiosos, colectivos antisistema, agricultores insatisfechos, grupos pacifistas, algunos ecologistas, y muchos bienintencionados. El resultado es un conjunto colorido y heterogéneo cuyos elementos presentan como únicas notas comunes su marcado nivel de actividad y el hecho de culpar a la globalización —inexistente en la realidad actual— de todos los males terrenales.

Un somero análisis de esos grupos nos permite reflexionar acerca de las motivaciones que los mueven a integrarse en el movimiento antiglobalización. Los viejos comunistas ven en la mundialización el fracaso de la filosofía en la que creían, y el éxito —insultante para ellos— de su contrario, el capitalismo. Esto les crea un espíritu revanchista que se manifiesta, entre otros, en un visceral e irracional antiamericanismo.

Los nacionalistas radicales perciben en ella el fin de su sueño de convertirse en amos de sus respectivas tribus.

A los extremistas religiosos les preocupa la eventual pérdida del poder que tienen sobre el espíritu y la mente de sus adeptos al contacto con otros valores.

Los colectivos antisistema se integran en él por efecto de una mezcla de movimientos residuales, que van desde el anarquismo hasta el fascismo, siendo sus argumentos variopintos y contradictorios entre sí.

Los agricultores europeos se suman a esta corriente temerosos de perder sus prerrogativas y su bienestar, a causa de las eventuales cesiones económicas que sus políticos pudieran hacer a sus homólogos del Tercer Mundo.

Por último, los grupos pacifistas y ecologistas culpan a la globalización del hambre, de las guerras y del deterioro del medio ambiente.

Ahora bien, ¿tienen sus planteamientos e inquietudes algún fondo de razón? Intentemos reflexionar sobre ello. Los argumentos de los viejos comunistas se

basan, fundamentalmente, en apreciaciones sentimentales y viscerales, pues crecieron en un régimen que los educó en la idea de que su mundo era el mejor posible y que el capitalismo, su decadente rival, estaba a punto de derrumbarse según la propaganda oficial de la época. La realidad, no obstante, les muestra que todo se desvanece a su alrededor y que, paradójicamente, su viejo enemigo sigue en pie. La melancolía les mueve a culpar del fracaso del sistema a los hombres que los dirigían, antes que a hacer un análisis de las

causas profundas del porqué de esa debacle, que tiene mucho más que ver con la inviabilidad de una filosofía política que cercena la libertad y creatividad del hombre como individuo, que con las abundantes corruptelas endémicas que los acosaron.

Los nacionalistas radicales, sobre todo los violentos, deben, en efecto, preocuparse por la tendencia universalista, pues esta representa la antítesis del concepto exclusivista, conservador, racista y tribal que ellos encarnan. En cambio, quienes entienden el nacionalismo como el respeto a la cultura de un pueblo y su mantenimiento, no deben ver en la universalización a un enemigo, pues si esta no es capaz de respetar las peculiaridades de cada cual, probablemente, condenaría su revolución al fracaso. La diversidad de culturas y el mestizaje enriquecen al conjunto de la humanidad.

Muchos religiosos extremistas están convencidos de que, en un mundo globalizado, perderán su poder terrenal —el control sobre los pueblos a los que dominan—, e intuyen que sus “verdades” serán barridas por el viento de la unión. Un ejemplo de esto lo podemos observar en los países islámicos, viendo cómo sus dirigentes religiosos extreman sus posturas, bajo cualquier disculpa, impulsando acciones terroristas cada vez que algunos de sus pueblos inician un tímido movimiento de modernización para intentar salir de la Edad Media en la que están inmersos. La universalización jamás debe implicar la desaparición de la religión; solo de sus excesos. Estas deben ser respetadas desde los poderes públicos, aunque, eso sí, desde un Estado laico que, constitucionalmente, garantice la libertad de credo a los ciudadanos.

Los colectivos antisistema, sin perder de vista el valor que tienen como voces de alarma para nuestras acomodadas conciencias, muestran tal variedad de principios y colores que resulta difícil encuadrarlos. No obstante, queremos separar los movimientos fascistas que se confunden entre ellos, pues, en realidad, suelen aglutinar nacionalistas disfrazados y fanatizados, muy alejados de la gran cantidad de personas que actúan de buena fe, sensibilizadas por el sufrimiento humano.

Con todo, las posiciones que merecen mayor atención y profundidad de análisis, dentro del movimiento antiglobalización, son las representadas por las asociaciones de agricultores de países ricos, los colectivos pacifistas y los grupos ecologistas.

Las primeras manifiestan un temor infundado a que la universalización traiga consecuencias negativas para las economías de los países más acomodados. Esto no debe ser así. La unión de los pueblos del mundo debe materializarse de forma gradual, y ello ha de conllevar, necesariamente, una equiparación del marco jurídico —sobre todo por cuanto se refiere a los derechos y deberes

sociales y fiscales de trabajadores y empresarios— que equilibre los costos de producción en condiciones de igualdad para todas las regiones de la Tierra, de tal manera que no se primen aquellas que, aprovechando las carencias de derechos laborales, intenten obtener ventajas económicas de las legislaciones de algunas naciones, tolerantes, incluso, con la esclavitud. Por este motivo, los aranceles proteccionistas no podrán ser levantados hasta que esa igualdad de marco jurídico sea una realidad entre los países que deseen incorporarse al universalismo. Cada nación que aspire a ello —de forma similar a como sucede con las que van a integrarse en la Unión Europea—, antes de realizar su ingreso efectivo, deberá cumplir los requisitos suficientes para que no suponga un impacto negativo a las demás; obviamente, en cada caso, se deberá prever un periodo transitorio para la adaptación. Esta es la clave para evitar perjuicios innecesarios durante el proceso de fusión de las naciones, pues, por lo demás, todos nos beneficiaremos de su consecución.

Las naciones ricas aprovecharán las oportunidades que les brindará un mercado sin fronteras y con miles de millones de consumidores libres y con un poder adquisitivo en alza, lo que supondrá un inimaginable campo de comercialización para sus productos. En la actualidad, apenas mil millones de ciudadanos tienen cierta capacidad de compra y un nivel de vida digno. La universalización, en cambio, crearía un mercado potencial de más de seis mil millones de personas; es decir, se multiplicaría por seis la riqueza que habría que crear para satisfacer sus necesidades. Para cubrir esa enorme demanda sería imprescindible contar con la participación activa de todos los ciudadanos de las actuales naciones subdesarrolladas, así como con la aportación de sus materias primas, que se revalorizarían como consecuencia del espectacular aumento de la demanda. Ello se traduciría, a su vez, en la creación de cientos de millones de nuevos puestos de trabajo en todo el planeta y, al mismo tiempo, en la elevación del nivel de vida de sus pueblos.

Esto no es un sueño. Es una inevitable consecuencia de la armonización jurídica, fiscal y laboral, dentro de una Constitución universal, que emergería tras la desaparición de las naciones y la integración de estas en un único Estado mundial. Esa fue la Revolución del Primer autoridad.

El error del movimiento antiglobalización —y, en múltiples ocasiones, de los partidos de izquierdas— consiste en pedir el reparto de las riquezas existentes, en vez de estimular su creación. Si no hacemos que crezcan las riquezas, muchas personas del “primer mundo” podrían llegar a entender que las ayudas a los países más pobres se hacen a su costa y se sentirían agredidos, como les ocurre a los agricultores, que ven peligrar el nivel de bienestar y los derechos sociales que han alcanzado tras años de lucha. Entenderían que la financiación del Tercer Mundo se realizará a través de la importación de materias primas y agrícolas de los países más pobres, que las producen con costos inferiores, al

no tener el mismo nivel de exigencias salariales, fiscales y laborales. Al ver amenazado su futuro, se entregan a esta guerra.

Dada su importancia, sería interesante profundizar un poco más en esta idea. Los problemas de las naciones del Tercer Mundo no son consecuencia de que unas regiones del planeta sean ricas y otras pobres. Este concepto nace de un pensamiento peligrosamente erróneo: la riqueza es una, y, por tanto, si alguien tiene mucho, el otro tiene poco. La realidad es muy diferente: la creación de riqueza no tiene más límites que la capacidad de laboriosidad, organización, ingenio y producción de los pueblos para generarla. Hace apenas un siglo, el número de habitantes de la Tierra que gozaban de un razonable nivel de vida representaba alrededor del 40 % del actual. El incremento del nivel de bienestar de millones de ciudadanos se ha logrado gracias a la generación de nuevas riquezas (se han multiplicado los PIB de numerosos países) y no sustrayéndolas a aquellos que habían alcanzado altas cotas de prosperidad. En esa línea tenemos que perseverar si queremos resolver los graves problemas de pobreza que asolan el planeta sin empobrecer a los más desarrollados, a los que no se debe desanimar, para poder contar con su colaboración, imprescindible por otra parte, para llevar a cabo esta Revolución.

Para los gobiernos de muchos países subdesarrollados, resulta más fácil culpar de la pobreza de sus pueblos a la insolidaridad de Occidente y a la rapiña histórica de los tiempos coloniales, que hacer autocrítica de su deficiente y corrupta gestión, que es la verdadera causa de sus miserias. Al Tercer Mundo solo se le podrá ayudar realmente incorporándolo al nuestro de forma paulatina, según se vayan dando las condiciones de igualdad de derechos y obligaciones para unos y otros. Es un camino que hay que andar con decisión, si somos capaces de convencernos de que con limosnas —que es lo que actualmente hacemos— no conseguimos más que lanzar gotas de agua al mar de las necesidades humanas —que, para colmo, ni siquiera suelen llegar a quienes van destinadas—, aunque aquellas nos sirvan para tranquilizar nuestras conciencias, a las que la demagogia y la propaganda hacen sentir culpables. Solo el derecho igualitario y la desaparición de las naciones permitirán poner fin, definitivamente, a la triste y trágica realidad de las desigualdades existentes.

En conclusión, el camino hacia la globalización habrán de recorrerlo gradualmente aquellas naciones que lo decidan libremente. No obstante, antes de integrarse en ella y de comenzar a recibir ayudas de los países ya incorporados, estarán obligadas a armonizar sus marcos jurídicos con los de las naciones más productivas de la Tierra y con las exigencias sociales que estas han establecido para proteger a sus ciudadanos. En definitiva, hay que igualar a los pueblos en los niveles altos, no bajando el listón, que es lo que realmente se propone cuando se habla de distribuir riquezas. Por ello, no

luchemos contra la globalización: ella no es el enemigo. Luchemos por conseguir que la Tierra sea la casa permanente de un hombre libre y organizado en un solo Estado igualitario.

Los pacifistas y ecologistas, seguramente, acabarán coincidiendo con nosotros en que la única forma de terminar con las guerras y con el deterioro de la naturaleza es a través de la liquidación del actual sistema de Estados-naciones, dada la demostrada imposibilidad de acuerdos globales entre los países para resolver los temas que les preocupan. Mientras exista un trozo de tierra separada de las demás y una bandera que la represente, habrá guerras, y mientras tengamos múltiples gobiernos, seguiremos siendo incapaces de alcanzar un acuerdo medioambiental global.

El universalismo significa el fin de las guerras y, por tanto, de los ejércitos, pues, al desaparecer las naciones como concepto político y territorial, dejarán de existir enemigos contra los que luchar. La historia de decenas de miles de años del hombre sobre la Tierra nos ha enseñado que jamás el diálogo y la buena voluntad han sido suficientes para evitar las guerras. Por otro lado, el universalismo, al no tener que negociar con cientos de pequeños gobiernos principios básicos, como los medioambientales, podrá conferir a estos conceptos rango constitucional, y evitar así los comportamientos erráticos o permisivos al respecto.

“Por una vez, aprendamos de la historia y hagamos desaparecer la causa última de estos graves problemas: la existencia de los países como territorios exclusivos. Para conseguirlo, es necesaria la participación activa de todo hombre y mujer de buena voluntad, que cuente con la decisión suficiente como para luchar por el sueño de un mundo mejor”.

Así hablaría el Primer autoridad.

## X

### **El mundo que ‘El récord’ propone**

El mundo al que aspira el universalismo de El récord no puede ser perfecto, sencillamente, porque el hombre no lo es, y aunque esta utopía —la de la perfección— debería estar siempre entre los sueños irrenunciables de las personas, el necesario sentido de la realidad debe impedir que su consecución haga nacer frustraciones.

La Constitución aprobada en 1812 por las Cortes de Cádiz decía: “Todo hombre tiene derecho a la felicidad”. Este hermoso principio no dejó de ser una estéril declaración de buenas intenciones; no obstante, si rescatamos su

intención última, podríamos plantear en este nuevo mundo, que: “El Estado no da la felicidad a los hombres, pues ello pertenece a la esfera individual de las personas, pero debe procurar el marco para facilitarla con la ausencia de guerras y garantizando la satisfacción de sus necesidades básicas: alimento, vivienda, educación, sanidad, trabajo y justicia igualitaria”.

Las propuestas para esta nueva humanidad que presenta El récord se articulan sobre ese principio; para entenderlo plenamente, se deberá contar con las enseñanzas que nos ofrece la historia —no la propaganda—, que nunca debemos perder de vista, pues es nuestra mejor fuente de conocimiento acerca de cómo somos los hombres y no de cómo creemos ser.

Como consecuencia de la desinformación, tendemos a pensar que el presente de las sociedades es más avanzado que lo existente en el pasado. Ello es totalmente falso: el camino de la evolución del hombre sobre la Tierra está salpicado de continuos pasos adelante y atrás. Baste recordar lo que significó la Edad Media: la desaparición de todos los avances sociales, técnicos, políticos e, incluso, del pensamiento, que habían logrado griegos y romanos. También se puede comparar el grado de progreso que el Islam consiguió hace varios siglos y el lamentable estado en que se encuentran sus pueblos en la actualidad. Múltiples sociedades alcanzaron un elevado grado de desarrollo y, posteriormente, por una u otra razón, cayeron en la más profunda decadencia. Tal vez estas —las sociedades— tengan un comportamiento idéntico al del hombre como individuo: nacen, crecen, llegan a su madurez y, después, mueren.

Pero este pensamiento no debe sumergirnos en la melancolía, pues también la historia nos ofrece pistas suficientes para deducir que, cuando el hombre se organiza de acuerdo con unas estructuras sólidas y coherentes y se nutre de valores en los que creer, las sociedades trascienden en el tiempo. Así, por ejemplo, el Renacimiento significó para la sociedad europea del siglo XV un puñetazo en la mesa del conformismo, al recuperar los valores del mundo clásico, y fue el principio del fin del oscurantismo medieval. Aún estamos siguiendo ese camino de evolución, con mayor o menor acierto en cada momento. Precisamente, el universalismo debe ser la meta natural de dicha evolución y el comienzo de una nueva humanidad. Si este se implantara tendría efectos inmediatos de hondo calado. De manera particular, desaparecerían las guerras, al no existir naciones que puedan enarbolar banderas en contra de otras. Con ello, se desvanecerá también el riesgo de desaparición del hombre sobre la faz de la Tierra por el eventual uso de armas de destrucción masiva, que, simplemente, serían eliminadas en su totalidad, incluido el conocimiento que las hace posibles.

Con las guerras desaparecerán también, por innecesarios, los cientos de

ejércitos que existen en el mundo.

La ingente cantidad de recursos económicos que dejarán de absorber permitiría al Gobierno mundial alimentar y construir viviendas dignas para todos los habitantes del planeta, así como ayudar a la incorporación de los países más atrasados al nivel alcanzado por los de mayor progreso, sin que los ciudadanos de estos se sientan perjudicados en sus economías por ello.

Como consecuencia de lo anterior, la emigración actual, que nace forzada por la necesidad de sobrevivir, desaparecerá, y con ella, los conflictos derivados de la inadaptación del emigrado a la sociedad que lo recibe. El hombre sería libre de asentarse en el lugar de la Tierra que desee y que mejor concilie con sus sueños, pero no presionado por las carencias de su región.

¡Es un sueño hermoso!, ¿verdad, querido lector? Pues, en realidad, es una simple consecuencia de la desaparición de las fronteras, a la que seguirían la jubilación forzosa de cientos de gobiernos, de las guerras y de los ejércitos. Es probable que compartas la idea de que merece la pena luchar por ello.

Sigamos visualizando el nuevo mundo que nacería de la Revolución propuesta por El récord. Dado que el movimiento de los hombres sobre el planeta no se vería obstaculizado por la existencia de fronteras, con el paso del tiempo y como consecuencia de una evolución natural, iría naciendo un idioma común, síntesis de muchos de los existentes, que facilitaría el entendimiento entre los ciudadanos.

El comercio tendría auténtico perfil mundial y, por el efecto de vasos comunicantes, al no estar sometido a barreras fronterizas, los niveles económicos de los pueblos tenderían a equilibrarse. Veamos lo que nos enseña a este respecto la historia, en este caso la actual: con esfuerzo y no pocas reticencias por parte de múltiples “patriotas” interesados, Europa está andando por el camino de la unión. A través de ella, observamos que se está produciendo un paulatino equilibrio entre los niveles de renta de los distintos países. Las naciones menos desarrolladas, al no encontrar obstáculos para vender sus producciones, aumentan su nivel de riqueza, pero sin que emerja el anunciado efecto perverso — preconizado por los detractores de todo movimiento unitario— de que lo hacen a costa de las naciones más ricas, pues estas también se están beneficiando al participar en un mercado libre mucho mayor, con capacidad de compra en aumento y sin barreras proteccionistas. Pero Europa debe avanzar también, venciendo sus miedos y rivalidades históricas, hacia la fusión política. A pesar de lo que se diga desde ciertas esferas oficiales, la resistencia al objetivo unionista parte más de políticos interesados en no perder su parcela de poder, que de los pueblos, pues estos, cuando conocen las ventajas sin propaganda nacionalista de por medio, tienen una alta predisposición en andar con rapidez el camino de la unificación, ya

que no entienden muy bien por qué, si el territorio europeo se convierte en un solo mercado, no debe ser también un solo Estado el que cohesione y represente a las distintas regiones, siempre y cuando se respeten las idiosincrasias de los pueblos.

En cualquier caso, es obvio que el camino se está abriendo en este viejo continente, que ha sido históricamente cuna de casi todas las ideas que mueven el mundo.

Otra consecuencia de la Revolución sería la creación de una moneda mundial, que facilitaría aún más el intercambio comercial entre los pueblos, que, de esta forma, se verían libres de los engorrosos y caros cambios de divisas. La experiencia europea también está siendo positiva en esto, del mismo modo que la de Estados Unidos lo es desde hace tiempo.

Uno de los grandes miedos de las clases acomodadas e, incluso, de los trabajadores de los países occidentales, es decir, de las clases medias, es perder sus derechos laborales frente a los países en vías de desarrollo y, especialmente, del Tercer Mundo. Pero esto no ha de ser así forzosamente: la realidad actual de un mundo no globalizado en los aspectos económicos y jurídicos nos está llevando a que muchas multinacionales instalen sus fábricas en países donde aquellos derechos tienen tan poca consistencia que la mano de obra se presta, prácticamente, en condiciones similares a las de las sociedades esclavistas. Su objetivo es simple: abaratar los costos de producción para poder competir con los productos fabricados por estos mismos países del Tercer Mundo.

Veamos un ejemplo: actualmente, como resultado de una serie de acuerdos con los países de la Unión Europea, Marruecos vende grandes cantidades de productos hortofrutícolas a Europa. Los trabajadores europeos gozan de unos derechos que en el reino alauita, actualmente, son impensables: seguridad social, desempleo, sanidad, jubilación, etcétera. Estos derechos repercuten sobre los costos de las empresas y hacen que el producto final resulte más caro que si se realiza en Marruecos. En consecuencia, un empresario europeo que se ve abocado a la desaparición por efecto de esa competencia desleal — aunque legal — se planteará, para poder subsistir, trasladar su producción al norte de África y, desde allí, seguir vendiendo sus productos en el viejo continente aprovechando los tratados existentes. Muchos criticarían esta postura alegando razones patrióticas; otros la aplaudirían, ingenuamente, argumentando que con ello se está creando riqueza en el Tercer Mundo, sin observar que, como contrapartida, se está creando desempleo en su propio país; es decir, que se está desnudando un santo para vestir a otro. En última instancia, estos comportamientos individuales encuentran su lógica, criticable o no, en la misma existencia de los países, que tienen normativas legales



totalmente distintas, haciendo posibles estas desigualdades.

La existencia de un único Estado en el mundo conllevaría una armonización, teórica y práctica, de las normas fundamentales para la convivencia, y una equiparación de derechos y obligaciones para todos los ciudadanos de la Tierra. Ello emanaría de una Constitución única, con independencia de que cada región tuviese cierta capacidad normativa y reguladora, que, en ningún caso, podría contravenir las leyes de rango superior, como la propia Constitución o las leyes aprobadas por el Senado mundial.

Esta igualdad, de cuyo eficaz cumplimiento se encargarían los jueces, suprimiría prácticas económicas o personales no deseables. Dejarían de existir paraísos fiscales y laborales, incluida la esclavitud aún presente en muchos lugares del planeta. En buena lógica, las empresas se irían dispersando por todo el mundo por razones estratégicas, para acercar sus centros de transformación a los de consumo o producción de materias primas, con el objeto de ahorrar en gastos de transporte, en vez de hacerlo para buscar mano de obra indigna.

Si el cono sur de América Latina es rico en cereales o cobre, las compañías transformadoras de esos productos encontrarían rentable finalizarlos en esa misma región. Si el norte de África tiene gran capacidad de producción hortofrutícola, en ella interesará acabarla de manufacturar. En cada caso, se irían creando riquezas en las zonas de origen de los productos y, al aumentar el trabajo en condiciones razonables en las diversas regiones del mundo hoy empobrecidas, nacerían cientos de millones de nuevos consumidores con poder de compra. A su vez, las regiones más tecnificadas verían aumentar el mercado para sus productos, lo que les permitiría mantener sus niveles de bienestar.

La historia demuestra, inequívocamente, que, cuando se han unificado mercados y condiciones de producción de bienes, la riqueza ha crecido para todos, y, a medio plazo, se han ido acercando, sin traumas importantes, los niveles de vida de los más pobres a los más ricos. Justo lo contrario que sucede cuando se socializa la economía: se iguala, pero por abajo.

Otra consecuencia que nace con la universalización es la especialización de los antiguos países en la producción de bienes: cada uno de ellos basará su medio de vida principal en un determinado tipo de industria (agricultura, ganadería, tecnología, turismo, etcétera). Ello no supone un subproducto perverso de la mundialización, sino todo lo contrario, pues permitirá aumentar y mejorar los bienes de producción y, al disminuir los costos, ponerlos al alcance económico de un mayor número de consumidores, alentando así un fluido comercio entre todos. En definitiva, si elevamos la renta de todos los habitantes del planeta, nos encontraremos ante un mercado sin barreras

arancelarias de más de seis mil millones de consumidores, lo que irá en beneficio tanto de los actuales países pobres como de los ricos.

El Estado mundial desarrollaría el marco jurídico que hiciese posible la libertad de empresa y comercio, siempre en condiciones laborales igualitarias para todos los habitantes del planeta, y tendría la responsabilidad de la vigilancia y el control de su cumplimiento eficaz. El beneficio de su aplicación sería inconmensurable, pues equipararía los derechos de los hombres y conseguiría erradicar el hambre, las brutales desigualdades existentes, la emigración traumática y las injusticias que el propio mercado pueda generar.

Es importante subrayar que el Estado mundial debe actuar como juez y árbitro, y no como empresario, actividad que debe confiar a la libertad de los ciudadanos y a la sensatez de los mercados, que demandan y regulan por sí mismos los bienes que desean que se produzcan. No obstante, el Estado y los jueces deben esmerarse en el control de todos los agentes que intervienen en el intercambio económico, para evitar que se creen grupos tan potentes que puedan llegar a convertirse en un contrapoder sin control social. Ello debe garantizarse con la aprobación de una dura y clara legislación que limite el crecimiento de los grupos financieros que controlan las empresas, y una no menos dura normativa contra cualquier situación monopolística.

Otra función clave del Estado debe ser corregir, a través de los impuestos, las desigualdades que pueda ir creando esta economía liberalizada y globalizada, para proteger decididamente a las clases más desfavorecidas, evitando, no obstante, que estas puedan llegar a convertirse en una clase pasiva, egoísta y consumidora sin fin de los recursos aportados por las clases productivas y alentándolas, por el contrario, al acceso al trabajo digno.

La transición hacia la incorporación de todas las naciones al universalismo es absolutamente posible, a un nivel que difícilmente podemos soñar en la actualidad, gracias a los inmensos recursos económicos que se irían paulatinamente liberando según fueran desapareciendo cientos de gobiernos en todo el mundo, junto con sus respectivos ejércitos, como ya hemos señalado. Es más, los impuestos, con toda probabilidad, tenderían a disminuir, de manera que quedaría más riqueza disponible en manos de los ciudadanos y aumentaría el nivel de vida en todas las zonas de la Tierra. Como consecuencia, crecería la demanda de bienes, para cuya satisfacción aumentaría en cientos de millones el número de nuevos trabajadores y empresarios. Ello acabaría haciendo más soportables para todos los gastos del Estado, al aumentar los contribuyentes entre los que se reparten.

Otro de los grandes problemas que aqueja a la humanidad, irresoluble hasta el momento por la manifiesta incapacidad de los gobiernos para llegar a acuerdos, es el relacionado con el medio ambiente. Si los bosques de un país

están siendo arrasados por las industrias del vecino, ¿qué pueden hacer los actuales gobernantes del primero sino protestar? El Gobierno del país contaminante no detendrá la producción de sus empresas, por las obvias consecuencias que tendría para sus ciudadanos, por cuanto respecta a la generación de desempleo y pobreza. Este comportamiento, por otra parte, es independiente de que se trate de un Estado dictatorial o de uno democrático, pues en el mundo actual tenemos ejemplos sobrados de ambos, con comportamientos idénticos. Sin embargo, no deja de ser lógico: ningún gobernante quiere tomar decisiones tan impopulares que podrían significar, con seguridad, su ruina política.

Por otro lado, lamentablemente, la contaminación avanza más rápidamente que la decisión de emplear la tecnología existente para minimizarla, pues encarece los procesos de fabricación. ¿Qué significa esto en la actualidad? Supone que, si un Gobierno obliga a sus industrias a aplicar la tecnología necesaria en sus fábricas para evitar la contaminación y otro no lo hace, el del segundo acaparará el mercado por ser más baratos los bienes que produce; por tanto, estaremos penalizando al que manifiesta preocupación por el medio ambiente y premiando al que no toma medida alguna para controlar su deterioro. De nuevo nos encontramos ante la necesidad de una legislación única para hacer frente a un problema universal. Si la norma fuera igual para todos, nadie podría aprovechar la existencia de “paraísos” ecológicos en su beneficio, y se evitaría una competencia desleal que premie al transgresor.

Ese marco legal común tiene idéntica utilidad para la eliminación de los paraísos fiscales, los reductos terroristas —que tienen su raíz generalmente en movimientos nacionalistas o religiosos—, y tantas otras injusticias y sufrimientos que conlleva la existencia de naciones con leyes distintas, creadas a la conveniencia de un determinado país, sin la menor preocupación por lo que puedan afectar al resto de la humanidad. Estos miopes y mezquinos comportamientos, que atentan contra el hombre como género, sólo podrán ser erradicados por un amplio entendimiento de la Tierra como lugar único y común de convivencia para todos nosotros.

El mundo del universalismo, organizado en torno a un Estado escrupulosamente laico, deberá ser, no obstante, exquisitamente respetuoso con las religiones y costumbres de los pueblos, siempre que estas no atenten contra la dignidad o la vida de las personas: la ablación, por ejemplo, no puede practicarse bajo ningún pretexto cultural. La mujer debe tener idénticos derechos y obligaciones que los hombres, por mucho que las normas o costumbres de una región digan otra cosa. Ninguna religión puede propugnar la guerra como un elemento de imposición de “su verdad”. Todos aquellos que tuviesen estos comportamientos, o los impulsasen, al atentar contra los derechos humanos que la Constitución universalista consagraría para todos los

hombres, deberían ser perseguidos por la justicia como simples delincuentes. No obstante, es previsible que, según se avanzase en la implantación del pensamiento universalista, estas aberraciones culturales irían desapareciendo. Obviamente, también la educación de los pueblos tiene mucho que decir y hacer a este respecto.

La ciencia y la tecnología, que tanto han ayudado a mejorar la calidad de vida del hombre, deben estar a su servicio y no convertirse en un fin en sí mismas. Su objeto debe ser combatir las enfermedades y el dolor, mejorar las condiciones de vida, y no alejar al ser humano de la naturaleza con la creación de mundos artificiales que, indudablemente, contribuyen a su infelicidad. Recuperar la relación íntima del hombre con lo natural lo hará más pausado y, por tanto, con mayor capacidad para paladear la vida. Me asombra observar cómo nos sentimos fascinados por la velocidad —la de un automóvil, un proyectil o un ordenador—, y la mitificamos como un valor indiscutible. Yo me pregunto: ¿para qué ir tan rápido y adónde?

En conclusión, este es el mundo propuesto por El récord, que es algo más que un sueño. Es una necesidad para poder tener futuro como género y como individuos. Así que todos y cada uno de nosotros deberíamos volver a ser protagonistas de nuestras vidas, para poder seguir siéndolo de nuestras esperanzas.

FIN

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para obtener más e-Books GRATUITOS visita [Freeditorial.com](http://Freeditorial.com)